ANA ÁLVAREZ

Galán de noche

Selecta

Galán de noche

Ana Álvarez

Selecta

Para Laura, Ruth, Gaby y, cómo no, mi hermana Carmen. El motivo de la dedicatoria lo explico en la nota de autora, porque si lo pongo aquí haría un spoiler tremendo.

Capítulo 1

Natalia

Nunca es fácil volver atrás, y menos aún volver a donde nunca quise estar. Al lugar del que siempre deseé huir y al que durante unos años pude dejar atrás. Pero no tenía otra opción, al menos en aquel momento, en el estado en el que me encontraba. Necesitaba unos brazos que me acogieran, que me acunaran, me ayudaran a recuperar las fuerzas y también el deseo de vivir. Y esa persona era Fernando. Siempre me protegió, siempre me cuidó. El problema fue que durante muchos años no quise sus cuidados ni su protección, ni su preocupación de hermano mayor. Tampoco lo deseaba ahora, soy muy independiente, pero no tenía otra opción.

Volvía a casa, al menos a la que fue mi casa durante mis primeros veinte años, y que odié desde niña. Su oscuridad me agobiaba, sus muebles grandes y pesados, antiguos, me resultaban horrorosos. Solo se salvaba el patio, con un arriate de hermosas flores al que mi madre dedicaba mimos y cariño. Y el ambiente de rigidez, de normas, de horarios por cumplir de mis padres hicieron mi niñez no desgraciada pero sí poco satisfactoria.

Abandoné la casa y el pueblo que me parecía pequeño y asfixiante, lleno de personas de estrechas miras y demasiado convencionales para mi mente inquieta de adolescente, que soñaba con comerse el mundo. Me marché para irme a estudiar Filología inglesa a la Facultad de Granada, y durante ese periodo residí en la capital. Allí conocí al que sería mi marido y del que me acababa de separar hacía unos meses.

Nos casamos al terminar la carrera, él ya estaba trabajando en una multinacional como intérprete y nos trasladamos a Zaragoza, bien

lejos de mis orígenes. Nunca volví al pueblo más que de visita desde que lo abandoné para estudiar, y nunca pensé que tendría que regresar a él derrotada y como única opción.

Mientras recorría de nuevo en el autobús la estrecha y serpenteante carretera que conducía a La Alpujarra granadina, comarca en la que estaba situado Pórtugos, un pueblo de menos de quinientos habitantes, no podía evitar rememorar la ocasión en que recorrí por primera vez el camino de forma inversa, con la ilusión instalada en mi pecho y el inmenso deseo de alejarme de todo.

Sí había vuelto de visita, para pasar con mis padres y mi hermano algunas navidades o unos días en verano, para no perder el contacto. En aquel momento regresaba para instalarme de nuevo y por tiempo indefinido en la vieja y enorme casa familiar, desierta y abandonada después de la muerte de mis progenitores y que nunca conseguimos vender por un precio que siquiera se acercara a su valor. Fernando y yo decidimos mantenerla mientras pudiéramos hacer frente a los gastos de impuestos y demás hasta que se presentara un comprador con una oferta más sustanciosa.

Ahora me serviría de refugio debido a mi precaria situación económica, que no me permitía alquilar una vivienda en Zaragoza, ciudad en la que había vivido desde mi matrimonio, y en la que ya no me quedaba nada.

Acababa de superar un cáncer de mama que se había llevado por delante, además de un trozo de mi pecho izquierdo —por fortuna no había sido necesario extirparlo entero, sino solo extraer el tumor—, la academia de inglés que no pude atender durante dos años y mi matrimonio.

Mi marido no estuvo a la altura, se cansó de convivir con una mujer enferma que soportaba mal la quimioterapia, que perdió el pelo, la figura y la energía. Mientras yo luchaba a brazo partido con la enfermedad, él siguió con su vida dejándome a mí de lado: salidas con amigos, trabajo, todo era prioridad menos yo. Acudí sola a los tratamientos, luché sola con las náuseas y el cansancio, lloré sola muchas noches mientras él desaparecía de casa a menudo, demasiado ocupado para dedicarme un rato.

Continuó casado conmigo y pagando el alquiler y los gastos de comida mientras estuve enferma, aunque se mudó a la habitación de

invitados y apenas pasaba tiempo en casa. Me vi sola, para luchar con mi enfermedad y para asumir que mi pequeña empresa se hundía. Pero en el momento en que el médico confirmó que el cáncer pertenecía al pasado y que volvía a estar sana, me presentó los papeles de divorcio y me comunicó que dejaría de abonar el alquiler de nuestro piso un mes después. En otras palabras, que tenía treinta días para buscar dónde y de qué vivir.

Ya sabía que mi matrimonio hacía aguas, cataratas más bien, porque yo misma no quería continuar con un hombre que en los momentos duros se había apartado de mi lado y no me había ofrecido el apoyo que necesitaba. Sabía también que nuestra relación no volvería a ser la de antes del cáncer, que más pronto que tarde deberíamos tomar decisiones, pero no esperaba contar con solo un mes, agotada física y emocionalmente como estaba, para empezar de cero.

Me ofreció, eso sí, una pequeña cantidad como pensión compensatoria mientras encontraba un empleo, y que acepté con pesar pues no tenía otra cosa, pero que no me permitiría vivir en Zaragoza.

En aquel momento mi hermano acudió al rescate, me ofreció su casa y su familia para que pudiera recuperarme; pero estaba casado, tenía una niña, y yo, lo último que necesitaba, era verme abrumada por un exceso de atenciones. Por eso decidí trasladarme a la casa de mis padres, que aún estaba habitable. Los tendría cerca, a la única familia que me quedaba, pero también gozaría de tranquilidad y de relativa independencia.

Y así fue como regresé a mi pueblo, quince años después de abandonarlo.

***

Él

Natalia había vuelto al pueblo. Desde hacía un par de semanas el rumor se había extendido por doquier, pero yo aún tenía serias dudas de su regreso, hasta que la vi con mis propios ojos, sentada en el coche con su hermano Fernando. Hacía quince años que se había marchado dejándome el corazón roto, y no porque tuviéramos una relación, ojalá, porque yo llevaba enamorado de ella desde que tenía uso de razón, pero en la distancia.

No recuerdo un momento de mi adolescencia ni mi juventud en

que no la hubiera querido, en que no hubiera soñado con ella cada noche, en que no hubiera deseado ser uno de esos chicos decididos que van por la mujer que les gusta contra viento y marea.

Sin embargo, mi timidez me impidió pedirle siquiera una cita, un paseo o simplemente hacerme el encontradizo y ofrecerle un café. Aunque tal vez no fuera solo mi timidez lo que me frenaba, sino que ella parecía ignorar mi existencia, a pesar de que nos movíamos en los mismos círculos —en Pórtugos no había muchos jóvenes y, de una forma u otra, coincidíamos a menudo—, sino la certeza de saber que su mayor deseo era marcharse del pueblo. Porque ni este ni sus habitantes, incluido yo, le interesaba lo más mínimo.

Natalia era una mujer de ciudad mientras que yo siempre he sido de pueblo. De Pórtugos para ser más concreto. Me gustaba vivir aquí, sus calles tranquilas, la paz que se respiraba, e incluso la cascada que a veces nos traía turistas a nuestro remanso. Pero era un turismo tranquilo, del que no armaba escándalos ni alteraba el orden. Ella no quería vivir aquí, y yo no deseaba hacerlo en otro lugar, pero eso no lo comprendía cuando tenía veinte años o menos; en aquella época hubiera ido al fin del mundo por ella. Con ella.

Lo pasé muy mal cuando se marchó, de alguna forma esperaba que una varita mágica hiciera que se fijase en mí, pero eso no sucedió. Se fue a estudiar fuera del pueblo sin siquiera decirme adiós; yo no era alguien importante en su vida, dudo mucho que supiese siquiera el color de mis ojos o reconociera el timbre de mi voz si lo escuchaba sin verme.

Y yo me marché también a la facultad, para acabar comprendiendo que regresaría a vivir mi vida en la localidad que me vio nacer cuando terminara los estudios.

Natalia no volvió, pero durante un tiempo seguí enamorado de ella en la distancia. Sin esperanzas, sin contacto y sin remedio. Cuando coincidimos en unas vacaciones después de los estudios, tenía novio y estaba a punto de casarse y yo comprendí que debía continuar con mi vida, sin ella. Que nunca habría un nosotros.

Supe que se casó, y las veces que había vuelto al pueblo de forma esporádica parecía feliz, parecía tener la vida que deseaba. Sin embargo, ahora regresaba y, por lo que sabía, lo hacía sola, sin ese marido que ya no estaba en su vida. Y todo lo que un día sentí por ella

y que había sepultado en un rincón de mi mente y de mi corazón regresó con fuerza.

Las ganas de verla de nuevo, de saber cómo estaba, si había cambiado mucho o el tiempo había sido benévolo con ella me quitaron el sueño durante unas noches, igual que muchas veces sucedió en el pasado con su indiferencia.

Pero yo ya no era un adolescente, ni siquiera el hombre joven enamorado hasta las trancas en la distancia. La timidez no tenía cabida en mis treinta y siete años y, después de ver cómo mi corazón se había agitado al contemplarla a través de la ventanilla del coche, me prometí a mí mismo que esta vez lo intentaría. Que encontraría la forma de dejar de ser invisible para ella, de convertirme al menos en su amigo, si no podía ser otra cosa.

Capítulo 2

Pórtugos y sus habitantes

El autobús la dejó en la pequeña estación que recordaba y en la que apreció pocos cambios. Su hermano estaba en ella, esperándola, solo, lo que le agradeció infinito. No deseaba un recibimiento multitudinario, aunque no dudaba de que Bea, su cuñada, con la que siempre se llevó a las mil maravillas, también desearía darle un abrazo. Pero Fernando la conocía lo bastante bien para saber que para ella aquel regreso suponía un fracaso y no deseaba espectadores.

Se fundieron en un apretado abrazo, ambos haciendo esfuerzos por no permitir que las lágrimas empañasen sus ojos.

—Estás estupenda —afirmó él, mirándola con una amplia sonrisa.

Después de las sesiones de quimio se había esforzado por recuperar un aspecto decente y atractivo. Había que volver a vivir. Un corte de pelo moderno, algo de ropa favorecedora y un maquillaje suave habían mejorado su aspecto, después de los dos años anteriores.

—Vamos a casa.

Nunca consideró aquella su casa, pero no lo dijo. Cuando cruzó la puerta de madera marrón, con un antiguo llamador con una mano sujetando una bola de hierro, apreció los esfuerzos que había hecho su hermano por hacerla habitable. Pintura blanca daban a las paredes un aspecto pulcro y luminoso, alejado del que presentaban en otros tiempos cubiertas de un espantoso papel pintado en tonos ocres. Un sofá nuevo de dos plazas sustituía las mecedoras de rejilla donde se sentaban su madre y su abuela, deformadas por el uso, y la mesa y las sillas estaban cubiertas por un tapete de plástico y fundas elásticas respectivamente, todo nuevo.

—Gracias —susurró mirándolo.

—No hay de qué. Te he preparado la habitación principal, Sé que la tuya nunca te gustó.

—Era demasiado oscura —admitió.

Había dormido hasta su marcha en una estancia sin ventanas, en la que debía mantener la luz eléctrica encendida durante todo el tiempo que permanecía en ella. El aire entraba por una pequeña claraboya situada en el techo, tan pequeña que no dejaba pasar la luz.

La habitación principal, que antaño fue la de sus padres, también aparecía renovada. La cama de hierro estaba cubierta con una colcha nueva y también las paredes olían a pintura reciente.

—El colchón y la ropa de cama son nuevos —dijo Fernando.

—Te lo pagaré todo cuando pueda.

—¡No seas tonta! Es una inversión. Si cuando estés recuperada quieres irte del pueblo, podemos alquilarla para turismo rural los fines de semana. Y si te quedas, el dinero está más que bien empleado. No pensaba dejar que durmieras en el mismo colchón en que murieron nuestros padres.

—Gracias, Fernando.

—Ahora tú me dices qué te apetece hacer. Bea ha preparado cena para todos. Si quieres venir a tomarla a casa estaremos encantados de recibirte, pero si estás cansada o prefieres estar sola esta primera noche, hay una tortilla de patatas en el frigorífico y te hemos hecho una compra con lo más básico. Mañana podrás prepararte un desayuno decente.

—Si no te importa, me gustaría quedarme aquí esta noche, estoy agotada del viaje. Dile a Bea que iré mañana a comer con vosotros con mucho gusto. Espero que no se moleste.

—Sabes que no, Bea es un encanto y te quiere muchísimo. También comprende tu necesidad de independencia.

—Yo también la quiero a ella. A todos vosotros.

—Descansa pues. Si necesitas algo esta noche ya sabes dónde encontrarme.

—En la calle de al lado.

—Justo ahí. La cobertura no es muy buena en la casa, tendrás que subir a la azotea para llamar por teléfono. La línea fija la desactivé hace mucho tiempo.

—Lo tendré en cuenta. Pero no creo que haga falta. En cuanto disfrute de esa tortilla de patatas, me acostaré. Estoy muy cansada.

—Buenas noches.

—Hasta mañana, Fernando. Y de nuevo gracias.

El hombre la abrazó y otra vez hizo un esfuerzo para no permitir que la emoción la superara. Estaba allí para sobreponerse a los últimos avatares de su vida y no lo conseguiría poniéndose sentimental. Tenía que sacar a la mujer fuerte que siempre había sido. Había sobrevivido al cáncer y sobreviviría al desastre en que se había convertido su vida, solo necesitaba tiempo y tranquilidad para ello.

Fernando se marchó, dejando el equipaje en la habitación que ocuparía durante una temporada. No había mentido al decirle que estaba agotada, pero el cansancio no era solo físico.

A pesar de que se sentía derrotada por el viaje y el impacto emocional que le provocaba la vuelta, tardó en dormirse y se despertó varias veces durante la noche. El silencio era abrumador en comparación con la cuidad de donde venía.

Sin embargo, cuando despertó por la mañana se sintió llena de paz. La sospecha de que en aquella casa alejada de su pasado reciente, podría olvidar los últimos dos años de su vida empezó a germinar en su interior. Y se reconcilió con la estancia de paredes blancas que siempre había considerado el santuario de sus padres y que ahora se había convertido en el suyo.

Revitalizada se levantó y se sentó a desayunar en el patio. Había olvidado lo deliciosa que era la temperatura en verano en el pueblo de su infancia. Disfrutó de una de las partes de la casa —la única— que siempre le había gustado. Las plantas que su madre cultivaba daban una nota de color y también de fragancia al pequeño espacio rectangular cubierto de baldosas de barro rojizas, rodeado de un arriate en el que crecían plantas de diversos tipos. Su favorita sin duda era el galán de noche, que perfumaba el aire a la caída del sol con un aroma intenso que la hacía soñar con paraísos lejanos. Ahora todo estaba baldío, la tierra seca y resquebrajada y las plantas que antaño la habían cubierto brillaban por su ausencia.

Tras el desayuno echó un vistazo a la despensa. Fernando la había aprovisionado con lo suficiente para un desayuno y algún que otro alimento básico, pero para empezar su vida allí debería realizar una

compra de todo lo necesario. Necesitaba alimentarse bien, algunos parámetros de la última analítica presentaban niveles bajos; nunca lograría recuperar las fuerzas si no lo hacía, por lo que decidió salir y proveerse de alimentos para empezar su vida en el pueblo, antes de acudir a comer a casa de su hermano.

Subió a la azotea con el fin de obtener la cobertura suficiente para telefonear a su cuñada. Esta respondió enseguida.

—Hola, Bea —la saludó afectuosa.

—Hola, Natalia ¿Cómo has pasado la noche? ¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien, gracias. Espero que no te haya molestado que anoche no acudiera a cenar con vosotros. Estaba agotada. —El cansancio era una de las secuelas que arrastraba desde hacía meses.

—No tienes que disculparte y tampoco te sientas obligada a hacer algo que no desees. Sabes que tanto a Fernando como a mí, y por supuesto a la peque, nos encanta tenerte en casa, pero no quiero que te sientas forzada a hacerlo. Aunque tu hermano querría tenerte aquí y bajo su protección durante todo el tiempo, yo te comprendo y sé que necesitas tu espacio. Ven siempre que quieras, que serás bienvenida, pero cuando necesites estar sola, ten por seguro que lo vamos a entender; y si Fernando no lo hace, ya me encargaré yo de frenarlo en su papel de hermano protector.

—Gracias, Bea. Hoy sí me apetece almorzar con vosotros, pero antes me gustaría hacer una compra y llenar la despensa. ¿Dónde me recomiendas hacerlo? Hace tanto tiempo que no vivo en el pueblo que no sabría por dónde empezar. Imagino que la tienda de Manolita, donde compraba mi madre, ya no existirá.

La risa de su cuñada a través del teléfono la hizo sonreír también. Manolita era una leyenda en el pueblo y no solo por los productos que vendía. Todo el que quería enterarse de algo sobre la vida de los vecinos acudía a su tienda a comprar, aunque fuera un paquete de sal.

—Por supuesto que no, hace ya unos años que murió. El local es ahora una peluquería y tenemos un supermercado bastante decente en el que podrás comprar todo lo que necesites de una vez. Eso sí, sin cotilleos. También hay a las afueras una huerta que vende productos de excelente calidad directamente al consumidor, ya te llevaré, pero ahora estoy en el trabajo. Sin embargo, en el supermercado podrás comprar de todo. Está en la calle de la Iglesia, lo encontrarás con

facilidad.

—Gracias.

—Te veo a las dos y media, si te parece bien. Salgo a las dos, y tengo el tiempo justo de recoger a la peque del centro de verano y llegar a casa. Fernando viene a las tres menos cuarto.

—Si necesitas que lleve algo, dispongo de toda la mañana.

—Está controlado. Tú limítate a venir, a ser posible con apetito.

—Estupendo, allí estaré.

Cortó la comunicación y bajó dispuesta a recorrer el pueblo hasta llegar al supermercado. Esperaba no encontrarse a muchos conocidos por el camino, no le apetecía demasiado dar explicaciones sobre su vida privada ni el motivo de su regreso más que a su familia. Le había rogado a Fernando que no divulgara detalles ni de su situación sentimental ni de su enfermedad, por fortuna ya superada. Una de las cosas que más había aborrecido del pueblo era el afán de todos de saber la vida e intimidades de sus vecinos. No estaba dispuesta a ser blanco de habladurías.

Cuando se acercó a la puerta de entrada vio, en el recipiente adosado a la madera al que iban a parar las cartas que echaban en el buzón por el otro lado, un sobre blanco y abultado. Lo recogió con cuidado y lo abrió. Dentro encontró un pequeño ramito de la flor de su planta favorita, el galán de noche, junto con un papel doblado. En él, una nota escrita con la letra más usada de cualquier ordenador, la Times New Roman, y unas pocas palabras:

> Bienvenida de nuevo. Te he echado de menos todos estos años. El día que te marchaste mi corazón se quedó roto. Hoy espero que podamos ser amigos.

El pulso se le aceleró al leer el contenido. El sobre no estaba franqueado, alguien debía haberlo metido en el buzón directamente, con cuidado para no estrujar el pequeño ramillete, que se encontraba en perfecto estado. Alguien que no había firmado su misiva. Alguien que sabía cuál era su planta favorita.

No tenía ni idea de haber dejado un corazón roto cuando se marchó, y mucho menos imaginaba que ese alguien podría haberla echado de menos durante quince años.

Emocionada, cogió el ramillete y lo colocó en un vaso con un poco de agua. No sabía cómo conservar algo tan pequeño, pero deseaba hacerlo durar todo lo posible. Y no tenía dudas de que acabaría seco y guardado entre las páginas de un libro.

Con una ilusión que no sentía desde hacía años, salió a la calle dispuesta a realizar la tarea que se había propuesto, pero mirando bien a su alrededor por si descubría algún indicio del misterioso mensajero. Porque podría tratarse de una broma, pero su corazón le decía que no era así.

En su corto recorrido hasta el supermercado vio los cambios, no demasiado acusados pero inevitables, que el paso del tiempo había llevado a Pórtugos. Un centro de salud había sustituido al antiguo ambulatorio de apenas dos habitaciones, el bar del pueblo había ampliado su estrecho recinto añadiendo una terraza con mesas en la calle y anunciaba un comedor climatizado en el interior. La peluquería ocupaba el local de la antigua tienda y, al fin, vio el supermercado. Nada comparado con las grandes superficies a las que estaba acostumbrada en Zaragoza pero, como le había dicho su cuñada, disponía de todo tipo de productos.

Compró lo que necesitaba para unos pocos días, por desgracia no disponía de reparto a domicilio, por lo que debería hacer varios viajes para aprovisionarse de todo, pero estaba cerca. Por la tarde haría otra visita al establecimiento y, poco a poco, iría llenando la despensa. Comprobó que los precios eran mucho más bajos que en Zaragoza, lo que le vendría bien a su maltrecha economía. En cuanto se asentara trataría de encontrar algunos alumnos interesados en aprender inglés, para ganar algo de dinero y también para tener una ocupación. Llevaba demasiado tiempo inactiva y su espíritu inquieto se resentía.

Regresaba más cargada de lo que había pretendido, las bolsas de plástico se clavaban en sus manos y la respiración le resultaba fatigosa mientras subía la larga cuesta que llevaba hasta su casa, cuando una figura se materializó a su lado. Un hombre alto, moreno, que le resultaba familiar, le sonreía.

—Hola, Natalia. ¿Puedo ayudarte?

—¿Julián?

—El mismo. Tu vecino de enfrente —dijo al tiempo que trataba de quitarle una de las bolsas de la mano.

—No hace falta —respondió sin mucha convicción, pero agradecida en el fondo.

—Permite que me porte como un caballero. Esta cuesta es terrorífica para subirla tan cargada.

—Gracias —musitó dándole la razón en su fuero interno.

Julián se acomodó a su lado librándola de parte de la pesada carga, dejándole a ella la bolsa más liviana. Poco quedaba del chico delgaducho de extremidades demasiado largas que recordaba. Se había convertido en un hombre atractivo, de espeso cabello negro y piel bronceada, probablemente por pasar mucho tiempo al sol, porque no lo recordaba tan moreno. No sabía a qué se dedicaba, nunca había sentido ningún interés por su vecino, para ella era solo el hijo de Amparo, un chaval que entraba y salía de la casa de enfrente y que nunca le dirigía la palabra.

Ahora era un hombre, tendría unos años más que ella, pocos, y era evidente que se mantenía en forma a juzgar por el escaso esfuerzo que le costaba subir la cuesta cargado con la pesada bolsa, llena de botellas, latas y todo lo que se le ocurrió sin pensar en el camino de regreso.

Cuando llegaron a la puerta Julián le cogió la otra bolsa para que pudiera buscar la llave y abrir.

—¿Puedo pasar para dejarte la compra dentro? —preguntó titubeante en el umbral.

—Por supuesto.

La siguió a la cocina, situada al fondo de la vivienda, como si supiera el camino.

—Siempre he pensado que la puerta de entrada quedaría mejor pintada de azul. Ahora es horrible.

Ella pensaba lo mismo, La pintura marrón estaba desvaída y descascarillada en la parte inferior. aunque nunca se le hubiera ocurrido ponerla azul.

—Es espantosa, desde luego, pero cambiarle el color no es una prioridad.

—Le dije a tu hermano que tengo una pintura azul especial para exteriores que me dejó colgada un cliente, que le ofrecía sin coste adicional.

—¿Te dedicas a hacer reformas?

—Sí, puede decirse que soy el «manitas» del pueblo, aunque en realidad soy mucho más que eso. Tengo una empresa que se dedica a ello con varios trabajadores. Cuando terminé la carrera de Arquitectura técnica decidí que moverme entre planos no era lo mío y

que lo que me gusta en realidad es el trabajo físico, de modo que monté una empresa de reformas a todos los niveles. Soy un profesional con los permisos y cualificaciones necesarias para todo tipo de reparaciones. Soy también quien ha acondicionado tu casa para que resulte habitable, al menos lo más urgente. ¿No te ha dicho Fernando que me había contratado?

—No, solo que había hecho preparar la casa para mi vuelta.

—No está acondicionada del todo, solo lo indispensable. Un poco de pintura, un par de grifos que goteaban y una ventana que no cerraba bien. Hay mucho que se le puede hacer a esta construcción y quedaría preciosa.

—Es muy posible, pero no sé cuánto tiempo me quedaré, y desde luego no me puedo permitir una reforma en profundidad.

—Fernando dijo que venías para una temporada, no para unos días.

—Así es, pero no sé de cuánto tiempo.

Comenzó a colocar la compra en el frigorífico y en la alacena, que estaba pulcra y limpia, lista para su uso.

—No sé cómo darte las gracias por tu ayuda —dijo volviéndose a Julián cuando terminó—. ¿Te apetece tomar algo? No tengo mucho, solo he podido traer algunas cosas en este primer viaje, pero puedo ofrecerte un café o té.

—Las gracias no se merecen, y el café o el té, me da lo mismo, serían muy bien recibidos, si no te causa molestias.

—En un momento lo preparo. Siéntate, por favor.

Se acomodó en la silla de la cocina, cubierta por una funda elástica en color crema que tapaba el deteriorado tapizado de escay. El asiento protestó por el peso del cuerpo del hombre que lo había ocupado.

—No sé en qué condiciones estará la silla, hace años que no se usa —le advirtió.

—Me aguantará. Probé todos y cada uno de los asientos para asegurarme de que estaban en condiciones.

—Has hecho un trabajo completo, por lo que veo.

—Eres mi vecina, nos conocemos desde niños. Te lo mereces.

Se sentaron en el patio a tomar el refrigerio, un té negro con unas pastas. La mirada del hombre se dirigió al arriate yermo que rodeaba las baldosas de tono rojizo.

—Echo de menos las plantas que mi madre tenía aquí —dijo Natalia.

—Si quieres recuperarlas te recomiendo ir a la huerta de Roberto. Además de que cultiva las mejores verduras ecológicas de la zona, también es un experto en plantas y puede proveerte de semillas, y lo que es mejor, de consejos para que florezcan. Yo me limito a regar las plantas que mi madre dejó en casa y rogar para que no se mueran, no puedo ayudarte en eso.

—¿Ha fallecido tu madre?

—Se ha ido a vivir con mi hermana. Las escaleras suponían un problema para ella y, aunque quise instalarle un ascensor, se negó en redondo a que cambiara un ápice de la casa. De modo que ahora vivo solo y he acondicionado parte de la vivienda como taller y oficina.

—Supongo que no te faltará trabajo.

—No me quejo. De mayor o menor envergadura, siempre hay algo. Pero si te decides a rehabilitar esta casa, te daré prioridad.

—No dispongo de dinero para ello, por mucho que me gustaría hacer grandes cambios.

—Permite que al menos te ofrezca la pintura azul para la puerta.

—No puedo pagar pintura y tampoco mano de obra, al menos de momento.

—Sería un regalo entre vecinos.

—No puedo aceptar, salvo que quieras recibir clases de inglés a cambio.

—Me temo que no me gusta demasiado el inglés. Pero si eres buena cocinera, puedes ofrecerme alguna comida casera. Desde que se fue mi madre, no como ningún guiso. Ni tengo tiempo ni se me da bien la cocina, de modo que si me ofreces una comida decente me daré por bien pagado.

—Se me da bien la cocina. De acuerdo, tenemos trato.

—En un par de días dispondré de tiempo y lo dedicaré a tu puerta.

—Muy bien. ¿Alguna preferencia gastronómica?

—Algo que no se haga en freidora o plancha. Lo demás lo dejo a tu elección. Ahora debo dejarte, tengo que preparar un presupuesto y ya me he entretenido demasiado.

—Lo lamento…

—No lo hagas, ha sido un placer volver a verte después de tanto

tiempo.

—Lo mismo digo, Julián.

Se levantaron y se dispuso a acompañarlo a la puerta. Al cruzarla, él la acarició con la mano y murmuró.

—Va a quedar preciosa de azul.

No pudo evitar que una sonrisa aflorase a sus labios.

—Estoy segura de ello.

Lo vio cruzar la calle hacia su casa y ella se quedó pensativa mientras lo hacía. ¿Habría sido él quien dejara el ramillete y la nota en su buzón mientras dormía? Si era así no tenía intención de hacérselo saber.

Capítulo 3

Natalia

Asombrada por lo sucedido aquella mañana salí de casa con tiempo para dar un paseo antes de llegar al almuerzo familiar. No dejaba de pensar en la nota que había recibido y en la súbita aparición de Julián a mi lado en la cuesta poco rato después. ¿Era él quién la había mandado, quien me daba la bienvenida y deseaba ser mi amigo? No había hecho ninguna mención, ni siquiera había mirado el recipiente interior del buzón al que iban a parar las cartas, solo hizo alusión a la puerta, a su espantoso color.

De que deseaba ser mi amigo había dado claras muestras ofreciéndose a redecorar mi puerta a cambio de comida, lo que abría un vestigio a la amistad, o al menos a la buena vecindad, algo que nunca tuvimos en el pasado. No tenía inconveniente en aceptar su ofrecimiento, si de algo estaba necesitada era de contacto humano más allá del de mi familia, y Julián me había parecido un hombre muy agradable. Además, era de fiar o mi hermano no le hubiera encargado acondicionar la casa.

Le prepararía una buena comida y le invitaría a tomarla conmigo, en lo que esperaba fuera el comienzo de una relación amistosa. En aquel momento de mi vida no deseaba nada más, estaba decepcionada y con el corazón en carne viva por la traición y el abandono del hombre que quería y con el que había esperado compartir toda mi vida. Ese hombre ya no existía, pero no tenía intención de sustituirlo ni a corto ni a largo plazo. La soledad era preferible al dolor y a la decepción. Pero un buen amigo sería bienvenido.

Dudé si recorrer el medio kilómetro hasta la Fuente Agria, uno de

mis lugares favoritos cundo vivía en el pueblo, pero desistí. Cuando iba allí solía permanecer un buen rato y no quería correr el riesgo de llegar tarde al almuerzo, ni tampoco cansada o mi hermano insistiría en que me fuera a vivir con ellos hasta que estuviera más recuperada. Preferí sentarme un rato en la plaza de la iglesia, cerca del domicilio de Fernando, aunque debo añadir que en Pórtugos todo estaba cerca.

Decidí dejarme ver, por si no era Julián el misterioso hombre que me había dejado la nota, sin remite y sin ninguna seña de identidad, y el verdadero autor decidía sentarse a mi lado y presentarse. Tenía una curiosidad tremenda sobre el misterioso desconocido que decía haberme echado de menos. Por mucho que trataba de recordar no encontraba a nadie que en el pasado me hubiera mirado con especial atención, nadie a quien hubiera podido romperle el corazón con mi marcha, como afirmaba la nota. Decidí también que no le hablaría de él ni a mi hermano ni a Bea, que guardaría el secreto solo para mí. Un secreto que por un momento me había caldeado el corazón.

***

Él

No había podido resistir la tentación de darle la bienvenida a Natalia de forma romántica. Mientras pensaba cómo hacerlo acudió a mi mente la letra de una canción de los años setenta que mi madre solía escuchar a menudo, tratando de poner un poco de romanticismo en su matrimonio con mi padre, un hombre hosco y de pocas palabras, que la quería mucho, pero no era capaz de expresárselo.

En la canción, un amante misterioso le enviaba a la chica un ramito de violetas de forma recurrente, sin remite, y decidí hacer yo lo mismo con Natalia. No quería arriesgarme a un rechazo desde el principio, era evidente que en el pasado yo no era alguien a quien dedicar dos miradas, y no deseaba que eso pesara en el presente. Si iba a tratar de ganarme su amistad, debería empezar desde cero, aunque deseara algo más que amistad.

Había escrito tres notas, y en las dos primeras expresaba demasiado de mis sentimientos del pasado. Acabé por romperlas, pues hubiera podido asustarla con ellas, y opté por una fórmula más suave, una que solo ofreciera y no intimidara. Una que la preparara para que entrase en su vida, como tenía intención de hacer.

Escogí como ofrenda un pequeño ramito, no de violetas, sino de la

que sabía que era su flor favorita, el galán de noche. Yo sabía mucho de sus gustos, durante mi adolescencia y juventud había recopilado datos sobre ellos, tanto musicales, literarios como en cuestión de flores. Enviarle un ramo de cualquier otra planta hubiera sido pretencioso, pero ese pequeño ramillete, que cabía en un sobre, era más bien una ofrenda, un gesto de bienvenida de nuevo al pueblo y a mi existencia.

Me vestí con ropa negra, me puse una sudadera con capucha que ocultara mis facciones y que no desentonaba con la fresca madrugada de la sierra y me deslicé a las seis de la mañana hasta su casa. La vivienda estaba a oscuras y en silencio, y miré las ventanas temiendo —y esperando también— verla asomada a una de ellas, pero no fue así. Mi aventura nocturna estaba a salvo de ser descubierta.

Con cuidado de no hacer ruido, deslicé el sobre por la ranura del buzón y, tras escuchar el sonido apagado que produjo al caer en el habitáculo que recogía la correspondencia en el interior, me marché de nuevo a mi casa, con la esperanza de que nuestros caminos se cruzaran pronto. Yo estaba dispuesto a que así fuera.

Capítulo 4

Natalia llegó puntual a la comida, dispuesta a disfrutar de la familia y aparcando todo lo demás antes de entrar. Abrazó a Bea y besó a Alicia, su sobrina de cuatro años a la que apenas conocía. Tenían pocos recuerdos una de la otra, pero estaba dispuesta a remediar eso durante el tiempo que estuviera en el pueblo. Le entregó el libro de cuentos que le había comprado en Zaragoza, conocedora de la afición de la pequeña por la literatura, a pesar de que se estaba iniciando en la lectura, y que prometió leerle después del almuerzo.

Con una copa en la mano y un aperitivo a base del delicioso jamón de la zona, se dispusieron a esperar a Fernando, que llegaría un cuarto de hora más tarde.

—¿Localizaste el supermercado? —le preguntó Bea mientras se afanaba en la cocina.

—Sin problemas. He hecho una pequeña compra, no demasiado abundante porque tengo pocas energías y transportar las bolsas por la cuesta ha supuesto un reto. No se lo digas a Fernando, pero aún mis fuerzas están bastante mermadas.

—Fernando lo sabe, ha llamado al hospital y ha estado en contacto con tu doctora todo el tiempo. Sabe exactamente cómo están tus fuerzas y los resultados de la última analítica también.

—Vaya.

—Se preocupa por ti, Natalia. Ambos lo hacemos. Respecto a la compra, deberías haber esperado a esta tarde y yo te hubiera acompañado con el coche.

—Tuve ayuda —dijo con una sonrisa—. Julián, el vecino de enfrente, me interceptó a mitad de la pendiente y me ayudó a

transportar la bolsa más pesada.

—Me alegro.

—Es buena gente, ¿verdad?

—Lo es. ¿No te lo ha parecido?

—Sí me lo ha parecido, pero la verdad es que apenas tengo recuerdos de él. En realidad, de nadie. No me relacioné con ninguno de los chicos del pueblo mientras vivía aquí, estaba obsesionada con marcharme y, entre tú y yo, todos me parecían unos pueblerinos sin metas ni aspiraciones.

—Julián no lo es, se marchó a estudiar Arquitectura técnica y al regresar montó una empresa de construcción y reformas. No es un «manitas» sin más como se empeña en llamarse.

—Lo sé, me lo ha dicho. Lo invité a un té como agradecimiento y hemos charlado un poco.

—Me alegro; es un hombre agradable y está bastante solo.

—¿No está casado ni tiene pareja? Es atractivo.

—No se le conoce a nadie. Parece que durante un tiempo salió con alguien de fuera del pueblo, pero la arpía de su madre lo estropeó. Vive solo en esa casa inmensa, mucho más grande que la de tus padres, desde hace dos años cuando Amparo se fue con su hija.

A su mente acudieron las palabras de la nota: «El día que te marchaste mi corazón se quedó roto. Hoy espero que podamos ser amigos».

Esperaba que no fuera ella el motivo de su soledad, pero estaba dispuesta a concederle su amistad, se tratara o no del misterioso hombre de los mensajes.

—Me dijo que su madre le había dejado algunas plantas que solía regar. ¿Sabes si entre ellas hay un galán de noche?

Bea sonrió mientras probaba con una cuchara el guiso que se estaba calentando en el fuego.

—Medio pueblo tiene uno en su casa, no sé si Julián también. Es muy popular en la zona. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque es mi planta favorita y tal vez le pida un esqueje para sembrarlo.

—Si quieres sembrar algo, galán de noche o lo que sea, a quien debes acudir es a Roberto, el dueño de la huerta. El arriate de tu casa está muerto y dudo mucho que admita ninguna planta si no lo

preparas antes. Si quieres te llevo esta tarde después de comer, aunque cierra a mediodía para mí siempre está abierto. Así, además de consejos para las plantas, te aprovisionas de fruta y verdura de calidad. Ya verás la diferencia con la de los supermercados. Yo también necesito algunas cosas.

—¿Por qué siempre está abierto para ti? —preguntó con curiosidad.

—Somos buenos amigos desde hace años. Seguro que te acuerdas de él, estaba en tu clase en el instituto. Roberto Álava. Un chico rubio.

—Me suena el nombre, pero no le pongo cara.

El sonido de las llaves de Fernando en la puerta puso fin a la conversación.

—¡Ya veo que ha llegado mi hermana favorita! —exclamó al verla.

—Soy la única que tienes.

—Pero aunque tuviera más tú serías mi preferida.

—Adulador.

—¿Qué hay para comer? —preguntó a su mujer observando la cazuela.

—Estofado con patatas y ensalada. Tanto las patatas como la lechuga y los tomates son de Roberto —añadió mirando a Natalia. Luego se dirigió a su marido—. Esta tarde voy a llevarla a la huerta para hacer una compra.

—¿Otra vez vas a ir a ver a ese guaperas? Sabes que me pongo celoso.

—Y tú sabes que no tienes motivos.

—¡No estoy tan seguro! No pasa una semana que no vayas a verle —bromeó dando una palmada amistosa en el trasero de su mujer.

—Para comprar tomates, de esos que tanto te gustan. Además, te he dicho mil veces que nunca le he interesado a Roberto.

—Pero antes de darme el sí, siempre estabais juntos.

—Nos contábamos las penas —añadió enigmática—. No era yo quien le gustaba entonces, ni él a mí.

—¿Quién te gustaba a ti? —preguntó cogiendo una loncha de jamón.

—Lo sabes de sobra… siempre has sido tú.

—¿Y a él? Nunca has querido decírmelo.

—No estoy autorizada a hacerlo; ni a ti ni a nadie. Un imposible, y

es lo único que me vas a sacar. Ahora vamos a comer, que se hace tarde.

Se sentaron a la mesa para disfrutar de una espléndida comida casera.

—Por cierto, Natalia —comentó Fernando con aire inocente—, me he tomado una libertad que espero no te moleste.

Lo conocía lo bastante para saber que sí iba a molestarle.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

—Nada malo, mujer, no te pongas a la defensiva. Te he pedido cita en el centro de salud para mañana.

—¿Para qué? Estoy bien, tengo el alta médica.

—Porque me preocupan los resultados de tu última analítica.

—Me han puesto tratamiento para equilibrar los valores, y tendré una revisión en unos meses.

—Pero yo no estaré tranquilo hasta que te vea alguien de mi entera confianza.

—¿La oncóloga que me ha tratado no te merece confianza? Te recuerdo que lo he superado con su tratamiento.

—Pero está en Zaragoza y yo quiero que te lleven un seguimiento también aquí. He hablado con Héctor y está dispuesto a hacerlo.

—¿Qué Héctor?

—Mi amigo, tienes que acordarte de él.

A su recuerdo acudió un chico castaño que siempre lo acompañaba a todas partes. También pasaba a menudo por su casa, pero ella casi nunca estaba.

—Me acuerdo de él. Un chaval huidizo y poco comunicativo.

—Pues ahora es el médico del pueblo y de toda la comarca. Y muy bueno, se licenció *cum laude*.

—Si es tan bueno ¿qué hace en Pórtugos?

—A algunos nos gusta vivir aquí. Muchos hemos vuelto después de cursar los estudios fuera. Y aunque seamos de pueblo, tenemos derecho a una atención sanitaria de calidad, y te aseguro que Héctor es un médico excelente. He hablado con él y está dispuesto a llevar tu seguimiento. Por favor, Natalia, no rechaces su atención.

—¿Le has dicho que he tenido cáncer? Te pedí que no se lo contaras a nadie.

—Solo a él, te lo prometo, y porque es médico. Te garantizo que te

guardará el secreto.

—No quiero que se corra la voz por el pueblo, ni que nadie me tenga lástima. No soy digna de lástima, he superado mi enfermedad y te aseguro que superaré también las consecuencias de la misma.

—Puedes confiar en su discreción.

Bea intervino.

—Estoy de acuerdo con tu hermano. Héctor es un profesional serio y muy competente. Los dos nos quedaremos más tranquilos si él lleva el control de tu mejoría. No te lo tomes como una imposición; lo hemos pasado mal teniéndote lejos y sin poder ayudarte.

—De acuerdo. Veré a tu amigo.

—Gracias, cariño. Te he cogido cita a la una, la última paciente del día para que pueda dedicarte el tiempo que necesites sin hacer esperar a nadie. ¿Quieres que te acompañe?

—Claro que no; puedo ir sola al médico y no dudo de que él te informará con detalles del resultado de la exploración.

—No lo hará si no quieres, pero me tranquiliza saber que estás en sus manos.

Asintió. Sabía lo duro que había sido para Fernando estar lejos de ella durante su enfermedad, por eso no dudó en aceptar su ofrecimiento de regresar al pueblo cuando todo se vino abajo.

Se esforzó en comer, aunque el apetito era una de las cosas que había perdido, y tras un breve descanso en que le leyó un par de cuentos a su sobrina, Bea y ella se dirigieron en coche a la salida del pueblo para visitar la famosa huerta. Dos personas le habían alabado sus productos en las pocas horas que llevaba en Pórtugos; estos deberían ser excelentes.

Reconoció a Roberto en cuanto lo vio, aunque el hombre guapísimo, rubio y de ojos azules que acudió a abrir la cancela de hierro, después de que Bea pulsara el timbre, distaba mucho del adolescente que recordaba. No pudo dejar de pensar en lo bien que le sentaban los años a los jóvenes que había dejado en el pueblo tiempo atrás. Tanto Julián como Roberto se habían convertido en hombres muy atractivos. Los ojos azules del que tenía delante parecían mucho más profundos e intensos de lo que recordaba.

Él saludó con un par de besos a su cuñada y luego dirigió la vista hacia ella con una amplia sonrisa.

—Te acuerdas de Natalia, ¿verdad? —preguntó Bea entrando resuelta en el espacio ajardinado que había tras la cerca.

—Por supuesto que me acuerdo. Me sentaba tres bancas detrás de ella en el instituto. —La saludó también con un par de besos cargados de una familiaridad que nunca habían tenido en el pasado—. ¡Bienvenida de nuevo al paraíso de Pórtugos!

Al escuchar las palabras del hombre acudió a su mente otra vez la nota recibida.

—¿Cómo sabes que he vuelto de forma permanente?

Él esbozó una sonrisa cargada de sensualidad, algo innato sin duda.

—Le vendo fruta y verdura a la mayoría de los habitantes del pueblo. Aquí las noticias vuelan y todo el mundo sabe que has regresado para quedarte una temporada, que Julián ha acondicionado la casa de tus padres para ello.

Suspiró resignada a que su vida estuviera en boca de todos otra vez.

—A partir de ahora le venderás fruta y verdura también a ella —dijo Bea dirigiéndose al interior de una nave adosada a la vivienda—. No he cesado de ponderarle tus productos.

En el interior de lo que parecía una tienda al por mayor vio cestos de mimbre cargados de hortalizas y verduras, dispuestas como si de una obra de arte se tratara. No había duda de que habían sido cultivadas y tratadas con mimo.

—Bien, Natalia, tú dirás qué te pongo.

—Pues un poco de fruta y algo de verdura: patatas, pimientos, zanahorias… acabo de llegar y no tengo nada.

—Te recomiendo los calabacines, las berenjenas y sobre todo los tomates, son espectaculares —informó Bea—. Yo me llevaré otro par de kilos, Fernando ya se ha comido casi todos los que me llevé la última vez.

—Yo no quiero mucha cantidad, vivo sola y no deseo que se me estropeen. Tirar la comida me parece un crimen.

—Mis productos no están madurados en cámaras, te aguantarán bastantes días. Pero, por supuesto, puedes llevarte la cantidad que desees; para ti al igual que para Bea estaré abierto también por las tardes. Cierro a las tres, pero para la familia Méndez no tengo horario.

—Tendré que venir a comprar con ella porque no dispongo de coche.

—Eso no es ningún problema. yo bajo cada día a llevar productos al mesón, solo tienes que llamarme por teléfono y te acercaré el pedido que necesites.

—¿Tienes reparto a domicilio?

—No para todo el mundo, pero Bea y su familia, y eso te incluye, sois especiales. Si necesitas algo te lo bajaré cuando cierre a mediodía o a primera hora de la mañana, que es cuando sirvo al mesón.

—Gracias.

Roberto comenzó a colocar en una bolsa de rafia, que cogió de un estante, una variedad de productos tanto de fruta como de verdura sin esperar a que ella hiciera pedido alguno.

—¡Eso no será para mí! No necesito tanto.

—Considéralo un menú degustación para que pruebes todos los productos, y la primera compra es cortesía de la casa. Te aseguro que te aguantará un par de semanas y, si te gusta mi género, me llamas y te acercaré lo que quieras. Bea tiene mi número, y también viene en la bolsa que acabo de darte.

Se sentía abrumada por las muestras de amabilidad que estaba recibiendo de los habitantes del pueblo a los que solo había deseado perder de vista en el pasado.

—¿Os apetece un café? —preguntó Roberto después de preparar también el pedido de Bea—. Estaba a punto de tomarlo.

—¿Te apetece? —inquirió su cuñada mirándola a los ojos.

—¿Por qué no?

Se sentaron en un porche cubierto por un entramado de hojas que producía una agradable sombra. Roberto preparó un café fuerte que desprendía un aroma delicioso. Imaginó que tal vez le costaría conciliar el sueño aquella noche, pero estaba disfrutando ese momento con una intensidad que hacía años no sentía.

Roberto no hizo ninguna mención a las circunstancias de su regreso al pueblo, si las conocía fue discreto. La conversación transcurrió sobre cultivos, variedades de fruta y sugerencias para probar productos de temporada. Estuvo tentada de preguntarle sí entre sus muchas plantas contaba con un galán de noche. Era más que probable, porque a lo lejos podía vislumbrar plantas aromáticas e

incluso algunas flores, pero la presencia de su cuñada le impidió hacerlo. No deseaba dar explicaciones y, por el momento, quería guardar su pequeño secreto solo para ella.

Después del café, él las acompañó hasta el coche cargando las dos bolsas repletas de productos y no pudo evitar pensar que, en las pocas horas que llevaba en el pueblo, dos hombres diferentes y atractivos se habían hecho cargo de sus bolsas de compra.

—Espero tu llamada si te gustan los productos —dijo Roberto a modo de despedida, cuando entraron en el coche.

—Estoy segura de que así será. Gracias.

—No se merecen.

Bea arrancó y Roberto regresó a su paraíso verde.

—¡Caramba con Roberto! —exclamó mientras regresaban al pueblo —. Se ha puesto guapísimo.

—Es un amante de la vida sana, se cuida mucho, tanto como a sus productos.

—¿Tú crees que decía en serio lo de acercarme la compra al pueblo? ¿Que no lo ha hecho por compromiso o por su amistad contigo?

—Lo decía en serio, te lo aseguro.

Había tanta convicción en la voz de su cuñada que añadió el nombre de Roberto a la lista de posibles candidatos a ser su hombre misterioso. Julián y Roberto. ¿Alguno de ellos le había mandado el mansaje que la tenía intrigada? ¿Alguno había estado enamorado de ella en el pasado?

Capítulo 5

Natalia

Aquella noche me preparé un delicioso salteado de verduras para cenar, al que añadí unos huevos. Tenían razón todos, el sabor de los productos ecológicos era muy superior al de cualquier otro tipo de cultivo. Y me los comí con la enorme satisfacción de saber que me los había regalado un antiguo compañero de clase en el que nunca había reparado.

Me sentía cansada, pero con un cansancio muy diferente al que había tenido hasta el momento, era más bien ese cansancio sano y satisfactorio que genera el ejercicio, que te hace sentir bien. Estaba segura de que aquella noche no me costaría trabajo dormir, que lo haría a pierna suelta a pesar de los pensamientos tumultuosos que me generaba mi vuelta al pueblo. No estaba siendo en absoluto tan terrible como había imaginado, mi perspectiva respecto a Pórtugos y a sus habitantes había cambiado de forma drástica en pocas horas. Había conocido, o más bien reencontrado, a dos hombres que me parecían de lo más interesantes.

Mientras tendida en la cama esperaba a que acudiera al sueño, sin la angustia que a veces me asaltaba cuando este era esquivo, eché la vista atrás al pasado para tratar de localizar en mis recuerdos a Julián y a Roberto, tal como los había visto en mi adolescencia y en mi juventud. En aquella época yo tenía una amiga, Rosana, que como yo, abandonó Pórtugos para nunca más volver. Ambas nos centrábamos en el futuro, en el momento en que nos fuéramos del pueblo para vivir nuestra vida en lugares más interesantes, ignorando a cuánto varón hubiera a nuestro alrededor.

Tranquila y relajada como no lo había estado desde hacía mucho tiempo, planeé mi estancia actual en el pueblo. No me limitaría a dejar pasar el tiempo hasta encontrarme mejor, necesitaba una ocupación, actividad y, sobre todo, necesitaba dinero. La escasa cantidad que me pasaba mi exmarido apenas me permitiría subsistir, pero era profesora de inglés y, aunque no tuviera una academia como en Zaragoza, siempre podría acondicionar una habitación, de las muchas que había vacías, para dar clases particulares y aumentar así mis ingresos. Seguro que encontraría a alguien interesado que quisiera aprender el idioma a un precio razonable. Eso me permitiría, además de ganar algo de dinero, tener una actividad. Y si conseguía lo suficiente tal vez le hiciera caso a Julián para remodelar un poco la casa y sacarle todo el partido que él afirmaba que tenía.

Y así, con el cuento de la lechera en mi cabeza, me dormí.

Desperté con el sol del verano entrando a raudales por la ventana; eran las nueve de la mañana de un radiante día de julio. Permanecí unos minutos en la cama, disfrutando de la paz y el silencio; no tenía nada que hacer hasta la una, en que debía acudir al centro de salud para la cita con el médico. Después prepararía carteles anunciando clases de inglés y los repartiría en algunos comercios. Le pediría también a Julián, Fernando y a Bea que corrieran la voz entre sus conocidos. Confiaba en que pronto tendría algún alumno.

Al pasar junto al buzón eché un vistazo de reojo a la caja vacía y me dije que lo del día anterior no se repetiría, que se había tratado solo de una nota de bienvenida.

Me preparé de nuevo un desayuno saludable untando las tostadas con los deliciosos tomates de la huerta de Roberto y un poco de aceite de oliva. Revitalizada me dispuse a vivir mi segundo día en Pórtugos.

***

Él

Sentado en el patio trasero de mi casa aspiraba el olor del galán de noche que perfumaba el aire con su potente aroma. Desde que dejé el ramillete y la nota en el buzón de Natalia no cesaba de preguntarme qué habría pensado ella al recibirlo, si lo habría tomado como una bienvenida que era lo que yo pretendía o la habría incomodado. Esperaba que no, que le pareciera algo romántico y no amenazador en ningún sentido. Que hubiera puesto una sonrisa en su boca y no temor

en su corazón.

Era muy posible que la chica que abandonó el pueblo hacía mucho lo considerase una cursilada, pero habían pasado quince años, y puesto que había vuelto, debería haber cambiado. Yo tampoco era el mismo de entonces, el adolescente enamorado en la distancia. Ahora estaba dispuesto a entrar en su vida a la luz del día buscando su amistad, a intentar dar una oportunidad a lo que no pudo ser en el pasado. Estuve enamorado de ella, con el amor loco y apasionado de la juventud y, aunque mi corazón había vuelto a latir enloquecido al contemplarla el día que llegó, había transcurrido mucho tiempo y, tal vez, aquel sentimiento de antaño no volviera a surgir de nuevo. Tal vez mi reacción al verla pasar solo se tratara de un recuerdo nostálgico de lo que no pudo ser. Ya no era un crío, la cautela formaba parte de mi carácter y debía ir paso a paso descubriendo lo que Natalia me hacía sentir ahora.

Durante mucho tiempo la había mantenido lejos de mi vida, de mis planes y de mi realidad diaria. Había superado mi enamoramiento juvenil; lo que sucediera en el futuro solo lo decidiría el destino. Lo que sí podía asegurar era que, si Natalia necesitaba un amigo, un hombro sobre el que apoyarse o alguien con quien compartir un rato de charla o un café, allí estaría yo. Dispuesto a ayudarla en lo que pudiera, dispuesto a que me conociera mejor y a descubrir yo también a la mujer en que se hubiera convertido.

Capítulo 6

A la una menos diez Natalia se encontraba sentada en la sala de espera del centro de salud. En una placa al lado de la puerta de la consulta, leyó el nombre del facultativo: Héctor León. Nunca se preocupó de saber el apellido del amigo de su hermano, pero no le pegaba en absoluto. Era más bien un cordero que un león, por lo que podía recordar; Fernando era el que dominaba en la relación y Héctor lo seguía siempre como un perrillo faldero.

Veinte minutos después de su llegada, la puerta se abrió para dejar salir al paciente que se encontraba dentro, un anciano al que acompañaba el facultativo, vestido con una inmaculada bata blanca. Un hombre alto, fuerte y provisto de una espesa mata de cabello castaño, que sin duda era difícil de domar. Le sonrió al verla y se acercó a ella, tendiéndole la mano.

—¡Hola, Natalia! Pasa.

—¿Héctor? —se sorprendió.

Nunca lo hubiera identificado de no saber que se trataba de él. A Roberto lo había reconocido sin problemas, Julián se daba un aire al chico que recordaba, pero jamás hubiera imaginado que este hombre, que sin duda poseía una personalidad arrolladora, fuera el amigo huidizo y casi invisible de su hermano. ¿Qué tenía el aire de Pórtugos que volvía tan atractivos a los hombres con los años? Porque el que tenía delante, aunque no era tan guapo como Roberto ni tan atlético como Julián, la contemplaba con una sonrisa cautivadora y unos increíbles ojos verdes, tan claros que parecían transparentes. ¿Héctor tenía los ojos verdes? No lo recordaba. Mientras lo seguía a la consulta se dijo que para ella cualquiera de los adolescentes del pueblo en el

pasado era como si hubieran llevado una capucha que les ocultara las facciones, porque todos habían sido invisibles para ella. No tenía recuerdos de los ojos azules de Roberto ni de los verdes del médico, y de Julián casi ni se había fijado en que tuviera ojos.

—Siéntate, por favor —ofreció él la silla destinada a los pacientes —. Cuéntame.

Respiró hondo. No le apetecía hablar de su enfermedad ni siquiera con un médico, había ido allí para olvidarla, pero trató de resumir la situación en pocas palabras.

—Acabo de superar un cáncer de mama. Tengo el alta médica, pero Fernando ha insistido en que viniera porque mi última analítica presenta algunos valores alterados. Está muy preocupado por mí.

—Me he tomado la libertad de entrar en tu historial y estoy al tanto de todo el proceso: el diagnóstico, la intervención y el tratamiento. Pero para tranquilidad de tu hermano y también mía ¿te parece si te abro una ficha y repetimos la analítica? Y a partir de los resultados hacemos un seguimiento. No dudo de la profesionalidad de la doctora que te ha llevado, es evidente que es buena, pero me gusta trabajar con mis propios datos.

—Tú eres el médico, me pongo en tus manos. Sí te agradecería que no se divulgara por el pueblo mi enfermedad, no quiero ser objeto de cotilleos ni de lástima por parte de nadie.

—Soy médico, y por lo tanto tengo la obligación de guardar la confidencialidad de mis pacientes. No te preocupes por eso, nadie sabrá nada, al menos por mí. Pero el cáncer no es una enfermedad para avergonzarse. Nadie está libre de ella.

—Gracias. No me avergüenzo, es solo que para mí pertenece al pasado y no quiero que me la recuerden continuamente. La gente suele ser muy morbosa.

—Eso es cierto. Puedes contar con mi silencio, jamás divulgo nada sobre mis pacientes. ¿Puedes venir mañana en ayunas antes de las nueve y media para la analítica?

—Sí.

—Ahora vamos con unos datos básicos que siempre solicito a los pacientes nuevos.

Durante un rato Héctor se dedicó a anotar datos clínicos: peso, estatura, tensión, temperatura, etcétera. Se sometió a todo con

paciencia y resignación. Solo era un reconocimiento más de los muchos que ya había vivido.

Su comportamiento era el de un profesional; sin embargo, algo en su actitud hacia ella demostraba una familiaridad que nunca había observado en ninguno de los médicos que la habían tratado. Tal vez se debiera a su amistad con Fernando, o a que en los pueblos la medicina se ejercía de una forma diferente, más cercana.

Cuando terminó, clavó en ella sus increíbles ojos verdes y le dedicó una sonrisa que le iluminó toda la cara. No dudaba de que gran parte de la población femenina del pueblo estaría deseando acudir a su consulta si esa sonrisa era habitual en él.

—Bien, el tema sanitario ya está listo. Ahora me gustaría que me vieras como amigo más que cómo médico. ¿Quieres hablar de ello?

Por un momento se sintió un poco perpleja.

—¿De qué?

—De la enfermedad, de las secuelas… del miedo tal vez. Pasar por esto es terrible, y tu presencia en el pueblo me indica que es algo que te ha cambiado la vida. Soy amigo de tu hermano desde niños y os conozco bien a ti y a tu familia; sé que nunca has querido estar aquí y que, si has vuelto, debe haber un motivo poderoso. No soy psicólogo, solo un médico de familia que trata de llevar la medicina un poco más allá de los fármacos. A veces una buena charla hace más que una caja de pastillas.

De repente, ante aquella mirada cálida y aquella sonrisa luminosa sintió ganas de hablar, de desahogarse. De liberar parte de la contención que llevaba dentro y que ni siquiera con Fernando era capaz de dejar salir, para no preocuparlo.

—Sin duda el cáncer me ha cambiado la vida. He vuelto al pueblo porque mi matrimonio se fue al traste durante la enfermedad y mi medio de subsistencia también. Necesito paz y tranquilidad y también a mi familia para decidir qué hacer con mi vida de ahora en adelante.

—¿Perdiste el empleo?

—Tenía una academia de inglés en Zaragoza a la que no pude atender durante dos años. El alquiler se acumuló y yo tenía bastante con lidiar con la enfermedad. Tuve que cerrarla. Y de cómo afectó a mi vida sentimental prefiero no hablar.

—No tienes que hablar de lo que no desees. Es probable que aún

no estés preparada para hacerlo, pero todo llegará. En algún momento deberás sacarlo. Puedo recomendarte un psicólogo si lo necesitas.

—No puedo permitírmelo, mi situación económica no es precisamente holgada. Pretendo que Pórtugos y mi familia me sirvan de terapia.

—Puedes contar también con tu médico de cabecera. —Había calidez en sus palabras y en su mirada—. Como profesional todo lo que me cuentes es confidencial… y como amigo también, si deseas que lo sea. Yo, por mi amistad con Fernando, siempre os he considerado a toda tu familia como parte de la mía y, por supuesto, a ti también.

—Gracias.

—No me las des. —Le tendió una tarjeta con el número de teléfono del centro de salud a la que añadió el fijo de su casa y el móvil—. Llámame si tienes algún problema tanto físico como emocional. O económico.

—En este último sentido me las apañaré. Espero dar clases particulares de inglés… en cuanto consiga algún alumno.

—En cualquier otro caso, llámame. Lo digo en serio. Puedes hacerlo a cualquier hora del día o de la noche, aunque en este caso solo si es algo muy urgente. Tengo dos críos a los que no puedo dejar solos durante mucho rato, y menos de noche.

—¿Tienes niños?

—Dos chicos de cuatro y siete años.

—Tienes suerte. Para mí ya será muy difícil tenerlos, según me han dicho.

—Pero no imposible. Lo primero es recuperarte del todo, y después ya veremos. Si decides quedarte en el pueblo el tiempo suficiente y lo deseas, te mostraré las opciones de tratamiento, que las hay.

—Aún no lo sé. No tengo ni idea de lo qué haré con mi vida de aquí a unos meses.

—No tienes por qué decidirlo ahora. Disfruta de tu estancia en Pórtugos, te aseguro que vale la pena.

—Gracias de nuevo.

—Ahora debo dejarte, tengo que recoger a mis hijos del colegio y ponerles el almuerzo. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, Héctor.

Salió de la consulta y del centro con el ánimo ligero. No sabía cuán bueno era Héctor como facultativo, pero era increíble animando a los pacientes. Había conseguido que le hablara de su situación económica y personal, algo que pensaba mantener en secreto en el pueblo. No había duda de que era de esos médicos a los que sus enfermos adoraban.

Se dirigió a su casa y se preparó el almuerzo, algo ligero que tomó mientras planeaba cómo anunciar sus clases de inglés. Después se permitió una pequeña siesta y se levantó dispuesta a dar un paseo hasta la Fuente Agria, un manantial de aguas ferruginosas que consistía en la principal atracción de Pórtugos, situado a solo medio kilómetro y asequible para sus fuerzas.

A paso calmado comenzó el recorrido. La tarde no era excesivamente calurosa, a esa altitud era difícil alcanzar temperaturas extremas ni siquiera en verano y disfrutó del paseo. No sabía si el pueblo había cambiado o quien lo había hecho era ella, pero descubrió parajes preciosos en los que antes nunca reparó.

Al volver se sentía relajada, un estado que parecía haberse asentado en ella desde su regreso.

Cuando llegó a su casa, ya a punto de anochecer y dispuesta a darse una ducha y cenar, observó movimiento al otro lado de la calle. Julián se acercaba a ella con pasos rápidos.

—Hola, Julián.

—Hola. Te he visto llegar desde la ventana del estudio. ¿Mañana te viene bien que hagamos el cambio de color en la puerta?

—Tengo que ir al centro de salud a primera hora, pero después mi agenda está libre.

—Perfecto. ¿Sobre las diez te viene bien?

—Muy bien.

Un aroma sutil y lejano le llegó a las fosas nasales. El pulso se le aceleró por un momento.

—Ese olor… ¿Es galán de noche? —preguntó mirando a su vecino a los ojos oscuros.

Este no dio ninguna señal de embarazo o azoramiento, se limitó a asentir.

—Sí, era de mi madre. Me dejó algunas plantas, esa entre ellas. Es una de las que sobreviven a mi poco tacto, a pesar de que Roberto no

cesa de darme consejos, fertilizantes y todo tipo de productos. Me temo que se me van a morir hasta los cactus. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada especial. Me gusta el olor; ya le pediré a Roberto que me asesore para rehabilitar el jardín, más adelante.

—Bien, él sabe mucho de flores. De todo lo relacionado con la agricultura en realidad. Después de terminar la carrera de Ingeniería agrícola ha hecho todo tipo de másteres en ciencias medioambientales, ecología y cultivos sostenibles. Puedes comerte lo que produce con toda garantía.

—Ya he probado algunos de sus productos y en verdad son deliciosos. ¿Te gusta la verdura? —preguntó para saber qué le ofrecería como almuerzo al día siguiente.

—Me gusta todo lo que esté cocinado.

—Bien, pues espero acertar mañana con uno de los platos que mejor me salen.

—Seguro que estará bueno. Hasta mañana entonces, Natalia. ¡Que tengas buena noche!

—Hasta mañana, Julián.

Entró en su casa con el corazón alegre. No pudo evitar hablarle a la puerta antes de cerrarla a su espalda.

—Mañana estarás mucho más bonita. Y yo tendré un invitado a comer.

Algo que hacía mucho que no se daba en su vida, porque no se limitaría a entregarle un táper con su pisto especial, una receta de su madre que poco tenía de ligera, pues incluía además de las verduras habituales, huevo cocido, patatas fritas y carne en salsa, todo regado con un exquisito tomate frito casero. Una receta deliciosa, que estaba segura su vecino apreciaría. Y lo invitaría a saborearla en su casa.

No quiso especular sobre que él tenía una planta de galán de noche en la suya porque, según Bea, era un arbusto muy común en el pueblo. Cualquiera podía ser su misterioso visitante.

Comprobó en el reloj que aún no eran las nueve y media de la noche, por lo que se decidió a llamar a Roberto. Este respondió a los pocos tonos.

—¿Diga?

—Roberto… soy Natalia. Espero no molestarte a estas horas, ya sé que no tienes abierto más que hasta las tres, pero tengo que preparar

mañana un almuerzo un poco especial y voy a necesitar algunas cosas.

—Ya te dije que para ti estoy disponible a cualquier hora. ¿Qué necesitas?

—Calabacines, berenjenas, pimientos, judías verdes, y bastantes tomates. Patatas y cebollas ya tengo.

—Muy bien. ¿A qué hora quieres que te lo acerque? Suelo llevar el pedido al restaurante sobre las siete de la mañana ¿Es muy temprano para ti? A partir de las ocho ya tengo abierto aquí y no podría ir hasta las tres que cierre.

—No tengo problema en madrugar un poco. Me parece bien a las siete.

—Pues nos vemos mañana. Y si no estás despierta te lo puedo dejar en la puerta de tu casa, nadie se lo va a llevar, a esa hora no hay ni un alma por la calle. Además, esto es un pueblo, todavía se respeta la propiedad privada.

—Estaré despierta para pagarte, esta vez es un encargo.

Una alegre carcajada a través del aparato le arrancó una sonrisa a su vez.

—Sé dónde vives, ya pasaría a cobrar.

—Sabes dónde vivo, claro.

—Dónde siempre, ¿no?

—Sí, donde siempre.

—Pues nos vemos mañana a primera hora. Escogeré con mimo las verduras para esa comida tan especial.

—Roberto… —No pudo evitar preguntarle. Él recorría el pueblo a una hora temprana en la que no era habitual encontrar a nadie—. ¿Tienes entre tus plantas un galán de noche?

—Sí, lo tengo. ¿Quieres uno? Lamento decirte que la época para plantarlo ya ha pasado, se encuentran en plena floración.

—En ese caso, el año que viene… si aún estoy aquí.

—Muy bien. Te avisaré… si aún estás aquí. Hasta mañana.

Colgó con la mente llena de suposiciones y se dispuso a pasar una nueva noche en el pueblo.

Capítulo 7

Natalia se levantó temprano para recoger la compra que debía llevarle Roberto a las siete de la mañana. Como le dijo él la noche anterior, la calle estaba vacía, no se escuchaba ningún signo de actividad en ella.

A la hora indicada oyó el leve ronroneo de un coche subiendo la cuesta, y a continuación el timbre de su casa. Ya nadie usaba el llamador antiguo, tal vez debería decirle a Julián que lo suprimiera para dar un toque nuevo y más moderno a la superficie de la puerta.

Ataviada con un vestido veraniego abrió. El hombre estaba en el escalón de entrada con una sonrisa radiante y un aspecto fresco y descansado. De nuevo le impactó el cambio experimentado respecto al chico de sus recuerdos y se preguntó cómo podía alguien estar tan guapo a esas horas intempestivas de la mañana.

—Buenos días, Natalia. ¿Dónde te pongo esto? —preguntó señalando la bolsa de rafia de la compra.

—En la cocina, por favor —pidió franqueándole la entrada.

Él la siguió al interior y colocó todo sobre la mesa.

—Gracias por traerlo.

—Ya te dije que no es ninguna molestia. Vengo todos los días al pueblo para servir mercancía al restaurante. Acabo de dejarla, y no me cuesta ningún trabajo pasar también por aquí; me pilla de camino. Además, es un placer ayudar a una compañera de instituto que, además, es cuñada de mi mejor amiga.

—Gracias. ¿Te apetece un café? Yo no puedo acompañarte, debo hacerme una analítica en un rato y no puedo comer nada, pero te lo preparo en un momento.

—Aceptaré ese café otro día que puedas tomarlo conmigo. Me hubiera gustado que fuéramos amigos en nuestra época de estudiantes, pero supongo que no era el momento —insinuó con un tono que le pareció enigmático.

—Supongo que no. Pero tal vez ahora lo sea. He vuelto al pueblo decidida a reconciliarme con él y con sus habitantes.

—Pues aquí tienes un habitante dispuesto a ofrecer amistad a manos llenas. Además de fruta y verdura —añadió con un guiño.

—¿Eras así de encantador en el pasado? No lo recuerdo.

—No. Entonces era bastante huraño. Solía verte sentada delante de mí y nunca te dirigí la palabra, a pesar de que me hubiera gustado hacerlo. La vida te cambia con el paso del tiempo.

—Siempre te cambia, sí. ¿Cuánto te debo? —Eludió el tema; no quería hablar con Roberto de hasta qué punto la había cambiado a ella.

—La cuenta está dentro de la bolsa. Y si no te importa vaciarla, me la llevo para traerte la compra otro día. Soy ecologista y no me va el usar y tirar.

—A mí tampoco. En seguida te la devuelvo.

Abrió la bolsa y en seguida vio una sandía en el fondo de la misma.

—¿Te encargué una sandía? No lo recuerdo.

—No, es regalo de la casa. Me dijiste que ibas a preparar una comida especial y no sabía si tenías postre. El sorbete de sandía es exquisito y muy fácil de preparar. Puedes encontrar recetas en internet.

—¡No puedo aceptar que me regales género en cada compra!

—¿Por qué no? No voy a arruinarme por una sandía. Es mi forma de darte la bienvenida al pueblo, no la rechaces.

Lo miró a los ojos tratando de adivinar segundas intenciones en sus palabras. Su mirada parecía decir: no me rechaces. Y no podía hacerlo.

—Gracias. Pero la próxima vez que vengas a traerme la compra me tienes que aceptar un café.

—Hecho. Ahora debo irme. Espero que el motivo de tu analítica no sea porque estés enferma.

—Rutina. Me encuentro un poco cansada y mi hermano quiere que me haga un chequeo, nada más.

—Pórtugos es ideal para olvidar el cansancio y recargar las pilas.

—Es la idea.

Le abonó la compra y lo acompañó hasta la puerta.

—Hasta la próxima, Natalia. Cuídate.

—Adiós, Roberto. Y gracias de nuevo.

Lo vio alejarse en la furgoneta blanca mientras repasaba la conversación que habían mantenido. ¿Roberto deseaba ser su amigo en el pasado? ¿Sería él el hombre al que había roto el corazón con su marcha?

Regresó a la cocina y se dedicó a recoger la compra, antes de ir al centro de salud. Iría temprano para disponer de tiempo suficiente para preparar la comida que pensaba ofrecerle a Julián.

***

A las diez de la mañana, puntual como un reloj, Julián cruzaba la calle. Natalia lo vio desde la ventana del salón y se apresuró a abrirle la puerta.

—Hola —lo saludó.

Él cargaba una lata y una caja de herramientas en ambas manos.

—Buenos días. ¿Te gusta el color? —preguntó señalando la pintura.

Era de un tono azul celeste que le recordó las puertas de las casas inglesas que había visto en las películas. Ofrecería un interesante contraste con las paredes rojizas de la suya.

—Puede quedar muy bonita.

—Pues me pongo a la faena entonces.

—Yo comenzaré también la mía. Un delicioso almuerzo para el pintor.

—¿Me vas a dar el táper de comida hoy? No hace falta que corras tanto, me viene bien cualquier día.

—Las deudas me gusta pagarlas al contado —bromeó. Lo cierto era que le apetecía mucho comer en compañía.

—No es una deuda, sino un favor, y estos no se pagan.

—Entonces lo mío no es un pago, sino una invitación, y estas no se rechazan.

—No rechazaré nada que venga de ti, Natalia.

Sintió una agradable sensación de calidez invadirla.

—Bien, pues me voy a la cocina, que la receta es elaborada. La puerta es toda tuya; si necesitas algo, llámame.

—No te preocupes, no es complicado lo que tengo que hacer.

Se fue a la cocina y comenzó la tarea de pelar las verduras y preparar las diferentes elaboraciones. También miró recetas de granizado de sandía para el postre. Hacía mucho que no cocinaba para alguien, que se limitaba a preparar algo sencillo y rápido para ella, eludiendo los platos complicados. Durante un tiempo se había limitado a alimentarse sin disfrutar del deleite de la comida. Pero aquella mañana recuperó el placer de cocinar, y la satisfacción de compartir con alguien el resultado. Hacía años que no preparaba el pisto especial y puso mucho cuidado en no saltarse ningún paso ni olvidar ningún ingrediente.

Desde la puerta de entrada, situada al fondo de un corredor que la separaba de la cocina, cuya ventana daba al patio, le llegaban también olores a disolvente, pintura y otros que no logró identificar. A la una, y con su receta casi terminada, escuchó los pasos de Julián acercarse.

—La puerta ya está. Ven a ver el resultado.

Se secó las manos en un paño de cocina y se dispuso a acompañarlo.

El tono azul, tal como había imaginado, era perfecto para resaltar el color de las paredes. Nunca se le hubiera ocurrido pintar una puerta de ese color, pero resultaba espectacular.

—Está genial, Julián. ¡Me encanta!

—¿Te gusta de verdad?

—Mucho.

—Siempre pensé que sería el color ideal para esa puerta. Ya te dije que tu casa tiene muchas posibilidades.

—¿Qué tal si me las cuentas mientras almorzamos? El pisto estará en media hora.

—¿Has preparado un pisto? Vas a hacerme llorar de felicidad. Y ¿has dicho almorzamos? ¿Juntos? ¿No vas a darme simplemente un táper?

—Mi intención es invitarte a almorzar, juntos, sí. Pero si no te apetece…

—Claro que me apetece. ¿Me das esa media hora para asearme? Apesto a disolvente y pintura.

—Muy bien. Yo termino la receta.

Lo vio cruzar de nuevo la calle en dirección a su casa. Iba a

arreglarse para almorzar con ella, lo que le provocó una sensación de euforia. Ella también se daría una ducha mientras la salsa de tomate terminaba de hacerse a fuego lento.

Media hora después, ataviada con un vestido favorecedor, invitaba a pasar a Julián, arreglado también para la ocasión con un pantalón vaquero y una camisa. El pelo húmedo le caía sobre el cuello de la misma rizándose en las puntas. Los anchos hombros y los fuertes músculos de los antebrazos conseguidos a causa del trabajo físico tensaban la tela.

—Pasa —dijo—. He puesto la mesa en la sala, pues el patio no tiene sombra a esta hora y nos moriríamos de calor.

—Ese patio pide a gritos un toldo corredizo. Pero la sala está estupenda para comer. Me he permitido traer una botella de vino y unas cervezas; no sé tus preferencias en cuestión de bebidas.

—Suelo comer con agua, pero tomaré lo que tú bebas.

—Hoy hace calor, la cerveza es más refrescante.

Julián se sentó y le entregó dos botellines para que los abriera. Después Natalia sirvió sendos platos de humeante pisto y ocupó una silla frente a él. Aguardó expectante a que él probara el guiso, y la mueca de satisfacción no le dejó dudas de que le había gustado.

—Esto es delicioso. Un placer de dioses.

—Solo es un pisto, eso sí, hecho con mucho cariño.

—Se nota.

—Me gusta la cocina, y la verdad es que en los últimos tiempos la he tenido algo abandonada.

—Pues no deberías. Se te da genial.

—Ahora tengo tiempo, la retomaré.

—¿Me darías otro plato a cambio de un toldo en el patio?

—Un toldo en el patio es mucho más costoso que la pintura de una puerta, no puedo aceptar la oferta. Y no puedo permitirme ponerlo.

—¿Tan mal anda tu economía?

—No es demasiado buena. Si sabes de alguien que quiera aprender inglés, voy a intentar dar clases para ganar algo de dinero, aunque no será para reformar la casa, sino para mi día a día.

—Si lo que necesitas es dinero, puedo hacerte una oferta. Los idiomas se me dan fatal y no me gustan, pero ¿qué tal si te pago para que cocines para mí, todos los días? Las cenas me las apaño con un

sándwich o una tortilla francesa espachurrada, pero los almuerzos me gusta hacerlos bien. Me encanta comer y la cocina no es lo mío.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que lo digo en serio. Nos ayudaríamos los dos, y no tienes que invitarme a comer contigo, me bastaría con que me pases un táper que pueda calentar. ¿Te parece bien veinte euros por comida?

—¿Veinte euros? Es mucho… Eso supondría ciento cuarenta euros semanales.

—No lo es, comer en un restaurante me costaría más.

—Quince.

—Quince y algún arreglo en la casa. Dejo el menú a tu elección. Lo mismo que prepares para ti.

—De acuerdo.

—Te pagaré por adelantado la primera semana para que puedas comprar lo que necesites. Ahora vamos a disfrutar de este delicioso plato.

—Hay sorbete de sandía de postre.

—¡Además postre! Estoy en el cielo.

Ella también se sentía exultante. No solo por la perspectiva de que su economía mejorase con poco esfuerzo, solo tendría que cocinar más cantidad de lo que preparase para ella, sino también por la perspectiva de iniciar lo que sería una relación de amistad con su vecino. ¡No había sido tan mala idea refugiarse en el pueblo!

Se sentía cómoda hablando con Julián, como si se conocieran de toda la vida. En realidad se conocían, aunque ella nunca hubiera reparado en él, ni intercambiado siquiera un simple saludo de vecinos. Mirando hacia atrás, pensó que debía haber sido una adolescente bastante insoportable. No comprendía como alguien podía haber sentido el corazón roto con su marcha. Pero estaba dispuesta a enmendar el pasado, a conocer mejor a los habitantes del pueblo. Este no debía ser tan terrible si tres hombres, cuatro incluido su hermano, habían vuelto a él después de terminar sus estudios. Les daría una oportunidad a todos.

Tal vez cuando su amistad se afianzara le peguntaría a Julián qué pensaba de ella en el pasado, pero de momento prefería no saberlo. Ahora solo le importaba el presente y disfrutar de la agradable

compañía de su invitado. Este le contó cosas del pueblo en su ausencia, los cambios experimentados en los quince años en que estuvo lejos, pero habló poco de sí mismo. No le dio ninguna pista de por qué un hombre tan simpático y atractivo vivía solo en una casa enorme. Y ella no se atrevió a preguntar.

Disfrutó del almuerzo y, cuando este finalizó, tras el postre y un café, él se despidió. Después de levantarse haría una visita a su hermano para pasar un rato con su sobrina. Y elaboraría un menú variado y apetecible para el resto de la semana para ella y Julián.

Capítulo 8

Natalia

La semana que llevaba en el pueblo se me había hecho muy corta. Siempre estaba ocupada, entre preparar comida para Julián y para mí, pasear y dedicar algunas tardes a disfrutar de mi familia, no tenía tiempo de aburrirme. También aproveché para leer los libros que tenía pendientes. El tedio que imaginaba que iba a sentir no existía.

Había acordado con mi vecino que si ampliaba el precio a veinte euros le preparaba también algunas sopas o salteados para las cenas, que era lo que yo solía comer por las noches, y que solo tuviera que calentar. Él comía más que yo, tenía un enorme apetito y me gustaba mucho verle hacer los honores a mis platos. Habíamos tomado la costumbre de almorzar juntos, charlando de nuestros respectivos días —los suyos mucho más interesantes que los míos— y pensaba que estaba naciendo una amistad entre nosotros. Cada día esperaba con impaciencia el momento en que nos sentáramos a la mesa, lo que me indicaba lo sola que me había sentido los dos últimos años pasados en Zaragoza.

Roberto había vuelto a llevarme un pedido a una hora temprana, y empezaba a pensar que, si el acuerdo económico con Julián seguía funcionando, podría dedicar algo de dinero a recuperar el arriate del patio. Echaba de menos las plantas, lo que más me había gustado siempre de mi casa; para eso debía solicitar ayuda al experto, y pedirle que acudiera a mi domicilio en otro momento para hablar del tema con calma y solicitarle un presupuesto. Entre los dos diseñaríamos un espacio lleno de color en el que no podía faltar un galán de noche, o dama de noche, como también se le solía llamar.

La idea de crear un pequeño jardín hacía que mi estancia en el pueblo ya no me pareciera tan temporal, o al menos, no tenía prisa por recuperarme y abandonarlo. Si contaba con unos ingresos que me permitieran vivir con cierta comodidad, me tomaría con calma mi permanencia en Pórtugos. Podía disfrutar de unas vacaciones antes de buscar trabajo en una academia de idiomas o preparar unas oposiciones a la enseñanza pública en otro lugar. En aquel momento no me apetecía tomar decisiones, solo quería disfrutar de tranquilidad y del agradable verano de la sierra alpujarreña, más fresco que el de otras ciudades, incluida Zaragoza.

Al día siguiente tenía cita en el centro de salud para recoger los resultados de la analítica, pero todo debía estar dentro de lo correcto o Héctor me habría llamado, según me aseguró Fernando. Yo me encontraba bien, el cansancio estaba remitiendo, dormía del tirón cada noche y los paseos podía hacerlos cada vez más largos. El único inconveniente de los mismos era que los hacía sola, y me apetecía tener compañía. La soledad que buscaba al llegar al pueblo se estaba convirtiendo en una necesidad de contacto humano. Ni mi hermano ni Bea eran muy andarines, y Julián trabajaba por las tardes y tampoco quería pedirle nada más. Ya hacia suficiente al compartir conmigo sus almuerzos. Cada mediodía lo veía llegar a su casa para darse una ducha y acudir a la mía con la expectación pintada en el rostro ante el menú que yo le ofrecería. Por mi parte, me esforzaba en preparar platos deliciosos porque me encantaba verlo comer con tanto placer.

Debía reconocer que el balance de mi primera semana en Pórtugos era muy positivo.

***

Él

La llegada de Natalia al pueblo había convulsionado mi tranquila existencia. El simple hecho de tenerla ante mí, de hablar con ella, de contemplar a la mujer en que se había convertido, había hecho aflorar sentimientos del pasado que creía olvidados y superados hacía tiempo. No era una mujer bella, su físico era del montón, pero poseía un algo diferente al resto de las féminas, y ese algo calaba en mí hasta lo más hondo; lo había hecho en el pasado y también en el presente.

No importaban los años que hubieran transcurrido, ni que yo la hubiese olvidado y tenido una vida feliz sin ella; mi corazón había

brincado al tenerla delante, al escuchar su voz, al perderme en sus ojos cargados de tristeza, y tuve la certeza de que podría enamorarme de ella otra vez, si me lo permitía.

Tal vez otros no pudieran ver la aflicción en su mirada oscura, pero yo la conocía muy bien, no en vano la había contemplado en la distancia durante años y podía interpretar cada gesto, cada matiz, cada inflexión de su voz. Estaba triste y yo esperaba que me dejara mitigar esa desdicha que le impedía sonreír con los ojos. Mi principal empeño era hacerle saber que estaba ahí para ella, que podía contar conmigo, que deseaba ayudarla a superar cualquier cosa que la hiciera infeliz. Pero debía ir con cuidado, ser cauteloso, por ella y por mí, porque ya sufrí una vez por su marcha y no deseaba volver a hacerlo. Tampoco quería abrumarla con mis atenciones. Pero me moría por dar un paso más, como amigo, aunque en mi fuero interno tuviera la certeza de que mi corazón volvería a verse implicado en algo más que amistad. Quería dejarla entrar en mi vida otra vez, aunque intuía que ello podría llevarme de nuevo al desastre.

Me hubiera gustado saber qué sintió cuando recibió mi nota de bienvenida, si le había agradado el pequeño ramito de la que sabía era su planta favorita, pero debía seguir en la sombra un poco más. Solo un poco más.

Capítulo 9

Natalia se levantó temprano aquella mañana. Tenía cita en el centro de salud para recoger los resultados de la analítica a las doce, y quería dejar el almuerzo preparado antes de irse. En aquella ocasión se trataría de un plato de legumbres con verduras y carme. Trataba de que cada comida fuera contundente y contuviera todos los elementos de una alimentación equilibrada, y como postre, fruta fresca de temporada.

Después daría un paseo hasta la hora del almuerzo, pues Julián solía regresar sobre las tres para comer juntos.

Al llegar a la puerta de entrada su corazón se saltó un latido. En el recipiente del buzón había un sobre blanco y sin dirección ni remitente, idéntico al que recibiera el primer día de su llegada. Se acercó cautelosa y expectante a la vez, lo cogió con cuidado y abrió la solapa. De nuevo, un ramito de galán de noche en su interior acompañaba a una nota doblada, escrita con la misma letra estándar de Word. La desdobló y leyó con avidez las breves líneas:

> Gracias por aceptarme en esta nueva etapa de tu vida. Volver a verte ha sido una de las mejores cosas que me han sucedido en los últimos tiempos. Quiero que sepas que siempre estaré ahí para ti si me necesitas.

El pulso le latía con fuerza en las venas. El misterioso desconocido confesaba que se habían visto, que habían entablado algún tipo de relación. Su mirada se dirigió hacia la casa de enfrente, y se preguntó una vez más si era su vecino el hombre que le mandaba flores y mensajes. Después, su pensamiento fue para Roberto, que la mañana anterior le había llevado un pedido de fruta. Ellos dos, junto con Héctor, eran los únicos hombres con los que había entablado contacto en el pueblo, además de su familia. Se preguntó por qué, si habían

vuelto a encontrarse, mantenía en secreto su identidad. Si deseaba ser su amigo ¿por qué no se lo decía con claridad? O tal vez lo había hecho, porque los tres hombres le habían ofrecido su amistad en algún momento.

Un mar de pensamientos le inundó la mente: intriga, curiosidad, complacencia y también ilusión. Tras recibir el primer sobre pensó que se trataba solo de una bienvenida, pero después del segundo se preguntó si su misterioso admirador tenía la intención de continuar con los mensajes. Y descubrió que a ella le encantaría recibirlos.

Colocó el ramito de nuevo en un vaso con agua sobre la mesa de la sala para que lo viese Julián al llegar y observaría su reacción cuando lo descubriera. Después guardó la nota y se apresuró a dirigirse a su cita médica; no quería llegar tarde. La puntualidad siempre había sido una de sus cualidades y pretendía conservarla por mucho que la hubiera perturbado la nota.

Héctor la recibió con una sonrisa, lo que la indujo a pensar que los resultados de las pruebas no eran malos.

—Hola, Natalia. Siéntate, por favor.

Ocupó la silla al otro lado de la mesa y aguardó.

—Vienes por los resultados, ¿verdad?

—Sí.

Lo vio observar con detenimiento la pantalla del ordenador con cara seria. Demasiado seria, quizás.

—¿Qué tal están los parámetros? —preguntó con cautela.

—Mejor que los últimos. Todavía falta un poco para que sean normales, pero llevan camino de serlo.

—Menos mal. Fernando podrá quedarse tranquilo.

—Y tú también, supongo. —Clavó en ella una mirada cálida—. Todo va como debe ir, no te preocupes. Los repetiremos en un mes, salvo que te encuentres mal antes.

—No estaba preocupada. Sé cómo me encuentro, he aprendido a escuchar a mi cuerpo y este me dice que mejora día a día, pero por un momento tu cara me ha hecho inquietarme.

—Mi cara de médico. Lo siento. —Esbozó una sonrisa que la tranquilizó—. Debes perdonarme, a veces me evado de todo cuando reviso los resultados de las pruebas. Es una pose para evitar que los pacientes lean en mi rostro cualquier tipo de emoción. Deformación

profesional.

—Ya lo imagino.

—Pero has mejorado y pienso que tu vuelta al pueblo tiene que ver con ello. A veces el cuerpo obedece más a efectos psíquicos que a los fármacos. Observo que tu aspecto es mucho más saludable que en tu primera visita, te noto más relajada y ¿más feliz?

—No sé si feliz es la palabra. Más vital, desde luego.

—Eso es importante. Imagino que tu familia tiene mucho que ver con ello.

—Varios factores tienen que ver con ello, además de mi familia, claro.

Héctor imprimió el resultado de la analítica y se lo tendió, mientras la observaba en silencio por unos momentos. Tuvo la sensación de que deseaba decir algo, y no se decidía.

—¿Estás seguro de que todo va bien? —preguntó con recelo.

—En el aspecto médico, sí, pero me gustaría comentarte un tema… personal. Tengo otro paciente después de ti, y será el último de la mañana. ¿Tienes prisa?

—Ninguna hasta las tres.

—¿Me esperas y te invito a algo cuando salga? No me gusta hablar de asuntos privados en el ambulatorio.

Se sintió intrigada. A su mente acudió de inmediato el sobre que acababa de recibir, pero no hizo ninguna alusión al mismo.

—Te espero sin problemas, pensaba dar un paseo hasta la hora del almuerzo, pero lo dejaré para esta tarde.

La cara de Héctor se suavizó y su sonrisa se hizo más luminosa.

—En ese caso puedes aguardarme fuera, si no te importa.

—Vale. Gracias por todo.

—No hay de qué.

Extrañada, salió de la consulta y se sentó en las sillas destinadas a los pacientes. Se entretuvo ojeando los resultados de su analítica, que como había confirmado Héctor, mejoraba con respecto a la anterior. Era muy probable que los productos de Roberto tuvieran bastante que ver, porque volvía a sentir apetito tras mucho tiempo.

Después divagó sobre qué querría decirle Héctor, pero no consiguió encontrar ningún tema personal que los uniera salvo, tal vez, Fernando. O las notas enigmáticas, si era él quien las mandaba.

Veinte minutos más tarde salió el paciente y, a continuación, Héctor. Se había quitado la bata y vestía vaqueros y una camiseta azul. Ataviado de esa guisa parecía más alto, y también menos formal que en la consulta.

—¿Vamos? —la invitó, acercándose a ella.

Se levantó y lo siguió fuera del edificio. Este se encontraba cerca del restaurante situado en la plaza y se dirigieron hacia él. Héctor le indicó una de las mesas de la terraza, colocada bajo un toldo que protegía a los clientes de los rayos del sol.

—¿Te parece bien aquí?

—Sí, muy bien.

—¿Qué quieres tomar? A esta hora es autoservicio.

—¿Me reñirá mi médico si me pido una cerveza?

—Tu médico te recomienda una cerveza. Tiene muchas propiedades nutritivas y poco alcohol… siempre que no abuses. Además, tu médico no va a enterarse… ahora solo soy un amigo sediento.

Entró en el bar y salió poco después con dos cervezas y un plato de aceitunas, que colocó sobe la mesa. Después se sentó frente a ella.

—Te preguntarás de qué quiero hablarte…

—La verdad es que sí. . En la consulta has sonado un poco… misterioso.

—Nada de misterios… Ya te he dicho que tengo dos hijos pequeños, ¿verdad?

—Sí, me lo comentaste el otro día.

—Y tú me confesaste que tienes problemas económicos, y que buscas alumnos para dar clases de inglés.

—Así es. ¿Te interesa?

—No para mí. Lo cierto es que tengo un problema con los chicos, a veces me veo un poco sobrepasado para ocuparme de ellos, sobre todo por las tardes. Durante las mañanas están en el colegio, pero este cierra a las dos y media. Yo hago las visitas domiciliarias dos tardes a la semana, y a veces me veo apurado para compaginarlo con mi faceta de padre.

—¿Y la madre?

—Mi mujer falleció hace tres años en un accidente de coche. Mi suegra me ayudó con los críos al principio, pero ya no está en

condiciones de hacerlo, padece un alzhéimer que ha avanzado muy rápido y se encuentra en una residencia especializada. He pensado que tal vez podríamos ayudarnos mutuamente. ¿Te interesarían dos alumnos los martes y los jueves durante un par de horas? Me harías un gran favor, y de paso ganarías algo de dinero.

—Siento lo de tu mujer, y claro que me interesaría dar clases, pero ¿les interesa a ellos?

—Estoy seguro de que sí, que estarán encantados cuando se lo comente. Ahora me los llevo y se quedan en el coche cuando realizo las visitas para no dejarlos solos, pero se aburren mucho. En ocasiones, si voy muy lejos o preveo complicaciones con los pacientes, los dejo en casa de Fernando, pero no quiero abusar. Estoy seguro de que les encantará aprender inglés si con ello se quedan en casa.

—¿No has intentado contratar a nadie para que los cuide por las tardes?

—He entrevistado a varias personas, pero ninguna me ha parecido idónea.

—¿Y yo sí? No me conoces… es decir, me conociste hace quince años, pero no sabes el tipo de mujer en que me he convertido.

—Me basta con haber visto tu mirada triste al decir que ya no podrías tener hijos para saber que cuidarás bien de cualquier niño.

Se sintió emocionada y, de repente, deseosa de ayudar a Héctor con sus hijos.

—En ese caso, acepto encantada. Me gustan los niños, siempre quise tenerlos, pero mi marido… mi ex posponía el momento. En fin, eso pertenece al pasado y hay que mirar al futuro. Haré que tus hijos aprendan inglés mediante juegos para que no les resulte pesado, aunque no sé si conseguiré mantener su atención durante dos horas seguidas. Con los niños pequeños es complicado.

—Da igual si no aprenden demasiado, lo que me interesa es que estén acompañados hasta que yo vuelva. A veces llego antes de las dos horas y solo muy raramente me lleva más tiempo de eso. Suelo planificar bien las visitas.

—No me supondría ningún problema quedarme un poco más. ¿Martes y jueves has dicho?

—Sí. Son niños tranquilos, no te darán mucha guerra. Les gusta leer, ver películas, los juegos de mesa… Se distraen con cualquier cosa

si se cansan del inglés.

—En la academia tenía una clase de alumnos pequeños, por eso te digo que es difícil mantener su atención durante mucho tiempo. Pero me las arreglaré para distraerlos.

—No tengo ninguna duda.

—Mañana entonces. ¿A qué hora?

—Cuando te venga bien. Suelo salir sobre las cinco, pero me acomodo a tus horarios. Los pacientes están en sus casas y les da lo mismo a la hora que vaya a visitarlos. Y saber que no tengo a los críos esperando en el coche me permitirá atender mejor a los enfermos.

—Las cinco me parece bien.

—Acordado entonces. Te pagaré por horas. Y, si no te importa, me gustaría que vinieras a casa esta tarde para que los conozcas. Quisiera estar presente en vuestra primera toma de contacto.

—Por supuesto. ¿A las cinco?

—Cuando quieras, pero si es a esa hora te invitamos a merendar. ¿Aún te gustan los batidos de helado de chocolate?

—¿Cómo sabes eso?

—Llevo muchos años siendo amigo de tu hermano y entrando en tu casa; te he visto tomarlos cientos de veces. Batidos en verano y chocolate caliente en invierno.

—Debo confesar que el chocolate es mi perdición. Me encanta.

—A mis hijos también, aunque se lo dosifico, pero hoy es un día especial: chocolate para todos.

—Gracias.

—Ahora debo dejarte, tengo que recogerlos del colegio. Si me das tu número de teléfono te mando la ubicación cuando llegue a casa.

Héctor registró el número y, tras apurar las bebidas, se despidieron.

Natalia regresó a su casa deprisa, pues el calor apretaba aquel día, con una sensación extraña. Llevaba poco más de una semana en el pueblo y había conseguido dos trabajos, ambos cómodos y fáciles, con los que aumentar sus ingresos. Le pediría ayuda a Roberto para replantar el jardín, aunque eso implicara quedarse en el pueblo durante un tiempo más largo del que había previsto. La idea no le importó, y si más adelante decidía marcharse estaba segura de que no sería por otros quince años. Estaba resuelta a mantener el contacto

con su familia y también con los amigos que estaba haciendo. Pórtugos, se quedara el tiempo que se quedara, formaría parte de su vida en el futuro.

Capítulo 10

Natalia llegó con media hora de antelación a su almuerzo con Julián. No pudo evitar contemplar de nuevo el ramito de galán de noche que había metido en el vaso, ni tampoco releer el mensaje recibido aquella mañana. Cada palabra era a la vez una promesa y un misterio, y ella, que nunca se había considerado una mujer romántica, sintió su corazón enternecerse un poquito.

Colocó la planta en un lugar bien visible para observar la reacción de su invitado cuando llegara. Este hizo su aparición puntual como cada mediodía, paseó su mirada por el recipiente y esbozó una leve sonrisa. No fue capaz de adivinar sí había reconocido la planta, si tenía algo que ver con su envío o si solo era para él una flor en un vaso. Sin embargo, sí clavó sus ojos oscuros en ella y preguntó curioso:

—Pareces contenta. ¿Hay algún motivo?

No podía negar que se encontraba más animada de lo habitual, y que el mensaje recibido era una de las causas.

—Hay varios, sí —confesó—. Uno de ellos es que el resultado de mi analítica es bueno, y el otro que he conseguido un trabajo más.

Un par de días atrás le había contado a Julián el motivo de su presencia en el pueblo, su enfermedad y su divorcio porque estaba segura de que no iría comentando sus intimidades por doquier.

—Me alegro mucho por ambas cosas, y espero que este trabajo no te impida seguir cocinando para mí… para nosotros —puntualizó señalando la mesa puesta para dos.

—No interfiere en absoluto en nuestro acuerdo. No lo hubiera aceptado si fuera así; me gusta compartir contigo los almuerzos. Se

trata de dar clase de inglés a los hijos de Héctor, el médico, dos tardes por semana. Parece que los habitantes del pueblo se han puesto de acuerdo para echar una mano a mi situación económica.

—¿Por qué te extraña? La mayoría de la gente te aprecia y en Pórtugos nos gusta cuidar de los nuestros.

—¿Me aprecian? ¿En serio? ¿Me consideráis uno de los vuestros?

—Claro que sí. El hecho de que te hayas marchado durante unos años no quita que nacieras aquí y te criaras entre nosotros.

—Me siento fatal porque yo nunca me sentí parte del pueblo. Ni imaginaba que alguien pudiera echarme de menos —añadió tratando de ver su reacción. El hombre de las notas afirmaba que la había echado de menos—. Debo reconocer que nunca me esforcé en caerle bien a nadie, ni en establecer amistades más allá de Rosana. ¿Te acuerdas de ella?

—Claro que me acuerdo, siempre ibais juntas a todos lados. Os marchasteis a estudiar fuera y ella nunca regresó.

—Y yo he tardado quince años en hacerlo. Sin embargo, tú sí volviste. ¿Puedo preguntarte por qué?

—Creo que ya te lo comenté. Al terminar mis estudios comencé a trabajar en un estudio de arquitectura en Granada, pero aquello no me hacía feliz. Lo que de verdad siempre me ha gustado es trabajar con las manos, estar en el meollo de las obras, y allí solo veía planos, presupuestos y un despacho. Me ahogaba. Granada es una ciudad preciosa, no lo niego, pero yo añoraba los espacios abiertos, el campo y, sobre todo, el trato con los clientes. Estuve en la empresa el tiempo suficiente para conseguir unos ahorros y regresé dispuesto a montar mi propio negocio, a ser mi jefe. Al principio solo realizaba pequeños trabajos con la ayuda de un albañil, y poco a poco fui recibiendo encargos más importantes y complicados. Ahora tengo varios albañiles, y un equipo de fontaneros, carpinteros y todo tipo de personal especializado con el que contar, y me satisface decir que la mayoría de las reformas que se llevan a cabo en la comarca las realiza mi empresa.

Tuvo ganas de preguntar si durante ese tiempo había habido una mujer en su vida, o si la había en aquel momento. No lo parecía. Pero pensó que tal vez invadiría un terreno demasiado personal, y calló. Si Julián deseaba hablarle de su vida sentimental lo haría, porque se

estaba mostrando como un hombre bastante extrovertido, y en los días que llevaba en el pueblo compartiendo mesa y comidas habían empezado a desarrollar una camaradería que nunca había experimentado con ningún hombre, ni siquiera con Lorenzo.

Tal vez haber encontrado pareja tan joven la había privado de conocer amigos del sexo masculino. Su única amistad durante la infancia y juventud había sido Rosana, figura que sustituyó por Lorenzo, su exmarido, en la facultad, pero él había sido su marido, no su amigo. Nunca imaginó la vida sin él, y tampoco necesitó a nadie más, hasta que su matrimonio se rompió. Pero estaba dispuesta a recuperar el tiempo perdido, a dejar entrar en su vida a cuantos amigos, hombres o mujeres, tuviera la oportunidad de conocer.

El almuerzo, como todos los que ya habían compartido, transcurrió con una agradable charla, y cuando Julián se despidió entró en la cocina dispuesta a preparar unas galletas de chocolate, una receta rápida que encontró en Internet, para acompañar la merienda y tratar de ganarse la simpatía de sus pequeños alumnos.

***

A las cinco y cuarto Natalia llamó a la puerta de la casa de Héctor. Esta se encontraba situada a quince minutos andando de la suya, una hermosa construcción de dos plantas con balcones que daban a la fachada principal.

Él abrió la puerta en seguida, era evidente que la estaba esperando.

—Pasa —la invitó a entrar.

Lo siguió hasta una acogedora habitación amueblada con un sofá, varios sillones y una mesa rodeada por cuatro sillas. Una chimenea, que debía ser una delicia en las frías noches de invierno, presidía una de las paredes. Dos niños rubios se encontraban sentados en el sofá, con un juego de construcciones entre ambos al que añadían piezas y la miraron expectantes cuando entró en la habitación.

—¿Tú eres la «seño» de inglés? —preguntó el más pequeño.

—Sí, esa soy yo.

—Yo soy Juanma —se presentó—. Y ese es mi hermano Rubén.

El aludido agachó la cabeza, en un gesto de timidez.

—Pues yo me llamo Natalia, pero hoy no vamos a dar clase. He traído unas galletas de chocolate para merendar. ¿Os gusta el chocolate?

Buscó la mirada de Héctor, temiendo haberse precipitado al ofrecer el dulce. Él asintió con un leve gesto que la tranquilizó.

—¡¡¡Me encanta!!! —palmoteó el pequeño.

—Te lo has ganado con esa oferta —informó su padre—. Y a Rubén también, aunque no lo demuestre. Con él te costará un poco más —susurró para que este no pudiera oírlo—, pero te lo llevarás a tu terreno en cuanto supere un poco su timidez inicial. No suele durarle mucho.

—Seguro que nos llevaremos bien.

—Para celebrar que Natalia ha venido voy a preparar unos batidos de helado para acompañar las galletas. ¿Os parece?

—¡Sí, papi!

—Te dejo con ellos para que os vayáis conociendo.

Lo vio salir y, tras colocar el táper con las galletas sobre la mesa, se dirigió al sofá y se sentó entre los hermanos.

—¿A ti también te gustan las galletas de chocolate? —preguntó a Rubén.

Este asintió.

—Menos mal, pensaba que solo le gustaban a tu hermano. ¡Como no has dicho nada!

—A mí también —admitió el niño en voz baja.

—Estupendo. Así sé que puedo hacerlas más veces.

—¿Las has hecho tú? —preguntó Juanma.

—Sí.

—¡Sabes hacer galletas! ¿Me enseñas?

—Otro día. Cuando demos clase en inglés y os salga bien, os enseño. Pero también vosotros debéis enseñarme lo que estáis construyendo.

—¡Un barco!

—Eso no es un barco, Juanma, sino una casa —rectificó Rubén.

—Es un barco.

—¿A que no? —preguntó el mayor mirándola y esperando su confirmación—. Es cuadrada y tiene techo.

—Yo creo que es el arca de Noé. ¿Sabéis lo que es?

Ambos niños negaron con la cabeza.

—Es una casa construida dentro de un barco. De modo que los dos tenéis un poco de razón. ¿Queréis que os ayude a terminarla?

—Sí, por favor.

—Muy bien, después de la merienda.

Se giró para contemplar a Héctor, que los observaba desde la puerta de la habitación cargado con una bandeja en la que llevaba cuatro vasos, con una sonrisa en los labios.

—¿Eres consciente de que te acabas de convertir en constructora nada más llegar?

—Eso es hoy. Mañana aprenderemos inglés, ¿verdad, chicos?

—Sí. Y después construiremos un colegio de inglés.

—Los colegios de inglés no existen —rectificó Rubén.

—Sí que existen; yo voy a hacer uno en mi casa. —«Si consigo el número suficiente de alumnos».

—¿Y tenemos que ir?

—Por ahora Natalia vendrá a daros las clases aquí. Cuando tenga su cole ya veremos. ¡Ahora a merendar! —exclamó Héctor.

Se sentaron alrededor de la mesa. Se sintió extraña compartiendo aquella merienda familiar.

—¿Tú eres la tía de Alicia? —preguntó Juanma con la boca manchada de chocolate, tras dar un largo trago a su vaso.

—Sí. ¿La conocéis?

—Es nuestra amiga —afirmó Rubén—. Está en la guarde con nosotros y algunas veces vamos a su casa.

—Pues algún día la invitaremos a jugar aquí con nosotros.

—¿Nos vas a poner deberes, seño?

—Nooo. Para aprender inglés no hace falta. Nos lo vamos a pasar muy bien, ya lo veréis. Cantaremos y jugaremos para aprender.

—Claro, el inglés se canta —afirmó el mayor, muy seguro de su sabiduría—. Como en los discos de papá.

—Soy un clásico y tengo una buena colección de vinilos, la mayoría en inglés —admitió el aludido.

—Bueno, nosotros empezaremos por algo más sencillito.

—Vale.

Mientras daban buena cuenta de las galletas, pensó en las actividades que llevaría a cabo con los niños, y en lo que iba a disfrutar de aquel trabajo.

Tras la merienda trataron de dar forma al arca, que al final resultó bastante aceptable. Pasado un tiempo prudencial, se despidió. Aún

tenía que realizar el paseo diario que se había impuesto como parte de su recuperación. Estuvo tentada de preguntar a los niños si les gustaría acompañarla, pero no lo hizo; no deseaba resultar pesada. Tal vez más adelante le preguntaría a Héctor si podía llevar a los pequeños a pasear en el rato que estuviera con ellos. De momento se limitaría a hacer el trabajo para el que la habían contratado.

Héctor la acompañó a la puerta, mientras sus hijos decidían en qué lugar de la sala colocar la construcción que acababan de terminar.

—Gracias —le susurró en voz baja—. No me equivoqué al pensar que eras la persona idónea para cuidar de mis hijos. Sé que estarán perfectamente contigo. Incluso has conseguido que Rubén se abra en una sola tarde.

—Gracias a ti por la confianza. Son un encanto los dos. ¿Te importa si alguna tarde me traigo a mi sobrina?

—Mi casa es la tuya mientras estés en ella. Solo te pido que controles un poco los dulces en las meriendas, son muy golosos y, sobre todo Juanma, tratará de llevarte a su terreno. Lo de hoy ha sido excepcional; los dulces, solo los fines de semana.

—No te preocupes, seguiré tus indicaciones alimenticias. Y todas las demás, por supuesto.

—Te espero mañana entonces.

—Hasta mañana, Héctor.

Se marchó y, sin llegar a su casa, se dirigió hacia la Fuente Agria para dar su habitual paseo. Apenas pasó la famosa cascada, vio una figura familiar corriendo por el estrecho arcén. Reconoció al instante su cabello rubio y su cuerpo ágil y tonificado, vestido con pantalón corto y camiseta. Él pareció adivinar su presencia porque miró hacia atrás. Al verla, detuvo su ligero trote y lo sustituyó por un paso rápido, al que ella se unió en cuestión de minutos.

—Hola, Roberto —saludó cuando estuvo a su altura.

—Hola, Natalia. ¿Dando un paseo?

—Sí, suelo hacerlo cada tarde. Hay que ponerse en forma.

—Eso es importante. Yo vengo a correr siempre que tengo un rato.

—No te interrumpas por mí —dijo, aunque esperaba que lo hiciera—. Me temo que no puedo seguir tu ritmo.

—Es más agradable andar en compañía. Ya correré en otra ocasión, lo hago a menudo.

Se sintió halagada. A ella también le gustaba haberlo encontrado y que quisiera compartir su paseo. Eran las ocho de la tarde y la temperatura era ideal para una agradable caminata, aunque Roberto imprimiera a la misma un ritmo más rápido que el que ella solía mantener. Se acomodó a él.

—¿Tú vienes al pueblo cada mañana al amanecer? —preguntó.

—Sí, ya te lo he dicho.

—¿También hoy?

—También. ¿Qué necesitas?

«Saber si me has dejado un ramito de galán de noche con una nota».

—Nada, es solo curiosidad. Aunque me gustaría conocer tu opinión sobre una cosa.

—Si está en mi mano…

—El patio de mi casa siempre estuvo lleno de plantas, era mi lugar favorito, pero en la actualidad se encuentra abandonado. Desde la muerte de mi madre las flores se han ido muriendo y me gustaría saber si se puede recuperar el arriate y cuánto costaría tanto en dinero como en esfuerzo.

—Todo se puede recuperar, pero dependiendo del estado en que se halle necesitará más o menos tiempo y dinero.

—Está bastante muerto, la verdad. ¿Te importaría echarle un vistazo y darme tu opinión?

—Claro que no, estaré encantado de hacerlo. Pero a las siete de la mañana no dispongo de demasiado tiempo y tampoco veré mucho en la escasa luz del amanecer. ¿Te parece mejor una tarde?

—Cuando puedas, menos martes y jueves que estoy ocupada.

—¿El viernes? Los fines de semana, después de entregar el pedido en el restaurante, suelo irme a pasarlos fuera del pueblo, salvo que esté en algún periodo clave de siembra o recolección.

—¿Te vas del pueblo los fines de semana?

—Pertenezco a un grupo de senderismo que recorre la comarca y la mayoría de las veces acampamos al raso en verano. Eso nos permite hacer más kilómetros.

—Suena interesante.

—Hay que estar en forma para ello, no son rutas fáciles ni cortas, pero las disfruto mucho. Todo lo que tenga que ver con la naturaleza

me fascina.

—¿Siempre ha sido así?

—No siempre. Desarrollé esa afición un verano que pasé con mis abuelos en Valencia. Ellos tenían una huerta y empecé a apreciar la diferencia entre los alimentos cultivados de forma ecológica y los otros. A la hora de estudiar me decanté por Ingeniería agrícola y empecé a aplicar mis conocimientos aquí. Pronto se corrió la voz y vienen a comprar mis productos desde muchos pueblos de la zona.

—¿Y las flores? He visto algunas en tu terreno el día que fui con Bea.

—Esas me han gustado desde siempre.

—¿Tienes debilidad por alguna?

—Las rosas, en todas sus variantes. Incluso he hecho experimentos cruzando variedades y he obtenido resultados preciosos. ¿Y tú, tienes alguna preferencia?

—El galán de noche —dijo sin titubear y observando su reacción.

Él esbozó una sonrisa y especificó:

—Interesante elección. Pero el galán de noche, llamado también dama de noche, no es propiamente una flor sino un arbusto, y florece en pequeños ramilletes de intenso olor nocturno. Aunque imagino que, si es tu planta favorita, ya lo sabes.

—Lo sé. Tú tienes uno, ya me lo dijiste el otro día —recordó.

—Tengo una, sí. Es muy popular en la zona. Aunque normalmente no resiste los climas fríos, aquí se desarrolla bien por el abundante sol.

—Antes de que me lo confirmaras, imaginaba que la tenías.

Roberto esbozó de nuevo una sonrisa que le pareció cargada de intención.

—¿En serio lo imaginabas? ¿Por algún motivo?

Se encogió de hombros, aparentando indiferencia.

—Porque tienes muchas plantas y mi intuición me decía que esa era una de ellas.

—¡Las mujeres y su intuición! —exclamó riendo—. Pero mis favoritas son las rosas. ¿Lo sabía tu intuición?

—No. ¿Sabía la tuya que la mía es el galán?

—¡Quizás! —exclamó con una carcajada.

Suspiró hondo, esperando que tal vez él confesara que era quien enviaba los ramilletes, pero no lo hizo. Lo que hizo fue cambiar de

conversación con habilidad y hablar de frutas, recomendándole una variedad de peras que estaba en su momento óptimo.

Dieron la vuelta y regresaron al pueblo, caminando a buen ritmo y charlando de cosas triviales, y estaba deseando que el viernes acudiera a su casa para emprender juntos la reforma del arriate. Esperaba que esta pudiera hacerse poco a poco, a medida que reuniera el dinero suficiente para ello, porque en aquel momento, y por mucho que Julián afirmara que la casa mejoraría mucho con unas reformas, su prioridad era el patio.

Se despidieron en la plaza acordando que se verían el viernes por la tarde y que Roberto le llevaría unas deliciosas peras para que las probase, además de su sabiduría con las plantas.

Capítulo 11

Roberto llegó el viernes a media tarde, cuando ya el calor había empezado a dar una tregua. Natalia lo esperaba sentada en el patio tratando de imaginar cómo se vería el mismo lleno de flores de nuevo. Tenía ganas de emprender aquella tarea, de recuperar su espacio favorito de la antigua casa y también de conocer más al guapo jardinero que la ayudaría con el proyecto. Sospechaba que era él quien le enviaba flores, porque era el candidato más obvio. Cultivaba una amplia variedad de plantas, las amaba, y de hacer un regalo secreto, escogería sin duda unas flores. Además, tenía la ocasión perfecta pues pasaba por el pueblo todas las mañanas a una hora en la que nadie circulaba por sus calles.

No podía descartar del todo a Julián, al que le resultaría muy fácil cruzar la calle en un par de minutos para depositar el sobre en su buzón. Y tampoco a Héctor, pero le costaba más imaginar al hombre serio desplazándose hasta su casa en plena noche para dejar su misiva. No obstante, seguiría observando a los tres y barajando las posibilidades. Las palabras de los mensajes eran tan vagas que le resultaba imposible asociarlas a ninguno de los tres hombres.

Al escuchar el timbre salió a abrirle y, tras saludarlo, lo condujo hasta el recinto. Cada vez que lo veía seguía sorprendiéndose de lo guapo que era.

—Este es el patio —informó mostrándole el arriate—. En tiempos, mi madre lo tenía lleno de flores, y me gustaría devolverle de nuevo su esplendor. ¿Crees que es posible?

—Por supuesto que es posible, pero llevará su trabajo. ¿Cuánto tiempo hace que está así? —preguntó inclinándose y tocando con los

dedos la tierra amarillenta y reseca.

—Años, supongo. Todo el tiempo que la casa lleva vacía, después de la muerte de mi madre.

—Nos ocuparemos de ello, si estás dispuesta.

—Lo estoy. Me da lo mismo el resto de la casa, con que sea habitable me basta, pero quiero recuperar el patio. —«Y si eso me hace conocerte más, mucho mejor».

—¿Qué te gustaría poner?

—Mi idea es mezclar plantas verdes y flores de colores vivos. Era así como lo recuerdo, y como me gustaba. Las especies las dejo a tu criterio, que sean compatibles unas con otras.

—Un galán de noche entre ellas, ¿no? Dijiste que es tu planta preferida.

—Si es posible…

—No es la mejor época para sembrarlo, lo ideal sería en primavera, pero veremos qué se puede hacer. Mañana me voy de senderismo y no regresaré hasta el domingo por la noche, pero el lunes por la tarde, si te parece bien, podemos empezar con esto.

—¿Cuánto me cobrarías?

—Solo el material que necesite: tierra, abonos, semillas… la mano de obra es gratis.

—No puedo aceptarlo.

—¿Por qué no?

—Porque es tu trabajo.

—Para mí las plantas no son un trabajo, pero si te empeñas, ocupación por ocupación, hablamos en inglés mientras estoy aquí. Tengo pocas ocasiones de practicarlo.

—Y la merienda— añadió.

—Un café o una infusión. No como dulces, me gusta cuidarme.

—De acuerdo. Empezamos el lunes. Pero voy a preparar una infusión y con la merienda comenzamos hoy.

—Y mientras la tomamos te ofrezco posibilidades sobre qué plantar. ¿Tienes un ordenador? Para que busques fotos de las plantas; se verán mejor que en el móvil.

—Sí, dentro; el teléfono tiene poca cobertura en la casa, aunque en la azotea y el patio mejora. Mi vecino Julián me deja que le robe el wifi. Pero primero la infusión.

—Perfecto.

Entró en la cocina y dejó a Roberto junto al parterre, observando con atención el espacio de que disponían. Cuando volvió a salir cargada con una bandeja él esbozaba en un pequeño cuaderno de notas un bosquejo de lo que podían hacer en el arriate.

—Mira —comentó mientras le mostraba el papel—. ¿Qué te parece algo así? Buganvilla, rosas, violetas, jazmín, galán de noche y claveles, además de aspidistras, aloe, ficus y helechos para comenzar. Después, ya veremos.

No tuvo dificultad en visualizarlo a través del somero dibujo de su invitado.

—¡Me encanta! Estoy deseando empezar.

—Pues el lunes comenzamos, aunque como ya te imaginarás, los resultados tardarán un poco en ser visibles.

—No importa.

—No imaginaba que te gustaran las plantas en general —comentó Roberto tomando un sorbo de su infusión. Era una mezcla de su invención que la ayudaba a relajarse cuando estaba nerviosa—. Hum, está bueno esto. ¿Qué es?

—Mi infusión favorita, la preparo yo con una mezcla de hierbas. ¿Tan raro te resulta que me gusten las plantas?

—Pues sí. En el pasado estaba muy pendiente de tus gustos y aficiones, y no dabas indicios de que compartieras ninguno de los míos, para mi pesar.

Ante una confesión tan evidente sintió que el pulso se le aceleraba.

—¿Querías conocer mis gustos? ¿Por qué?

—Porque deseaba que nos hiciéramos amigos.

—¿Deseabas ser mi amigo hace quince años? Entonces era bastante borde con todos los habitantes del pueblo.

—Tenía mis motivos.

Respiró hondo.

—¿Y me los vas a decir?

Él esbozó una sonrisa enigmática.

—Me temo que no, que eso pertenece al pasado.

—¿Y ahora? ¿Quieres ser mi amigo por los mismos motivos?

—No. Ahora tengo otros.

—Que tampoco me vas a decir.

—Los de ahora no son un secreto. Al principio fue porque eres la cuñada de Bea, y después porque me caes bien; me gusta la persona en que te has convertido.

—Los de hace años sí lo eran.

—Secretos de adolescente. Vamos a dejarlo ahí.

—¿Puedo hacerte una pegunta sobre aquella época?

—Hazla, y ya veré si puedo respondértela.

—¿En el pasado sabías que me gustaba el olor del galán de noche?

—Eso sí lo sabía. Y otras cosas.

—¿Como cuáles?

—Que querías irte del pueblo. Era muy evidente, pues no deseabas crear vínculos con ningún habitante del mismo. En una época en la que todas las chicas andaban pensando en hombres y enredadas en relaciones más o menos serias, tú no lo hacías. Ya te digo que te observaba muy de cerca.

—Pero nunca hiciste nada para ganarte mi amistad.

—No, no lo hice. Era tímido y joven… —se encogió de hombros como si eso lo explicara todo.

—Pero ya no lo eres, y podemos ser todo lo amigos que quieras, si aún estás interesado.

—Claro que lo estoy. Pero este amigo ahora debe marcharse. Tengo que preparar cosas para mi ruta de mañana. Gracias por la infusión, me tienes que dar la receta.

—Cuando quieras.

—No olvides mirar fotos de las plantas que te he anotado, eso te dará una visión más clara del aspecto futuro del arriate.

—Lo haré. Que te diviertas el fin de semana.

—Tú también.

Lo acompañó a la puerta con la sensación de que su intuición no la engañaba y era Roberto el misterioso hombre que le enviaba flores. ¿Su secreto del pasado era que estaba enamorado de ella? Aunque la duda siempre estaba presente.

***

El domingo se levantó tarde. Había estado mirando plantas y tomando algunas notas para comentárselas a Roberto hasta pasada la medianoche.

Había quedado para almorzar en casa de su hermano, como cada

domingo, y se arregló con esmero. Quería presentar buen aspecto, arreglarse era importante para ella en aquel momento, aunque fuera a una comida familiar. Al salir encontró un nuevo sobre en el buzón, que le hizo palpitar el corazón. Este había llegado en un intervalo de tiempo menor que los dos primeros. Tres veces en poco más de un mes. No sabía si eso descartaba a Roberto, no le había informado de si permanecería fuera todo el fin de semana o solo el sábado.

Emocionada lo abrió, y encontró el consabido ramito de galán de noche y la nota doblada, con el texto más largo que había recibido hasta el momento. Leyó con avidez:

> Espero que mis mensajes lleven un poco de alegría a tu vida. No me gustaría que te sintieras intimidada por ellos, ni vieras ningún tipo de acoso o mala intención por mi parte. Solo pretendo hacerte saber que me importas y que estoy feliz por tu vuelta al pueblo.
>
> Pero si no deseas que siga enviándolos, ata algo en la reja de la ventana, una cinta o un trozo de cuerda. Si lo veo sabré que mis mensajes te incomodan y dejaré de enviarlos. Pero ojalá no lo hagas, porque me ilusiona mucho este tipo de conexión entre nosotros, llena de misterio y de intimidad. Me gustaría saber qué piensas al recibirlos, al leerlos. Tal vez algún día me lo digas. Tal vez un día te haga saber quién soy.

Guardó el mensaje con los anteriores. Cuando llegara a casa por la tarde volvería a leerlo. Volvería a leerlos todos, y si algo tenía claro era que no ataría nada en la reja de la ventana, porque quería seguir recibiendo los mensajes, fueran de quien fueran.

Con el ánimo alegre y cargada de ilusión acudió a casa de su hermano a almorzar, como cada domingo. Bea, su cuñada, con la que siempre se llevó bien, aunque nunca hubieran intimado en el pasado, se estaba convirtiendo en una buena amiga desde que estaba en el pueblo. Parecía que la amistad florecía a su alrededor, lo que le hacía darse cuenta de lo sola que había estado contando solo con Lorenzo en su vida.

—¡Dichosos los ojos! —la saludó su hermano dándole un abrazo—. Pensé cuando te mudaste al pueblo que te vería cada día, y te vendes bien cara. Solo los domingos apareces por aquí. ¿Nos evitas o tienes una vida social muy intensa?

—Más bien lo segundo —dijo besándolo con cariño—. Aunque más que vida social yo diría que es trabajo. Ya sabes que cocino cada día para Julián y doy clases de inglés y cuido de los niños de Héctor dos tardes por semana. Además, quiero recuperar el arriate de flores del patio con la ayuda de Roberto. Y, según prescripción médica, debo

caminar todos los días; le estoy cogiendo el gusto a eso de los paseos y ya les dedico una hora o más al día.

—Me encanta verte así de animada y recuperando tu vida.

—Yo más bien diría descubriendo una nueva, y vosotros formáis parte de ella. Nunca pensé que tendría más vida social en el pueblo que en Zaragoza, pero es así.

—Confío en que lo que descubras te haga quedarte con nosotros.

—Sigo sin saber lo que haré, pero mientras mis ingresos me den para ir tirando disfrutaré del pueblo y de vosotros. No tengo intención de marcharme por el momento.

—Lo que nos encanta, aunque solo te veamos los domingos.

—Alguna tarde vendré por Alicia y me la llevaré a casa de Héctor para que juegue con los niños.

—Me parece una idea estupenda. ¿Qué tal con ellos? Alguna vez su padre los ha traído mientras hacía una visita más complicada de lo habitual; son unos críos encantadores —comentó su cuñada.

—Héctor lo pasó mal cuando murió Silvia, tuvo que aparcar su dolor por el bien de los niños, aunque Juanma era muy pequeño y casi no tenía recuerdos de su madre. Para Rubén fue peor.

—Lo imagino. Pero lo hace bastante bien. Son unos críos bien educados y es evidente que los adora, y ellos a él.

—Sí, pero no tiene vida personal, aparte de los niños. Más de una vez le hemos dicho que nos los deje una noche y salga a divertirse un poco, pero no lo hace. Incluso me he ofrecido a salir con él, en recuerdo de los viejos tiempos, pero se niega en redondo —comentó su hermano.

—Tal vez aún no haya superado la muerte de su mujer. Cada persona necesita un tiempo diferente para gestionar los duelos —opinó.

Ella misma había estado hundida por el fin de su matrimonio; el enfado ayudaba a superarlo, pero no imaginaba qué hubiera sentido si Lorenzo hubiese muerto de repente cuando su relación aún era buena.

—Es posible. Pero ya está bien de hablar de Héctor. Cuéntanos qué piensas hacer en el patio. ¿Dices que Roberto te va a ayudar a recuperarlo? —preguntó Bea.

—Sí. Quiero sembrar flores, llenarlo de color y de aromas. El mejor recuerdo que tengo de la casa es el de las plantas que mamá cuidaba.

No sé si se me dará bien, para las plantas hay que tener un don, pero lo voy a intentar. Y cuando me marche del pueblo cuento con vosotros para que lo mantengáis, hasta que vuelva.

—Espero que eso suceda después de mucho tiempo. O no suceda.

Esbozó una sonrisa. Sabía cuánto le gustaría a Fernando que se quedara, pero no podía afirmar ni negar algo de lo que ella misma no estaba segura.

—Por lo pronto voy a darle vida y color. Después, ya veremos. Y aunque me vaya, no dejaré pasar quince años hasta que vuelva, lo haré con frecuencia porque he descubierto que el pueblo y sus habitantes me gustan mucho.

—Observo que te llevas muy bien con Roberto —afirmó su hermano.

—Es un encanto —admitió—. Y un experto en todo tipo de cultivos. Se está convirtiendo en un amigo.

—Es un buen partido… y está muy solo.

—Fernando… No estarás haciendo de celestino, ¿verdad? —le recriminó su mujer.

—Claro que no. Pero, por mucho que lo niegues, sigo pensando que le rompiste el corazón cuando te casaste conmigo.

Bea esbozó una sonrisa irónica y sacudió la cabeza.

—Y yo te he dicho mil veces que nunca hubo nada más que amistad entre nosotros.

—Pero sigue soltero. Y es un hombre muy atractivo… ¿No opinas lo mismo, Natalia?

—Es guapísimo, sí.

—Y yo me niego a seguir hablando de la vida amorosa de Roberto. Si está solo es asunto suyo.

—¿No hay mujeres en el pueblo? —preguntó Natalia con curiosidad—. Julián creo que tampoco tiene pareja.

—Tuvo una novia hace años en Trevélez, pero lo dejaron al poco tiempo. Dicen las malas lenguas que su madre tuvo mucho que ver. Amparo es una autentica arpía, pero en realidad nadie sabe qué pasó. Es muy reservado y nunca ha hablado de ello, pero también es muy buena gente.

—Y nosotros vamos a dejar de cotillear de los varones casaderos del pueblo y vamos a comer —interrumpió Bea—. ¡No quieras

buscarle pareja a tu hermana para que se quede aquí! Si la desea, ella la encontrará solita.

—No he venido para buscar pareja, sino a descansar. Y esa comida huele de maravilla —afirmó agradeciendo a su cuñada que cambiara de tema. También ella adivinaba las intenciones de Fernando, pero nada más lejos de su intención que enamorarse de nuevo. Aunque deseara seguir recibiendo mensajes de su admirador secreto. De su «galán de noche», como empezaba a llamarle en su mente.

Capítulo 12

Natalia

Después de recibir el tercer ramito acompañado de la nota en que, en cierto modo, me pedía permiso para seguir enviándolos, estaba segura de que llegarían más. No había atado nada en la reja de la ventana, diciéndole con ello que deseaba que siguiera enviando sus mensajes. Había empezado a secar los ramitos y colocarlos en el interior de libros y guardaba los papeles por orden de llegada en una carpeta. Cada mañana, al levantarme, lo primero que hacía era mirar el buzón, para comprobar con desilusión que estaba vacío. No obstante, sabía que cuando menos lo esperase habría un nuevo sobre y ansiaba saber qué diría el papel doblado.

Me hacía mil preguntas sobre los sentimientos que inspiraba en aquel hombre. Hablaban de amistad, pero algo me decía que tal vez quedaran restos del amor que un día le provoqué. Me hacía ilusión pensar que alguien hubiera conservado sentimientos por mí durante tanto tiempo, en vista de que Lorenzo había perdido los suyos por el camino. Pero, por otra parte, no quería romperle el corazón de nuevo. Yo no deseaba una relación, ni pensaba volver a enamorarme. Era muy consciente de que el amor dolía, y no estaba dispuesta a dejarme enredar por Cupido otra vez. También sabía que no me quedaría en el pueblo para siempre, por muy a gusto que estuviera en aquel momento. Volvería, pero yo era una urbanita, y necesitaría, más tarde o más temprano, una ciudad donde vivir y desarrollar mi trabajo.

Por el momento me bastaba con los hijos de Héctor como alumnos, y con las comidas para Julián para conseguir ingresos, pero cuando estuviera totalmente recuperada —físicamente ya casi lo estaba,

aunque en el terreno emocional aún quedaban restos de dolor y decepción—, necesitaría una nómina que cotizara a la Seguridad Social, o los ingresos suficientes para pagarme un autónomo. Pero, de momento, me limitaría a descansar y disfrutar sin pensar en nada más. Solo en el misterioso desconocido que me mandaba flores (arbusto, según Roberto) y notas que agitaban mi corazón.

Las clases con los hijos de Héctor eran geniales. La primera tarde les enseñé un par de canciones con palabras en inglés y estaban muy emocionados con cantársela a su padre cuando la aprendieran bien. Me pidieron que fuera un secreto hasta entonces, lo que parecía hacerles mucha ilusión. Y también a mí. Mi vida se estaba llenando de ilusiones por momentos, me sentía viva después de la experiencia pasada en la que hubo momentos de desesperanza en los que llegué a temer que no sobreviviría. Incluso a desear la muerte al ver que todo se desmoronaba a mi alrededor, al margen de la enfermedad.

Pero aquellos momentos amargos habían pasado, ahora quería vivir, disfrutar de las pequeñas cosas y de las personas que me rodeaban. Quería recuperarme lo suficiente para acompañar a Roberto en alguna de sus rutas de senderismo, quería ayudarlo a replantar el jardín, quería que cuando me marchase Juanma y Rubén supieran algo de inglés, que su padre no lamentara haberme encargado su cuidado, que Julián siguiera alabando mis guisos. Y quería, sobre todo, que «mi galán de noche» continuara enviándome aquellos mensajes que me llenaban de emoción, aunque nunca supiera su identidad.

Mi cuñada Bea me observaba cuando iba a su casa con una expresión divertida, como si supiera lo que me estaba pasando, como si supiera más de lo que aparentaba cuando yo le hablé de los tres hombres que había descubierto entre mis antiguos conocidos. No le había mencionado los mensajes que había recibido, ni mis dudas sobre el remitente, eso quería guardarlo solo para mí. Pero tal vez ella supiera su identidad. Tal vez ella pudiera despejar mis duda, aunque no estaba segura de querer conocerla. Era demasiado excitante hacer elucubraciones, y acostarme cada noche con la esperanza de un nuevo sobre. De una nueva ilusión.

***

Él

Cada vez tenía menos dudas de que lo que sentía por Natalia en el pasado continuaba ahí, escondido, agazapado en la memoria, pero nunca olvidado del todo, intentando salir a la superficie otra vez. Cuando hablaba con ella me invadía una sensación cálida y conocida, parecida a la que sentía en el pasado, aunque diferente. Ya no era el adolescente que se conformaba con mirarla en la distancia, aquel que se consideraba afortunado solo con verla pasar. Ya no me bastaba con eso, ahora quería que formara parte de mi vida, y lucharía por conseguirlo.

Era consciente de que ella solo me veía como un amigo, y me conformaba con eso, aunque estaba seguro de que mis sentimientos podían cambiar y, en ese caso, desearía mucho más.

Quería ayudarla a superar su pasado y hacer que se quedara en el pueblo, aunque no estaba seguro de conseguirlo. Natalia había cambiado y ya no era la jovencita que anhelaba marcharse y vivir su vida lejos, ahora tenía un bagaje emocional a su espalda y sabría apreciar lo que Pórtugos podía brindarle. Le había ofrecido mi ayuda y la había aceptado, lo que significaba un avance en nuestra relación respecto al pasado, que había sido inexistente.

Cuando clavaba en mí sus insondables ojos oscuros podía apreciar en ellos el dolor que producía la pérdida, y mi mayor afán era ayudarla a superar cualquier trauma que hubiera sufrido, ya fuera físico o emocional. No me importaba que fuera en el simple plano de la amistad, aunque yo corriera el peligro de caer de nuevo en el amor que un día sentí por ella. Hasta el momento me había limitado a mantener charlas poco comprometidas, ni siquiera le había rozado una mano, aunque a veces mi cuerpo me pidiera abrazarla para aliviar la tristeza que había en el fondo de sus ojos, la amargura que yo sabía que la había traído de nuevo al pueblo y a mí. Era consciente de que al dejarla entrar de nuevo en mi vida me estaba poniendo al borde del abismo, pero no podía —ni quería— evitarlo.

Deseaba seguir viendo cómo su mirada se volvía más suave y más alegre, quería escucharla reír y disfrutar de todo lo que la vida pudiera ofrecerle, y que fuera yo el artífice.

Cuando el intenso perfume del galán de noche invadía mi casa, me sentía unido a ella como si la fragancia creara un lazo invisible entre ambos que nos conectara. Sabía que debía espaciar las entregas de los

ramitos y los mensajes o correría el riesgo de que me descubriera y no quería que lo hiciera aún. Debía decírselo yo si algún día resucitaban los sentimientos que tuve por ella y conseguía que me viera como un hombre y no como un amigo.

Era consciente de que eso tal vez no sucediera nunca y en ese caso el misterio debía seguir siendo un misterio, pero ella siempre conservaría en su memoria que hubo alguien una vez que la quiso de forma incondicional y que había guardado su recuerdo durante muchos años. Alguien que tal vez volviera a amarla por segunda vez, ya no con el enamoramiento impulsivo de la juventud, sino con la pasión de un hombre adulto. El tiempo lo diría; el mismo tiempo que me hizo olvidarla antaño decidiría lo que habría de suceder en el futuro. Mientras, yo continuaría ofreciéndole mi amistad y enviándole ramitos de galán de noche. Porque, cuando con el corazón en un puño pasé por su casa después de enviarle el último, no vi en la reja de su ventana nada atado. Me daba permiso para seguir dejando en su buzón más sobres con su planta favorita y más mensajes en los que abrirle mi corazón.

Capítulo 13

Ocho días después Natalia recibió el cuarto sobre. Había empezado a mirar cada mañana el buzón en cuanto se levantaba, con la esperanza de un nuevo envío, de una nueva nota, que cada vez eran más largas y también más íntimas. Como si el remitente se sintiera con valor para desnudar sus sentimientos, que hubiera estado conteniendo al principio. Cuando con mano temblorosa desdobló el nuevo papel que acompañaba al ramito sentía tanta impaciencia que le temblaban las manos. Leyó el texto con avidez.

> En primer lugar, quiero agradecerte que me permitas seguir escribiéndote. ¿Me creerías si te digo que he esperado tu respuesta con la impaciencia de un niño que aguarda un regalo? No puedes imaginarte con cuánta ansiedad he mirado tu ventana durante varios días temiendo encontrar en la reja algo atado que me indicara que mis misivas no eran bienvenidas. Y con cuánto alivio he comprobado que no era así. Habría saltado de alegría cuando al fin comprendí que si hubieras decidido parar mis envíos lo hubieras hecho ya. Por lo tanto, me tomo la libertad de continuar con ellos y de expresarte la inmensa alegría que me produce que me hayas dejado entrar en tu vida, otra vez, ahora con más relación y frecuencia que en el pasado.
>
> Me gustaría saber qué sientes cuando recibes mis notas, qué emociones te provocan. Que te agradan me lo has dejado claro al no atar nada en la ventana, pero a veces dudo sobre qué escribirte, temo abrumarte, asustarte incluso, si soy muy insistente o si te abro mi corazón, que de nuevo empieza a latir más acelerado cuando te tengo cerca. No debes temer nada de mí, jamás haría algo que pudiera ni siquiera incomodarte. Seguiré enviándote mi pequeño homenaje y, si en algún momento deseas que deje de hacerlo, ya sabes, un trocito de cuerda en la reja será suficiente. Pero, por favor… no lo pongas.

También a ella le latía el corazón con fuerza al terminar de leer. ¿Cuál de los tres hombres sería capaz de escribir algo tan bonito?

Después de recibir este nuevo mensaje tenía más ganas de saber la

identidad de quien los mandaba, y decidió analizar con más atención aún a los posibles candidatos. No creía que hubiera alguien más, estaba segura de que el escritor anónimo debía encontrarse entre los tres hombres que habían empezado a formar parte de su vida al volver al pueblo. Y mientras preparaba el almuerzo que compartiría con Julián, decidió hablarle a Bea del misterioso galán que se acercaba a su casa por las noches para dejarle uno de los regalos más preciados que le hubieran hecho jamás, y que ella la ayudara a ver con más ecuanimidad a los posibles candidatos. Porque, en el fondo de su corazón empezaba a tener un favorito, aunque tratara de negarlo.

Su vecino llegó como cada día, rebosante de jovialidad y también de hambre. Entre ellos la amistad había florecido con una naturalidad asombrosa y los almuerzos eran una reunión diaria agradable y divertida.

—¡Hola, Natalia! Mi famélico estomago se pregunta qué maravilloso regalo vas a hacerle hoy —indagó olfateando el aroma que llegaba de la cocina.

—Unos pimientos rellenos de carne que te vas a chupar los dedos.

—A juzgar por cómo huele me chuparé hasta los codos.

—¡Exagerado!

Mientras ella terminaba de aderezar una ensalada él puso la mesa. Parecía que siempre había formado parte de la casa y de su vida, y trabajaban en sincronía.

Lo observó mientras se sentaban a comer y, al contrario que otras ocasiones en que había recibido un mensaje, no la miró de ninguna forma especial y pensó que no mostraría tanta indiferencia si fuera él quien los había enviado. ¿O sí, y solo trataba de disimular?

Los días que recibía su sobre especial pensaba con más frecuencia en quién los enviaría. Su fértil imaginación suponía que lo dejaría en el buzón por la noche amparado por la oscuridad. Aunque su casa era la última construida en una calle poco frecuentada tanto por vehículos como por peatones, pues la pronunciada cuesta hacía que la mayoría de los transeúntes circularan por las calles paralelas que presentaban una pendiente más moderada. Podría decirse que una de las pocas personas que llegaba hasta el final era Julián, cuya casa se situaba justo enfrente. Como candidato tenía todas las facilidades para escoger el momento idóneo en que depositar el sobre en su buzón. También

para observar su ventana en espera de averiguar si había anudado una cuerda en la reja.

Mientras comían y él se deshacía —como siempre— en elogios sobre el menú, se preguntó sí sería su galán de noche, y qué le diría en caso de que fuera así y lo averiguara.

—¡Natalia! ¿Me oyes? —preguntó su vecino agitando las manos ante sus ojos.

—Perdona… me he distraído un momento. ¿Puedes repetirlo, por favor?

—No era nada importante. Solo quería saber de qué carne están rellenos los pimientos, pero ahora me interesa mucho más saber qué pensabas que te tenía tan abstraída.

—Pensaba en ti —aventuró, tratando de averiguar algo— y en la situación de tu casa.

—No tiene hipoteca ni cargas de ningún tipo —aseguró con una mueca divertida—. ¿Quieres comprarla?

—No me refería a eso, sino a la localización geográfica.

—Está situada en Pórtugos, justo enfrente de la tuya. Por si no lo has notado, es la que te oculta el sol al atardecer.

—Ya lo sé —rio—. Me refería a que tiene una situación privilegiada y una buena vista a la calle desde tu salón.

—Dos amplias ventanas. La tuya también.

—Pero yo paso más tiempo en la cocina y en el patio que en el salón. Me preguntaba…

—¿Qué te preguntabas? Habla sin miedo.

—Si miras mucho por la ventana cuando estás en casa…

—¿Tratas de preguntarme si te espío?

—No, no, claro que no. Me refiero a si has observado algo en la calle que te haya llamado la atención, sobre todo por las noches. —Si no era él tal vez supiera de quién se trataba.

—¿Aparte de que pasa la gente? No. Bueno, de vez en cuando también algún perro, algún coche… ya sabes que no es una vía muy transitada, y de noche menos. ¿Por qué esa pregunta?

—Simple curiosidad —admitió comiendo con naturalidad, pero consciente también de lo extrañas que resultarían sus preguntas.

—¿Seguro? Natalia, esas no son preguntas casuales… —La miró a los ojos con una chispa divertida—. ¿Hay algo que quieras saber?

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó tratando de forzar una confidencia que la ayudara a esclarecer el misterio de los mensajes. Porque ya se estaba sintiendo más que intrigada.

—Nada en absoluto. Bueno, sí. Hace días que quiero comentarte una cosa y no sé cómo te lo vas a tomar —admitió él terminando el contenido de su plato.

El corazón empezó a latirle con expectación.

—Me lo tomaré bien. Puedes hablar sin reservas, sea lo que sea. Dime…

—Por la noche… ¿seguro que quieres saberlo?

—¡Que sí, pesado!

—El sonido de tu televisión se escucha demasiado fuerte y yo tengo el sueño ligero. A veces me cuesta quedarme dormido.

—¿Mi televisión? ¿Te refieres a…?

—Ese aparato que emite imágenes y sonidos y que en el silencio de la noche llega hasta mi dormitorio y a veces me impide dormir.

—¡Oh… lo siento! Es un aparato viejo y retumba, pero lo bajaré —aseguró sintiéndose un poco decepcionada—. Pensaba que querrías hablar de…

—¿De qué?

—De otra cosa.

—Natalia, ¿te encuentras bien? Estás un poco rara hoy. Si te estás rayando por algo conmigo, es mejor que me lo digas. ¿Quieres que deje de venir a comer? ¿Supone mucho esfuerzo cocinar para los dos? Puedes decirme lo que sea.

—No, no, para nada.

—Si hay algo que te molesta debes decírmelo. No quiero que haya malos rollos entre nosotros. Prométeme que, si hay algo que no te gusta en nuestra amistad, me lo dirás. Porque somos algo más que vecinos, ¿verdad? Somos amigos.

—Lo somos —admitió sin reservas.

—Bien; tomemos el café entonces.

De nuevo su mirada se posó en el vaso donde colocaba los ramitos que recibía y sus ganas de saber la impulsaron a seguir indagando.

—¿Eres romántico, Julián?

—¿En qué sentido?

—Pues en el sentido romántico de la palabra… Ya sabes. Si eres de

esos hombres que mandan flores, y dicen cosas bonitas a las mujeres.

—Si la ocasión y la mujer lo requiere, sí. ¿Por qué? ¿Quieres que te diga algo bonito?

—¿Lo harías?

—Por supuesto. —Una sonrisa ladeada curvó sus labios—. Eres la mejor vecina del mundo, tus guisos son espectaculares y comer contigo es mi mejor momento del día.

—¿Por la comida?

—Y por la compañía. —La miró con una sonrisa—. Has convertido mis solitarios e insípidos almuerzos en un rato que espero con ganas. De hecho, a veces me convendría llevarme el táper y quedarme en el trabajo a comer para no perder el tiempo de ir y volver, pero lo hago para disfrutar de este rato contigo. Me alegro muchísimo de que hayas vuelto al pueblo.

—Yo también. Y comer contigo también es uno de mis mejores momentos del día.

—¿Solo uno de ellos? ¿Quién me hace sombra? Me voy a poner celoso —bromeó frunciendo el ceño de forma exagerada.

—Dos hombres que me han robado el corazón: los hijos de Héctor, y contra ellos nadie puede competir.

—Bueno, si tienen menos de diez años, lo acepto.

—Y a ti, ¿te han robado alguna vez el corazón? —preguntó curiosa.

—Una vez, hace tiempo. —La mirada masculina se empañó de tristeza por un momento.

—¿Y qué pasó? Porque no tienes pareja en la actualidad, ¿no?

—No, ahora estoy solo, mendigando un sitio en la mesa de mi vecina favorita. Y del pasado, prefiero no hablar. Tuve el corazón roto, vamos a dejarlo así.

—Lo siento… —murmuró.

—Ya está superado. Del mismo modo que tú superarás lo tuyo. El tiempo todo lo cura, Natalia, solo hay que querer seguir adelante. Todo lo malo conlleva a la vez algo bueno, y para ti ha sido regresar a Pórtugos, lo que a la vez ha supuesto algo bueno para mí: ahora como muchísimo mejor.

—Y yo he encontrado amigos que nunca imaginé que pudieran serlo. Sí, todo no ha sido tan malo.

—Claro que no. Ahora debo marcharme, me estoy entreteniendo más de la cuenta y me espera un local espantoso que debo hacer habitable.

—¡Llévate un poco de sopa para la cena! Yo esta tarde debo ir a ver a tus rivales.

—¡Con vecinas como tú ¿quién necesita pareja?!

—¡Zalamero!

Le preparó un táper y lo observó marcharse con él. Esperaba no haber sido ella quien le rompiera el corazón en el pasado, Julián no se merecía sufrir por amor, ni por nada. Pero alguien se lo había hecho, eso estaba claro, aunque hubiera sido sin saberlo, y no lograba descubrir quién. Cada vez tenía más dudas, cuando hablaba con uno de ellos pensaba que era él su galán de noche, sensación que se evaporaba cuando hablaba con otro. Tal vez había llegado el momento de hablar con alguien del asunto y recabar otra opinión.

Capítulo 14

Natalia estaba hecha un lío. Su mente no dejaba de barajar opciones, de analizar cada conversación que mantenía con Roberto, Julián o Héctor en busca de indicios. Y de esperar con impaciencia nuevos mensajes.

Al fin, decidió que necesitaba compartir lo que le estaba sucediendo con alguien que lo viera todo con objetividad, y solo se le ocurría una persona: su cuñada Bea. La llamó por teléfono después de almorzar para concertar una cita con ella cuando tuviera un rato libre. No quería ir a su casa, donde era muy probable que estuviera su hermano, y no deseaba que este escuchara la conversación.

—Hola, Natalia —la saludó esta—. ¿Todo bien?

—Sí, sí, muy bien. ¿Cómo andas de tiempo?

—Pues ya sabes mis horarios, no trabajo por las tardes. ¿Por…?

—Me gustaría que nos tomáramos un café. ¿Cuándo te viene bien?

—Intuyo por tu pregunta que no quieres venir a casa.

—Intuyes bien. Necesito una charla de chicas y, por supuesto, que Fernando no la escuche.

—Estoy ahí en quince minutos.

—No hace falta que corras, no es urgente.

—Da igual, me muero de curiosidad. Ve preparando la cafetera… o la copa. Y no le voy a decir a tu hermano que he quedado contigo, por si luego intenta presionarme para que le cuente qué te sucede. Porque es evidente que algo hay, no es normal que me llames en vez de venir a casa.

—Muy bien; te espero.

Poco después Bea llamaba a la puerta.

—Pasa —la invitó, precediéndola al salón—. Siéntate. ¿Café o copa?

—Pues mejor copa, porque café ya he tomado.

—Tengo licor de hierbas. ¿Te apetece?

—Sí, perfecto.

Sirvió dos vasos con hielo y un poco de la bebida y se sentaron en el sofá.

—Tú dirás… —la animó su cuñada dando un pequeño sorbo—. ¿Tenemos que brindar por algo jugoso?

—No sé si es jugoso, pero tengo que contarte algo. Estoy hecha un lío y necesito que me ayudes a aclararme.

—Deja que adivine… tiene que ver con un hombre.

—Con más de uno, en realidad.

—¡Ole tú! A eso lo llamo yo pasar página. ¡Dime que te estás tirando a alguien! Mejor a varios.

—No, no es eso. Se trata de algo mucho más romántico y menos carnal —especificó riendo—. La primera noche que pasé aquí después de mi vuelta alguien me dejó en el buzón un ramito de galán de noche con una nota anónima, dándome la bienvenida al pueblo.

—Pues es muy romántico, sí.

—Pensé que sería el único, que se trataba solo de una forma de hacerme sentir bien acogida a mi regreso, pero ha habido más. Cuatro en concreto, todos muy correctos y respetuosos. En ellos me ha dado a entender que estuvo enamorado de mí en el pasado. ¿Tú sabes algo de eso?

—¿De quién te manda mensajes? No, ni idea. Tus palabras son la primera noticia que tengo al respecto.

—¿Y de si alguien sentía algo por mí hace años?

—Quizás —admitió con una sonrisa enigmática—, pero no me pidas que te lo diga. Solo es una sospecha y él no se tomaría bien que te lo contara. Si quisiera que lo supieras, te lo diría. Porque imagino que los mensajes siguen siendo anónimos.

—Sí. Y escritos con la letra estándar de Word. Siempre acompañados de un ramito de galán de noche. Quien sea, sabe que es mi flor favorita.

—¿No imaginas de quién puede tratarse?

—He reducido a tres los sospechosos, porque afirma que hemos

empezado una amistad, y no me relaciono con más hombres desde mi vuelta: Julián, Roberto y Héctor.

Los ojos de Bea lanzaron chispas divertidas.

—¿Alguno de ellos es quien estuvo enamorado de mí?

—Podría ser. ¿Cómo te sientes tú al respecto?

—Hecha un lío, ya te lo he dicho, y llena de sentimientos encontrados. Porque quiero que siga escribiéndome, pero por otro lado tengo miedo de que vuelva a sentir algo por mí, y no deseo hacerle daño.

—También podrías enamorarte tú.

—No tengo intención de volver a entregar mi corazón a nadie… no estoy preparada para otra relación. Solo deseo estar tranquila, disfrutar de la amistad que me ofrecen y nada más.

—Entiendo. Pero quieres seguir recibiendo mensajes.

—Te mentiría si te dijera lo contrario. Me llenan de ilusión, de alegría. El día que encuentro el sobre en el buzón se convierte en especial. He leído y releído las notas y cada vez que lo hago encuentro un nuevo matiz en las palabras, y mi autoestima, bastante mermada en los últimos tiempos, sube como la espuma. Lo primero que hago cada día es mirar el buzón para ver si hay un nuevo sobre, y si no lo encuentro me siento decepcionada. Cuando estoy con ellos analizo sus palabras tratando de encontrar indicios porque me muero de ganas de saber quién es mi galán de noche, como lo llamo yo.

—¿Cuál de ellos querrías que fuera? Porque seguro que tienes un preferido.

—Me daría igual —musitó, sin resultar demasiado convincente—. Soy amiga de los tres.

—No te mientas a ti misma, seguro que hay uno que destaca sobre los demás. Aunque solo sea como amigo, por afinidad o por cualquier motivo; no todos los amigos son iguales.

—El menos probable —admitió.

—El menos probable —rio Bea—. Así somos las mujeres. ¿Y cuál es el más?

—Roberto. Tiene un huerto, le gustan las plantas y sería muy propio de él regalarlas. Además, me ha confesado que en el pasado quiso ser mi amigo y no se atrevió. Eso cuadra con lo que me escribe en los mensajes. Admite que sabía muchas cosas sobre mí, entre ellas

que el galán de noche es mi planta favorita. Eso me induce a pensar que estaba enamorado de mí en el pasado.

—¿Y qué harías si fuera él?

—No lo sé. No quiero plantearme nada de eso, solo averiguar de quién se trata, para no fomentar ningún sentimiento por su parte que no sea amistoso. Me dijo en el primer mensaje que le rompí el corazón cuando me fui del pueblo, y no quiero hacerlo una segunda vez.

—No puedo aclararte quién es, pero sí quién no es. No se trata de Roberto, puedes estar segura.

Sintió alivio al escuchar las palabras de su cuñada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te ha dicho algo?

—Lo conozco bien. Y sé de quién estaba enamorado en el pasado; no eras tú, créeme.

—Entonces ¿por qué estaba tan interesado en hacerse mi amigo y saber tantas cosas de mí?

—¿Has oído alguna vez la expresión «adorar al santo por la peana»? ¿Sabes lo que significa?

—Sí, claro.

—Pues lamento decirte que Roberto solo quería hacerse tu amigo para estar cerca de la persona que le gustaba.

—¿Mi amiga Rosana?

Bea esbozó una sonrisa enigmática y negó con la cabeza.

—¿Quién entonces?

—Voy a decirte algo que no sabe nadie, ni siquiera tu hermano, y confío en que no salga de aquí. Sé que eres discreta, si no, no te lo contaría, pero veo que te estás rayando con esto y trato de que te aclares. No me gustaría que te enamorases tú de Roberto. La persona que le gustaba entonces es Fernando. Roberto es homosexual y lleva siete años manteniendo una relación estable con alguien del pueblo que no quiere salir del armario mientras vivan sus padres. Se ven en secreto los fines de semana.

—¿En las rutas de senderismo?

—Las rutas de senderismo son una excusa. Se ven en una cabaña en medio del monte.

—¡Caray! ¿En pleno siglo veintiuno tienen que andar así?

—Los padres de su pareja son muy mayores y muy chapados a la antigua. Roberto no tiene problema en declarar su identidad sexual,

pero su chico sí.

—¿Y dices que mi hermano no lo sabe?

—No se lo he dicho porque se sentiría incómodo con Roberto y no quiero que eso interfiera en la amistad que tengo con él. A veces salimos los tres, y eso no sucedería de forma natural si supiera que en su día era el objeto de su amor. De hecho, ese fue el comienzo de nuestra amistad. Los dos íbamos detrás del mismo chico, y los dos nos dimos cuenta del interés del otro. Hicimos una apuesta a ver quién se lo llevaba al huerto. Gané yo —rio— y Fernando nunca supo del enamoramiento de que fue protagonista. Y seguirá sin saberlo.

—Puedes confiar en mi discreción —aseguró—. Me has quitado un peso de encima, porque no quiero hacerle daño, pero solo siento amistad por él.

—¿Y por cuál de los otros sientes otra cosa?

—Por ninguno. Solo curiosidad.

—Ya. Bueno, el tiempo dirá. Pero, aunque estés tranquila respecto a Roberto, te quedan otros dos.

—Con él ya puedo relajarme y ser yo misma. Trataré de ser cuidadosa con Héctor y Julián para que no vean en mi actitud hacia ellos más que sentimientos amistosos.

—Me estás dando a entender que hay algo más.

—No lo hay, Bea, de verdad. Estoy muy a gusto en compañía de los dos. Los almuerzos con Julián son fantásticos, divertidos y muy gratificantes. Los espero con ganas y me costaría acostumbrarme de nuevo a comer sola. Con Héctor me siento cómoda, relajada y me encanta pasar la tarde con sus hijos. Me cuesta despedirme de ellos cuando regresa y se termina mi trabajo.

—¿Te cuesta despedirte de él o de los niños?

—De los tres. La primera tarde la pasamos todos juntos, merendamos, construimos un arca de Noé y fue fantástico. Me gusta mucho la relación que tiene con sus hijos, y me apetecería quedarme un rato más cuando él llega, conocerle un poco mejor.

—Pues hazlo. No creo que tenga ningún inconveniente.

—Me da apuro… no quiero que piense que soy una pesada y que quiero meterme en su familia con calzador. Me contrató para que cuidara de sus hijos mientras él hace las visitas domiciliarias, y nada más.

—¿Se lo has preguntado?

—¿Qué quieres que le pregunte? ¿Me puedo quedar un rato más? Me dirá que sí, aunque no le apetezca, ya lo conoces.

—Sí que lo conozco y por eso te digo que no le importará que estés más tiempo con ellos.

—No quiero que piense lo que no es. Lo que ocurre es que me encuentro muy a gusto en su casa.

—¿Y qué es lo que no quieres que piense?

—Que me siento sola y necesito la compañía de su familia. Si cree eso, seguro que me invitaría a quedarme todos los días, y sería abusar por mi parte.

—No sé lo que necesitas tú, pero sí sé lo que necesita él, aunque no lo pida.

—¿Qué es?

—Un poco de compañía adulta. Te hablo como madre; adoro a Alicia, pero a veces necesito quedar y mantener una charla con alguien de mi edad, ver una película de temática no infantil. Como esta copa que estamos compartiendo ahora. En ocasiones mi madre se queda un rato con la niña para que podamos salir Fernando y yo. Pero Héctor no lo hace, vive solo para sus hijos. Creo que siente que así los compensa por la pérdida de Silvia, pero los niños están bien y él está dejando pasar unos años que no volverán, encerrado en su faceta de padre y olvidando que es un hombre y también tiene una vida. Tal vez un poco de charla contigo le haría bien, de vez en cuando, aunque sea en presencia de los niños.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

—Ya veré. Tengo que pensarlo con calma.

—No pienses demasiado. Él te ayudó a ti ofreciéndote trabajo, haz tu algo por él.

—Trataré de hacerlo.

—De acuerdo. Y Ahora ¿por qué no te vienes un rato a casa? Le diremos a Fernando que te he encontrado en la calle y te he invitado a cenar.

—Me parece una buena idea. Y puedo quedarme con Alicia si queréis salir los dos un rato.

—Hummm, me atrae tu propuesta y seguro que a Fernando

también. ¡Vamos!

Natalia aparcó sus dudas y sus recelos y acompañó a su cuñada. Ya pensaría con más calma qué hacer con Héctor. Si estaba en su mano ayudarlo, lo haría encantada, y no solo para corresponder a su ofrecimiento de trabajo sino porque le gustaba su compañía. No había querido admitirlo ante Bea porque seguramente vería algo que no existía. Pero trataría de darle a Héctor esa parcela de vida adulta que parecía necesitar.

Capítulo 15

Natalia

Le había contado a Bea lo de mi misterioso admirador con la esperanza de que me ayudara a aclararme y, aunque con su información pude descartar a uno de los candidatos, me había creado unas dudas sobre los otros dos que antes no tenía. Porque me peguntó quién desearía que fuese y, aunque respondí que no prefería a ninguno, no era cierto. Me lo había tratado de ocultar a mí misma, pero aquí, en el silencio de mi habitación y sin más testigos que la oscuridad, debía admitir que sí tenía un preferido. Por mucho que dijera que me daría lo mismo quién fuera mi galán de noche, no era verdad.

Uno de ellos me provocaba una sensación cálida cuando me miraba que me hacía sentir feliz y viva. Los ratos que estábamos juntos se me pasaban demasiado rápido y después me sentía como vacía. Con unas ganas tremendas de que transcurriera el tiempo necesario para volver a encontrarnos.

Tal vez debería poner distancia, dejar de verlo con regularidad, pero aparte de que necesitaba el dinero que me pagaba, poner fin a nuestra relación de amistad me haría infeliz y no deseaba sentirme así de nuevo. Quería disfrutar hasta el último resquicio de lo que me ofrecía; tendría cuidado de mantener mi corazón a buen recaudo, pero no me sentía capaz de renunciar a su compañía, a su charla ni a su mirada. Cuando sus ojos se posaban en mí sentía que la vida era preciosa, un regalo que había que cuidar, conservar y disfrutar.

Trataba de imaginarlo escribiendo los mensajes y deslizándose en medio de la noche hasta mi puerta para dejar el sobre que llenaría de

ilusión mi jornada, y me costaba. Como le dije a Bea, era el menos probable de los tres.

Debía confesar que era Roberto quien me parecía que encajaba mejor en el perfil, pero mi cuñada, que lo conocía bien, lo había descartado con mucha seguridad y ahora me preguntaba cuál de los otros dos sería. ¿Quién se había enamorado de mí en el pasado sin que yo hubiera reparado en su presencia? ¿Quién había visto más en mí que el aspecto despreocupado y un poco despectivo que mostraba al mundo cuando era adolescente y veía Pórtugos como una cárcel de la que ansiaba escapar? ¿Cómo me veía en la actualidad? ¿Podría enamorarse de mí de nuevo, de la mujer rota que había vuelto y que se estaba recomponiendo gracias a él y a otros habitantes de la localidad? Esperaba que no lo hiciera, que lo nuestro se quedara en una buena y especial amistad, porque no quería romperle el corazón otra vez, fuera quien fuese. No quería tener que pedirle que dejara de mandarme los mensajes para no hacerle daño, pero lo haría por mucho que me doliera si fuese necesario. De ninguna forma deseaba lastimarle, ya lamentaba demasiado haberlo hecho en el pasado. Ahora solo deseaba disfrutar de su amistad y su compañía el mayor tiempo posible. Hasta que decidiera dejar el pueblo para encontrar un buen trabajo fuera de él.

***

Él

Estaba volviendo a enamorarme de Natalia. Sabía que era una locura por mi parte, que tal vez volviera a quemarme en el mismo fuego de antaño, pero no podía evitarlo. Me gustaba la mujer en que se había convertido, su rostro, su cuerpo y su sonrisa. Y sus ojos cuando se posaban en los míos con una especie de anhelo que pedía cariño y amistad.

Deseaba decirle lo que sentía, pero no podía hacerlo ni cuando nos veíamos ni en un mensaje porque, si adivinara mi identidad, intuía que saldría corriendo. Aún no estaba preparada para otra relación; tendría que seguir esperando a que me conociera mejor y a que, tal vez, empezara a sentir lo mismo por mí. Ahora tenía más esperanzas que en el pasado porque se había convertido en una mujer sensible que había sufrido y sabría apreciar lo que podía ofrecerle, que era mucho.

Anhelaba reparar con mis besos el daño que le habían hecho, acariciar con mis manos ese cuerpo que la enfermedad cambió, darle la seguridad económica y emocional que necesitaba. Quería amarla y que ella también me amara como siempre soñé, no ya con un amor adolescente y romántico, sino como solo podían hacerlo un hombre y una mujer adultos: con el alma y con el cuerpo.

De momento era una quimera, una ilusión y un deseo, pero era paciente y perseverante e iba a luchar con todas mis fuerzas para que viera en mí al hombre, al amante, además de al amigo.

Iba a demostrarle que podía ser ese puerto en el que refugiarse en los malos momentos, que no todos los hombres eran unos egoístas ni salían corriendo cuando llegaban las dificultades. Eso llevaría tiempo, pero estaba dispuesto a darle todo el que necesitara, a ser paciente, aunque a veces sintiera ganas de besarla, de desnudarle mi alma y expresarle los sentimientos que volvía a tener por ella. Era cauto y lo seguiría siendo tanto cuando le escribía como cuando le hablaba, cuando la miraba y cuando estaba a su lado. Aunque a veces creía que mis ojos hablaban más que yo, que ellos le decían todo lo que yo callaba, lo que le ocultaba.

Me preguntaba si sospechaba que era yo quien le mandaba los mensajes, quien se deslizaba en medio de la noche hasta su casa para dejar mi misiva. Nunca había hecho alusión a ellas, y me gustaría saber qué sentía cuando las leía, si mi corazón puesto en palabras lograba llegar al suyo.

Hasta el momento solo me había tratado como al amigo que aparentaba ser, nunca había detectado en su actitud hacia mí indicios de otra cosa, pero no importaba. Esperaría, porque sabía que si llegara a amarme como yo deseaba habría valido la pena. Y si no lo hacía, si lo nuestro se quedaba solo en una amistad por su parte, también, porque esos ratos que pasábamos juntos eran mucho más de lo que nunca tuve de ella. Y no permitiría que unos sentimientos no correspondidos por su parte estropeasen lo que teníamos; seguiría siendo su amigo y, si era necesario, continuaría ocultando mi amor como hice en el pasado. Cualquier cosa menos hacerle daño de ningún modo.

Capítulo 16

Natalia decidió ofrecerle a Héctor lo que, según su cuñada Bea, este necesitaba: un rato de charla de adultos. Para ello buscó un momento en que él no se ocupara de sus hijos y recordó la mañana que se vieron en el mesón para tomar una cerveza y en la que le ofreció trabajo cuidando de los niños. A esa hora los pequeños estaban en el centro de verano. Le mandó un mensaje al móvil a media mañana, que respondió poco después:

Hola Héctor. Me gustaría comentarte una cosa sin que los niños estén delante. ¿Podríamos vernos en el mesón a la salida de tu consulta? Te invito a una cerveza mientras hablamos.

Héctor:

Hoy termino a la una. ¿Pasa algo con ellos?

No, nada. Solo quería preguntarte algo.

Héctor:

Bien, nos vemos luego. Ahora tengo otro paciente.

Cerró la aplicación y continuó con la preparación del almuerzo para tenerlo listo cuando llegara Julián. Había buscado una excusa para quedar con Héctor, aunque lo que iba a preguntarle podría hacerlo en un simple mensaje de texto. Pero desde el momento en que su cuñada le habló de la soledad en que vivía el médico, dedicado en exclusiva al cuidado de sus hijos, deseó ser ella quien le ofreciera la oportunidad de tener tiempo para sí mismo. Y no vio otro momento mejor que el rato entre la salida de la consulta y el momento en que recogía a los niños.

Llegó la primera y se sentó en una de las mesas de la terraza, protegida del sol, y esperó tranquilamente a que apareciera. También

a ella le apetecía tomar algo con él, los dos solos. Este llegó diez minutos después de lo acordado, caminando deprisa.

—Hola, Natalia. Siento el retraso —se disculpó—. El último paciente me ha entretenido más de lo que pensaba.

—No te preocupes.

—¿Qué quieres tomar?

—Una cerveza, pero hoy invito yo.

—Ni hablar.

—Puedo permitírmelo, Héctor, y necesito sentir que voy superando mi precariedad económica. Además, un par de cervezas no me acarrearán la ruina inminente. Siéntate, que voy yo por las bebidas.

Él asintió y tomó asiento en una se las sillas, frente a la que ocupaba ella.

Cinco minutos después, con sendas jarras de cerveza delante, y tras darle un largo trago a la bebida fría, Héctor abordó el tema que le preocupaba.

—¿Qué ocurre con los niños?

—Ya te he dicho que no pasa nada. Solo quería preguntarte si alguna tarde me los puedo llevar a dar un paseo o prefieres que nos quedemos en tu casa todo el tiempo. Juanma a veces se pone muy inquieto e intuyo que le gustaría salir un rato. Pero no he querido preguntártelo delante de ellos por si no te parecía bien.

—Claro que puedes llevártelos a dar un paseo. De hecho, te agradecería que lo hicieras.

—Daríamos una hora de clase primero, no olvido para qué me has contratado, y después saldríamos.

—Las clases de inglés son algo secundario. Creí que sabías que lo que quiero es que cuides de ellos mientras yo hago las visitas. Cuando supe que deseabas dar clases pensé que era una buena excusa para entretener a los críos.

—Y de paso echarme una mano económicamente, ¿no? —preguntó observándolo mientras volvía a dar un trago a su bebida, con aspecto relajado. Allí, sin los niños a su alrededor, y sin la bata blanca que usaba en la consulta, podía verlo como el hombre que era, al margen de su faceta de padre o de médico. Un hombre atractivo, vestido con vaqueros y camiseta de manga corta, que tomaba una cerveza con evidente satisfacción.

—También. Pero ya te dije que nos ayudábamos uno al otro. Saber que los niños están atendidos y que no abuso de tu hermano y de Bea mientas estoy fuera, me permite realizar mejor mi trabajo.

Niños, trabajo, a eso parecía estar reducida su existencia.

—Héctor… Vives para tu trabajo y tus hijos, ¿verdad?

—Así es —afirmó con una sonrisa—. Adoro a mis niños, y ser médico me apasiona. Lo deseé desde que era pequeño y me supuso mucho esfuerzo conseguirlo. Mis padres no podían pagarme los estudios universitarios, ni mucho menos mantenerme durante años fuera del pueblo, de modo que estudié mucho para conseguir una beca y, como el dinero era insuficiente, trabajé durante toda la carrera. Aceptaba cualquier cosa que no interfiriera con los horarios de clases: camarero por las noches, descargaba camiones en tiendas de ropa de madrugada, y todo lo que me permitiera conseguir mi sueño.

Lo miró descubriendo a un hombre nuevo y más diferente aún del joven que recordaba.

—Pasabas mucho tiempo en mi casa y nunca supe qué te gustaba o la situación económica de tus padres. Lo siento. Solo eras para mí el amigo de mi hermano.

—Tú eras la hermana de mi amigo —afirmó él encogiéndose de hombros con una leve sonrisa.

—Pero intuyo que sabías más de mí que yo de ti.

—Es posible. Fernando te nombraba a menudo.

—También te nombraba a ti, pero yo no lo escuchaba. Solo pensaba en irme, nunca me interesó conocer a nadie del pueblo.

—En cambio, yo siempre supe que regresaría y que ejercería mi profesión aquí. Me gusta la medicina personalizada, conocer no solo las enfermedades de mis pacientes, sino también sus circunstancias. A veces mirarlos a los ojos y cogerles la mano ayuda tanto como un tratamiento. Ese trato humano con los pacientes no te lo permite una gran ciudad.

—Y no dudo que tú lo consigues. Estoy convencida de que tus enfermos te adoran y confían en ti. Tu mirada es limpia y transparente, infunde ánimo y seguridad.

—También tengo mis secretos… —afirmó desviando por un momento la mirada hacia el vaso, del que volvió a beber—. Todo el mundo los tiene.

Recordó el secreto que Bea le había confesado sobre Roberto y se preguntó cuáles serían los de Héctor. ¿Tendrían que ver con ella? ¿Con los mensajes? ¿O con algún amor oculto en otro lugar? Le gustaría saber más de él, del hombre, y no del padre o del facultativo.

—Volviendo a lo que me dijiste antes sobre tu día a día, ¿no echas de menos algo de vida para ti, al margen del trabajo o la paternidad?

—Tengo que confesarte que esta cerveza me está sabiendo a gloria, y la compañía y la conversación también. Los niños son muy absorbentes y reclaman atención constante cuando estoy a su lado. Cuidarles no me deja mucho tiempo para mí mismo, y no quiero robarles el tiempo que puedo estar con ellos.

—Pero este rato después de la consulta lo tienes libre, y podemos repetir esta cerveza siempre que quieras.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. A mí también me está sabiendo genial este tiempo de charla contigo y sería un placer volver a quedar.

—No todos los días termino a la una, depende del número de pacientes y de lo que me entretenga con cada uno, pero cuando prevea acabar temprano te avisaré para vernos aquí. Si puedes y te apetece, claro.

—Me apetece mucho.

Héctor sonrió con una sonrisa que le iluminó la cara y le llegó a los ojos, que parecieron volverse transparentes.

—Instaurada entonces la hora de la cervecita. ¡Que no se entere tu médico de que te fomento el consumo de alcohol!

—Puedo tomarla sin alcohol si él lo considera necesario. Pero de lo que hablemos aquí no se enterará ni mi médico ni mi empleador. No hablaremos de niños ni de enfermedades. Solo dos adultos con conversaciones sobre temas adultos.

—Me parece perfecto. Creo que ya ni me acuerdo de cuáles eran los otros temas…

—Me ha gustado que me hablaras de ti, de tus sueños y de tu etapa de estudiante.

—Pues la palabra clave de esa época es la que acabas de decir: sueños y sueño. Dormía poquísimo, me mantenía en pie a base de café y fuerza de voluntad. Logré ir a curso por año y, después de terminar, solicité plaza aquí. No me la concedieron al principio, pasé dos años

trabajando en diversos municipios, pero al fin lo conseguí porque había pocas solicitudes (más bien ninguna) para un pueblo perdido en las Alpujarras, por mucho encanto que yo le encuentre. Ya me había casado y nos establecimos aquí, donde nacieron mis hijos. Básicamente esa ha sido mi vida, como puedes ver, poco interesante.

—A mí no me lo parece. Han debido ser unos años frenéticos.

—Los de la carrera, mucho. Al regresar encontré el tipo de vida que siempre he deseado: tranquila, apacible, feliz.

—¿Eres feliz a pesar de tu viudedad?

—No soy persona de lamentar lo que perdí, aunque no te niego que fue duro, sino de valorar lo que aún tengo.

Se le veía feliz, eso era cierto, y decidió arriesgarse con una pregunta que le rondaba la mente desde que habló de secretos.

—Héctor… ¿Alguna vez te han roto el corazón?

Él esbozó una leve sonrisa enigmática.

—Como a todo el mundo. ¿Acaso a ti no?

—Sí, también —admitió. Había llegado a Pórtugos con un corazón no solo roto, sino destrozado, que se estaba recuperando por momentos—. ¿Y lo superaste?

—Lo superé, también como todo el mundo. El dolor no dura para siempre, Natalia. Solo hay que ayudarle con una actitud positiva y se va diluyendo poco a poco.

—Y tú eres un hombre positivo.

—En todos los aspectos de mi vida.

—¿Y romántico?

—Cuando mis responsabilidades me lo permiten —bromeó.

Ambos rieron.

—Me pareces más práctico que romántico.

—Hay espacio para todo en mí. Soy más polifacético de lo que parezco a simple vista.

—Me alegra saberlo.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo que me alegra. ¿Tiene que haber un motivo?

—Ninguno.

Por un momento se miraron uno al otro, en silencio. Como si se midieran y analizaran. Como si quisieran ahondar en los pensamientos

ocultos de sus mentes. Fue Héctor quien rompió el contacto visual.

—Me temo que mi tiempo de recreo se agota. Debo ir a recoger a los niños.

—El mío también; Julián llegará a comer en un rato y tiene el tiempo justo para almorzar y regresar al trabajo.

—Se comenta en el pueblo que cocinas para él.

Lanzó una carcajada.

—A veces olvido que esto es un pueblo y que todo el mundo sabe la vida y milagros de cada uno de sus habitantes.

—Julián va pregonando por doquier tus dotes culinarias.

¿Había un interés especial en su mirada? Se sintió en la necesidad de aclarar:

—Me paga para que, al preparar mis comidas, haga cantidad suficiente para los dos, y solemos almorzar juntos en mi casa. Nos hemos convertido en buenos amigos. ¿Eso también lo sabe todo el pueblo?

—No he oído nada al respecto. Creo que solo pretende aumentar tu clientela, no habla de relaciones personales, sean amistosas o de otra índole. Es un hombre discreto.

—No hay otra cosa de la que hablar. Soy su amiga, igual que tuya, y también de Roberto, y me importa un bledo lo que se diga en el pueblo.

—También a mí. Y ahora sí que debo irme o llegaré tarde. Gracias por la cerveza.

—Hasta mañana, Héctor. Llevaré a los niños a dar un paseo.

Lo vio alejarse a paso rápido y ella volvió despacio a su casa, con el ánimo alegre y dispuesta a pasar un buen rato almorzando con su simpático vecino. Y le importaba bien poco lo que opinara el pueblo entero de su relación con los tres hombres más atractivos del mismo.

Capítulo 17

Natalia llegó a casa de Héctor puntual. A pesar de que él insistía en que no debía cumplir sus horarios de visitas a golpe de reloj, se presentaba en su casa a las cinco en punto, y lo hacía porque le encantaba pasar la tarde con los niños. Disfrutaba de las clases y también de merendar con ellos, y de inventar juegos creativos que después los críos comentaban con entusiasmo con su padre cuando este regresaba. En ese momento ella se despedía y los dejaba solos, pero a veces le hubiera gustado permanecer en la casa un rato más, como si fuera una más de la familia.

Los niños saltaron de las sillas al verla llegar.

—¡Hola, Natalia! —saludó Rubén.

—¡Mira, he hecho un dibujo de nosotros! —exclamó Juanma agitando un folio en la mano.

Lo tomó y no pudo evitar una sonrisa al ver cuatro figuras todas del mismo tamaño. En los extremos, una mujer con el pelo oscuro y largo y un hombre con una sombra en la cara que pudo intuir era una barba, y en el centro dos figuras con el cabello amarillo, Los cuatro se daban las manos.

—¿Estos somos nosotros? —preguntó complacida—. ¿Yo también estoy?

—Claro. Eres esta, la del pelo largo. Y este es papá.

—Me has dibujado muy guapa. Gracias, Juanma.

—Eres muy guapa, ¿verdad, Rubén?

—Sí —afirmó este.

Por encima del dibujo alzó la mirada y vio que Héctor sonreía.

—Estoy de acuerdo con ellos —corroboró—. Ahora debo irme —

murmuró cambiando de tema como si se arrepintiera de lo que acababa de decir—. Portaos bien, chicos.

—Siempre lo hacen. Hasta luego, Héctor.

Se marchó y ella se volvió a su pequeño alumno.

—¿Me lo regalas? —preguntó señalando el papel—. Es la primera vez que me hacen un retrato y me gustaría ponerlo en la pared de mi casa.

—¡Es para ti! —afirmó el niño, como si fuera evidente.

—¡Estupendo! Gracias. Ahora vamos a dar la clase, ¿de acuerdo?

Se sentó a la mesa con ellos y sacó el libro en el que podían verse algunos dibujos con su correspondiente nombre en inglés debajo. Aunque Juanma aún no sabía leer, tenía una mente despierta y había memorizado algunas palabras y las asociaba con las figuras.

Un rato después les preparó la merienda, y estaban terminando de tomarla cuando le sonó el móvil. Se asombró al ver el nombre de Héctor en la pantalla y se apartó un poco para responder.

—Dime, Héctor.

—Tengo que pedirte un favor. Estoy atendiendo una urgencia y el paciente está bastante mal. Necesita ir a Granada, al hospital, y no hay tiempo de esperar a una ambulancia. Voy a llevarlo yo, pero me retrasaré bastante. ¿Podrías quedarte con los niños hasta que vuelva?

—Por supuesto.

—No sé a qué hora será, las urgencias pueden llevar bastante tiempo, aparte del trayecto en coche. ¿Podrías darles la cena y acostarlos? No creo que llegue antes de medianoche, como muy pronto.

—Tranquilo, yo me ocupo de todo.

—Te pagaré las horas, por supuesto.

—Ya hablaremos de eso. ¿A qué hora los acuesto?

—Sobre las diez. Y cena tú con ellos.

—De acuerdo. ¿Qué suelen tomar?

—No te compliques: un sándwich, una tortilla francesa… algo fácil.

—Perfecto.

—Gracias, Natalia.

—De nada. Hasta luego.

Cortó la llamada y se volvió a los niños.

—Era vuestro padre. Dice que va a tardar, de modo que yo os daré la cena y os acostaré esta noche.

—¿Tú sabes acostar niños? —peguntó Juanma muy serio.

—Claro que sí.

—¿Vamos a aprender inglés todo el rato? —inquirió su hermano.

—No. Cuando terminemos la clase podemos dar un paseo y después ver una película de dibujos o jugar a algo.

—¡Valeee! —exclamaron al unísono.

—Papá siempre nos deja ver una peli antes de cenar.

—Muy bien. Nos lo vamos a pasar genial los tres.

Acertó con sus suposiciones. Fue una tarde divertida, pero también tierna. Disfrutó de algo que no podría tener, de sentirse madre. Cuando se sentó con los niños en el sofá para ver la última película de Disney, Juanma se subió a su regazo.

—Papá me coge en brazos para ver la tele. ¿Me coges tú también?

—Claro —respondió acomodándolo—. ¿Y tú? —preguntó a Rubén.

—Yo soy muy mayor. Juanma lo hace porque es un niño pequeño.

—Quiero ser un niño pequeño para que me cojan en brazos.

Lo acunó contra su pecho y, a la vez, acercó a su hermano contra su costado, que se recostó contra ella. Los rodeó con los brazos y un nudo le atenazó la garganta al sentir que nunca podría estar así con sus propios hijos. El cáncer también se había llevado por delante la posibilidad de ser madre. Con los ojos húmedos vio con ellos la película de dibujos, preguntándose por el tipo de relación que tenía Héctor con sus hijos. Que los adoraba era evidente, y ellos a él. Se preguntó también por la familia que habían sido antes de que Silvia muriera, si su ausencia había afectado mucho a los niños y a Héctor. Estaba segura de que echaban en falta a una madre, aunque su padre intentaba cubrir ese hueco con todas sus fuerzas.

Tras la película preparó la cena, una tortilla de patatas que compartió con ellos y de la que dejó una parte para cuando Héctor regresara, probablemente sin comer. A continuación, les puso el pijama y los metió en la cama, donde les leyó un cuento. Regresó al salón y se sentó con el corazón rebosante de ternura y de sentimientos maternales. De la parte trasera de la casa le llegó un olor familiar y se levantó para cerciorarse de que su olfato no la engañaba. Adosado a la pared de la cocina, en el patio, había un arbusto de galán de noche.

No le extrañó, algo en su fuero interno le decía que Héctor también tenía una planta de su flor favorita.

Regresó al salón y puso la televisión para entretenerse hasta que llegara el dueño de la casa.

Pasaba la una de la madrugada cuando este abrió la puerta y entró en el salón con aspecto cansado.

Natalia, que se había quedado adormilada, se despertó al notar su presencia.

—Lo siento —se disculpó él—. Estabas dormida.

—Tienes un sofá demasiado cómodo —bromeó. Tenía el sueño ligero y no le costaba espabilarse por completo—. ¿Cómo está tu paciente?

—Se ha quedado ingresado en la UCI. Ha sufrido un infarto y no he querido venirme hasta que las pruebas han corroborado mi diagnóstico. Lamento las molestias que te he causado.

—No ha sido ninguna molestia… me ha encantado pasar este rato con los niños —dijo con un punto de emoción en la voz—. Hemos dado un paseo, visto una película, cenado y leído un cuento, y ahora están dormidos como angelitos.

—¿Se han portado bien?

—Muy bien. Tú pareces exhausto, e imagino que no has cenado.

—No, no he comido nada.

—Lo he supuesto. Te hemos guardado un trozo de tortilla de patatas.

Los ojos verdes la miraron con una expresión de ternura que nunca había visto en ellos y que hizo que algo se le agitara por dentro.

—No era necesario, podría haberme preparado algo a la vuelta.

—No me ha costado ningún esfuerzo. Solo he hecho la tortilla un poco más grande para que hubiera para todos. A los niños les ha gustado que te guardáramos un trozo. Intuía que vendrías cansado, los hospitales son agotadores aunque no hagas nada; lo sé por experiencia. Siéntate a comer.

—Antes te llevaré a tu casa, es tarde para que te vayas sola.

—¿Cómo vas a llevarme? ¿Y los niños?

—En coche solo hay cinco minutos hasta tu casa y están dormidos. No les pasará nada, es como si entrara a ducharme. Aunque también puedes quedarte en el cuarto de invitados y tomar una copa de vino

conmigo mientras ceno. La verdad es que me gustaría un poco de compañía, si no estás muy cansada; no ha sido una noche fácil. Conducir por esas carreteras lo más rápido posible luchando contra la muerte ha despertado viejos fantasmas.

—Me quedo a tomar esa copa contigo, ya estoy despierta y con toda probabilidad tardaré en dormirme de nuevo.

—Siento haberte despertado.

—No lo hagas, mañana no tengo que madrugar. Y me apetece un rato de compañía a mí también.

Héctor entró en la cocina y salió llevando en una bandeja dos copas, una botella y dos platos, uno con el trozo de tortilla y otro con embutidos y pan. Lo depositó todo sobre la mesa de centro y se sentó. Sirvió dos copas y cortó la tortilla en trozos.

—Come tú también —la invitó—. Si cenaste con los niños debes tener hambre de nuevo. Y tampoco es bueno beber con el estómago vacío.

—¿Habla el médico?

—Habla el amigo. El alcohol se absorbe mucho más deprisa si no lo acompañas con algo de comida.

—¿Qué te ha pasado esta noche en la carretera? —preguntó mientras lo observaba comer con apetito. Ella cogió un trozo de salchichón y dio un sorbo a su copa, un buen vino de sabor suave, como el hombre que se lo había ofrecido—. ¿Tiene que ver con el accidente de tu mujer?

—Así es. A Silvia le gustaba conducir deprisa, incluso por estas carreteras terroríficas. Se contenía cuando iba conmigo y con los niños, pero cuando estaba sola pisaba a fondo el acelerador. Yo le regañaba, y siempre me respondía que conocía las carreteras como la palma de su mano, pero algo le falló una tarde y se salió en una curva, precipitándose al vacío. Murió en el acto. Hoy, yo tenía en el asiento trasero un paciente con un infarto y luchaba contra el tiempo. Conduje todo lo deprisa que podía sin ponernos en peligro, pero sí más rápido de lo aconsejable. Al regresar, y pasar por la curva que le causó la muerte a mi mujer, pensé que también yo he sido un poco imprudente esta noche. Y en qué sería de mis hijos si me sucediera algo.

—Por suerte no ha pasado nada. Y estoy segura de que si te

ocurriera algo tus hijos tendrían quien se ocupara de ellos.

—Tengo familia lejana fuera de Granada, pero no conocen a los niños. Y ya han sufrido bastante con una pérdida. —Bebió un sorbo de su copa y sacudió la cabeza—. Pero no quiero pensar en eso en este momento…

Natalia lo observó con detenimiento.

—Algo me dice que no has llorado a tu mujer como debías, que no has superado tu duelo.

—Si te refieres a abandonarme al dolor, no he podido hacerlo. Tenía dos hijos en los que pensar y debía ocupar el hueco que su madre dejó, sobre todo para Rubén. Juanma era muy pequeño y apenas tenía recuerdos de ella. Solo necesitaba cuidados físicos y esos se los proporcionamos mi suegra y yo.

—Y te olvidaste de ti.

Se encogió de hombros.

—El primer año fue muy duro y no me permití pensar en mí mismo. Mis niños habían perdido a su madre y mi suegra a su hija; me tocó ser el fuerte. Pero después sí le di a mi duelo el tiempo que necesitaba. Ya lo tengo superado, aunque a veces me vea abrumado por la responsabilidad. No es fácil criar a dos niños solo, es complicado conciliar la tarea de padre y madre con un trabajo como el mío.

Natalia comprendió que le estaba ofreciendo una información sobre sí mismo que no había compartido con mucha gente, y se sintió halagada.

—Lo imagino. Pero si puedo ayudarte en algo, cuenta conmigo ya sea de día o de noche.

—Gracias.

—No me las des, solo espero que lo hagas. Lo digo en serio, Héctor, quiero que recurras a mí cuando me necesites, ya sea para los niños o para ti. Soy una buena oyente y tengo mucho tiempo libre.

—Yo estoy bien, mi problema son los críos.

—Esta noche no lo estás, y me siento muy complacida de que me hayas escogido para desahogarte.

—Gracias otra vez. —La miró a los ojos con una intensidad diferente, seguramente provocada por el momento traumático que había vivido aquella noche, y se sintió más cercana a él de lo que

había estado antes—. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—También afrontas una pérdida. Me dijiste que el cáncer terminó con tu matrimonio, además de con tu medio de vida. ¿Qué pasó? Me gustaría saberlo. —Los ojos de Héctor la miraban con infinita ternura, invitándola a sincerarse—. Intuyo que tampoco tú has hablado mucho sobre eso.

—No demasiado —admitió. Y ante aquellos ojos que la contemplaban sin lástima, pero sí con interés, decidió desahogarse dejando salir todo lo que llevaba tiempo conteniendo—. Mi marido no estuvo a la altura —confesó—. Como médico debes saber los efectos secundarios de la quimio y la radioterapia simultáneos. Me sentí muy enferma durante todo el tratamiento y él no quería renunciar a la vida que llevábamos antes. Yo no tenía fuerzas para salir ni para mantener sexo. Lorenzo no lo llevó bien; al principio se adaptó, aunque yo intuía que no lo hacía con agrado, pero cuando mi malestar se volvió habitual, se distanció de mí. Se cambió de habitación, comenzó a salir sin importarle lo enferma que yo me sintiera, dejándome con mi malestar a solas.

En la mirada de Héctor Natalia podía ver el enfado que sus palabras le causaban y el rechazo hacia el hombre que la había abandonado en el peor momento de su vida. Y dejó que los sentimientos que le había provocado el comportamiento de su exmarido y que siempre había guardado para sí, salieran a borbotones, produciéndole un considerable alivio. Como si el muro con el que se había protegido se derrumbase y los sentimientos luchasen por salir para liberarla. No trató de contener nada, dejó aflorar todo el dolor acumulado durante largos meses, como la lava de un volcán en erupción que aprovecha un resquicio para salir a la superficie.

—Lloré a solas noche tras noche, con un dolor desgarrado porque llegué a sentir que no valía la pena curarme, que el esfuerzo que estaba haciendo por sobrevivir era demasiado grande, mientras mi vida se desmoronaba a mi alrededor, y que tal vez debería tirar la toalla. Le oía llegar de madrugada y entrar en el cuarto de invitados. Me decía que para no molestarme, para que pudiera descansar, pero yo me sentía herida y despreciada. No quiso mirar mi pecho después

de la operación, a pesar de que no lo habían extirpado por entero, solo habían extraído el tumor con un mínimo de pérdida de masa muscular. No volvió a tocarme ni a abrazarme, me dejó sola con mi enfermedad y con la desesperación de saber que la academia de inglés que tanto trabajo me había costado levantar se hundía, porque yo no tenía fuerzas para trabajar. Sabía que mi matrimonio también se desmoronaba y que, con toda probabilidad, no sobreviviría, que cuando me curase tendría que afrontarlo, pero en aquel momento no tenía fuerzas para una separación.

Bebió un largo trago de vino para aliviar el pesar. Para recuperar el aliento y seguir sacando todo lo que guardaba dentro, porque una vez que había empezado, no podía parar. Los ojos de Héctor, su silencio, todo en él la invitaba a hacerlo, incluida la mano que sostenía la suya, aunque no era consciente del momento en que él se la había agarrado. El contacto le resultaba reconfortante y la dejó allí, con los dedos enlazados en los grandes y fuertes de él.

—Pero no me dio tiempo —continuó—. Cuando tuve los primeros resultados positivos que afirmaban que había superado la enfermedad, me presentó los papeles del divorcio y me dio un mes para dejar la casa de alquiler que compartíamos. Ya no estaba enamorada, mi amor se esfumó diluido en las lágrimas que había derramado durante meses, pero a pesar de eso la sensación de decepción y deslealtad fue terrible. Me dejó devastada. Cuando Fernando se enteró de mi situación me ofreció ir a vivir con ellos, pero yo no quería eso, y decidimos que lo mejor sería que me viniese al pueblo y me quedara en la que había sido la casa de nuestra infancia. Cerca, pero manteniendo mi independencia. Lorenzo me concedió una pequeña pensión compensatoria con la que podía sobrevivir en el pueblo, sin grandes lujos. —Ahondó en los ojos que la contemplaban y susurró—: Todos os habéis volcado en ayudarme, en ofrecerme la posibilidad de mejorar mi economía con trabajos que puedo realizar mientras termino de recuperar las fuerzas: cocino para Julián, cuido de tus niños y Roberto me está ayudando a replantar las flores del patio a cambio de mejorar su inglés hablado. No sabes lo importante que es para mí que prácticamente unos desconocidos me ofrezcan su ayuda después de que el amor de mi vida me abandonara a mi suerte.

—Todos te apreciamos, aunque hayas pasado mucho tiempo fuera.

Ya lo hacíamos antes de que te marcharas. Lo que yo te ofrezco es un intercambio; tú me ayudas y yo a ti. Y, por supuesto, te pagaré todas las horas que has estado aquí esta noche.

—No… —rechazó con un nudo de emoción en la garganta, a punto de echarse a llorar. Se sentía sensible y vulnerable después de todo lo que había confesado ante un desconocido. Aunque mirándolo a los ojos y con su mano encerrada en la de él, no lo sentía así—. Págame solo lo de todos los días. Deja que sienta que también hago yo algo por ti, de forma desinteresada. Ha sido una noche muy especial para mí; no puedo tener hijos después de mi enfermedad, no me sacaron los óvulos antes del tratamiento y este los destruyó. Estar con Juanma y Rubén esta noche, ponerles la cena, acostarles y leerles un cuento antes de dormir me ha hecho sentir un poco la madre que ya no puedo ser. No me pagues por ello, por favor.

Los ojos verdes de Héctor se clavaron en los suyos ofreciéndole una comprensión que nunca le había brindado nadie. Estaba agradecida por seguir viva, y asumiría que la maternidad era una pérdida aceptable a cambio, pero esa noche había sentido esa pérdida por primera vez al estar con los hijos de Héctor.

—Hoy le he hecho un favor a un amigo —continuó—, y los favores no se pagan. Hasta ahora tú me has ofrecido tu amistad de forma incondicional; deja que yo haga lo mismo contigo.

Él asintió sin dejar de mirarla. Había algo diferente en sus ojos aquella noche, del mismo modo que también lo había en ella. En aquel momento no veía al médico y tampoco al padre de sus alumnos, sino a un hombre que le sostenía la mano mientras ella le abría su corazón.

—Muy bien. Lo consideraré un favor. Pero la maternidad no siempre implica un embarazo y un parto. Hay otras opciones que te harán sentir tan madre como si los hubieras llevado en tu seno.

—Te refieres a la adopción ¿verdad?

Él asintió.

—Tal vez me lo plantee más adelante. Ahora mi vida es bastante inestable y no me creo con derecho a meter un niño en ella. Sería una irresponsabilidad.

—Mientras ese momento llega, puedes disfrutar de los míos. ¿Qué te parece si vienes a comer con nosotros el sábado? Será una forma de

compensarte por lo de esta noche. Los fines de semana son especiales para nosotros, comemos paella y después organizamos juegos y pasamos el día en familia. A veces vamos al cine. Si voy a abusar de ti para que cuides de los niños siempre que lo necesite, también debes disfrutar de nuestros ratos de ocio, si te apetece.

—Me apetece mucho. Vendré el sábado, y yo me encargo del postre. ¿Está permitido el chocolate?

—Está permitido.

—Bien. Ahora debo irme, es muy tarde.

—¿No quieres quedarte en el cuarto de invitados?

—No, me iré a casa.

—Te llevo.

—No es necesario.

—Los niños estarán bien; son solo cinco minutos y están acostumbrados a que a veces salgo por el pan temprano. Si se despiertan saben que no tardaré y se quedan en la cama.

—De acuerdo. Gracias.

—Vamos.

Tras comprobar que los niños dormían salieron y subieron al coche. Como Héctor había afirmado, solo les llevó unos minutos llegar hasta su casa por las calles desiertas. Entró en ella sintiéndose ligera y reconfortada por haber compartido con Héctor su pasado.

Capítulo 18

Natalia

Héctor me había invitado a almorzar con ellos para compensarme por haber cuidado de sus hijos hasta muy tarde y, tal vez, también para agradecerme que nos habíamos tomado una cerveza juntos en un par de ocasiones después de salir de su consulta. Quería pensar que era solo por eso, porque la idea de que tuviera otros motivos más personales empezaba a inquietarme.

Prefería pensar que lo hacía como agradecimiento, por los niños y también para que yo disfrutara de esa faceta de madre que aún no tenía. Nunca me había planteado la adopción cuando supe que no podría concebir mis propios hijos, porque siempre imaginé la maternidad dentro de una pareja, y yo, pareja, no tenía ni pensaba volver a tener. Pero ahora que Héctor lo había mencionado, no descartaba la posibilidad de intentarlo en el futuro. Juanma y Rubén habían despertado en mí un sentimiento maternal que nunca se había manifestado; Lorenzo y yo nunca nos habíamos decidido a tener hijos, era algo que estaba ahí y para lo que aún no había llegado el momento.

Cuando me dijeron que mis óvulos se habían visto afectados por el tratamiento no sentí ningún desgarro emocional, era una consecuencia más de la enfermedad que debía asumir, pero no me supuso ningún trauma. Después de ver como mis pequeños alumnos se apoderaban de mi corazón cada tarde, tal vez me planteara adoptar si mis circunstancias personales lo permitían en el futuro.

Disfrutaba cada momento que pasaba con ellos del mismo modo que disfrutaba de los ratos en que me había encontrado con su padre

en el mesón, cuando él salía temprano.

Me había llamado dos días después de la noche que nos quedamos hasta tarde en su casa, para decirme que estaba a punto de terminar la consulta y preguntarme si me apetecía reunirme con él para un aperitivo. Acepté de inmediato y me apresuré a cambiarme de ropa y salir a su encuentro. Por fortuna, tenía el almuerzo listo para cuando llegara Julián. Desde ese día, cocinaba a primera hora de la mañana, por si se repetía la invitación.

Roberto acudía dos veces por semana a mi casa, las tardes en que no cuidaba de los hijos de Héctor, y entre los dos habíamos acondicionado el parterre para comenzar a plantar las flores que darían color y vivacidad a mi patio. Me había alegrado descartar a uno de los tres posibles remitentes de mis mensajes anónimos, y estaba feliz de que hubiera sido él el primero en eliminar de la ecuación. En el fondo de mi mente era el que menos deseaba que fuese.

Me daba pena que tuviera que vivir su amor en secreto, era una aberración en pleno siglo veintiuno, pero no me atrevía a ofrecerle mi apoyo de forma abierta, porque no me había enterado de su secreto por él, sino por Bea. Lo que sí hice fue relajarme y tratarle sin ninguna cautela por temor a alentar unos sentimientos que estaba segura de que no se producirían.

Sin embargo, me inquietaba Julián. Lo notaba algo distraído, como si una preocupación le nublara el semblante, y me preguntaba si yo tendría algo que ver. Si estaría enfadado conmigo; aunque en nuestros almuerzos siempre era amable y encantador, estaba segura de que algo ensombrecía su mirada.

No iba a preguntarle de forma directa porque temía su respuesta. No quería forzar una conversación que pudiera terminar con nuestros almuerzos, empezaba a apreciarlo mucho, y me dolería que pusiera fin a nuestro acuerdo, y no por el dinero que dejaría de ingresar. En aquel momento me costaría mucho más renunciar al amigo, a nuestras reuniones en torno a la mesa. Pero estaba segura de que algo le pasaba y no quería ser la causante.

***

Él

Cada día que pasaba me sentía más enamorado, y más incapaz

también de apartarme de Natalia, aunque acabara de nuevo con el corazón roto. Deseaba verla más a menudo, los ratos que pasaba con ella me parecían insuficientes, pero dudaba a la hora de proponerle encontrarnos con más frecuencia o en un entorno más privado.

La tristeza había abandonado sus ojos y deseaba ser yo quien la hubiera disipado, quien la estuviera haciendo reír de nuevo. Sin embargo, seguía sumido en la incertidumbre, sin atreverme a insinuar siquiera mis sentimientos por temor a ahuyentarla, a asustarla.

No podía evitar que mis ojos la recorrieran cuando no me observaba, admirando su cuerpo —para nada perfecto ni escultural, pero precioso para mí— que deseaba abrazar y acariciar.

La observaba con detenimiento cuando estábamos juntos, tratando de disimular la ansiedad que me causaba su forma amistosa de tratarme. En algún momento me había parecido percibir un atisbo de algo diferente en su mirada, pero había sido tan fugaz que no osaba dar un paso para hacerle saber que para mí ya no era solo una amiga. Que estaría dispuesto —más que dispuesto, deseoso— de empezar con ella una relación sentimental. De abrirle las puertas de mi corazón y de mi vida, si ella sentía lo mismo.

Temía precipitarme, deseaba darle el tiempo que necesitara, pero cada vez me bastaba menos vernos como lo hacíamos, como dos buenos amigos, y tenía miedo de meter la pata, de que un roce accidental o una mirada más intensa de la cuenta la apartara de mí. Incluso había dejado de mandarle mensajes para no caer en la tentación de expresar en ellos todo lo que deseaba decirle en persona. Todo lo que callaba al vernos, al sentarnos a la misma mesa, y solo hablábamos de trivialidades.

Cuando nos encontrábamos uno al lado del otro, tenía que contener mi mano para que no buscara la suya. Cuando nos mirábamos, entornaba mis ojos para que no leyera en ellos, y cuando me despedía de ella, contaba mentalmente las horas que pasarían para volver a verla. No sabía cuánto tiempo más podría seguir ocultando mis sentimientos; esperaba que pronto me diera una señal para confesárselos. Mientras, apelaría a la paciencia que siempre he tenido para seguir siendo solo su amigo.

Capítulo 19

El viernes, durante el almuerzo, Natalia habló con Julián de la invitación que había recibido de Héctor y su familia para comer con ellos al día siguiente.

—Te he preparado unos tápers para mañana y para el domingo —le comentó observando con cuidado su reacción—. El martes me quedé cuidando de los hijos de Héctor hasta tarde, pues él tuvo que atender una urgencia, y me han invitado a comer paella para compensarme.

No mostraba ningún signo de que le molestara almorzar en solitario dos días seguidos. No obstante, le dio unas explicaciones que él no le pedía.

—Está agradecido porque llegó muy avanzada la noche.

—Sé que tuvo que llevar a Anselmo al hospital por un infarto.

—En este pueblo se sabe todo —murmuró molesta y esperando que no fuera de dominio público lo que hablaron Héctor y ella en su conversación—. Parece que las paredes tienen ojos y oídos.

—Lo que tiene el pueblo es una serie de personas mayores con poco que hacer y muy cotillas.

—Será eso.

Se preguntó si esas personas habían averiguado que, de tanto en tanto, alguien se desplazaba de forma furtiva hasta su casa para depositar un sobre en el buzón.

—Pero no te preocupes por mí, Natalia, puedo comer en cualquier sitio tanto mañana como el domingo. No dejes de hacer planes para almorzar conmigo. Ya es suficiente que te acapare durante toda la semana. Tienes derecho a salir y divertirte.

—¿De verdad no te importa? —preguntó con cautela.

Él seguía presentando un aire distraído, como ausente.

—De verdad que no.

—También tú deberías hacer algo para distraerte. Pareces cansado.

—No duermo bien por las noches.

—¿Por algún motivo?

—El calor —afirmó de manera poco convincente.

Natalia supo que le mentía, porque la temperatura nocturna en Pórtugos era muy agradable, pero no se atrevió a indagar más.

—Tal vez deberías tomarte unos días de vacaciones, si no tienes demasiado trabajo en este momento.

—No lo tengo, en verano afloja la actividad. El problema es que no me apetece ir solo a ningún sitio.

¿Era una invitación? Esperaba que no, porque los sentimientos que tenía por él no pasaban de la amistad. Como amiga podría acompañarle a cualquier sitio, pero temía que él esperase otra cosa.

—Quizás tu hermana… o algún amigo…

Julián negó con la cabeza.

—No es eso lo que quiero… Tal vez más adelante las cosas cambien.

—Estás pensando en alguien concreto —aventuró con temor.

—Quizá. Pero no me apetece hablar de ello. Comamos, que hoy tengo que irme pronto. No puedo ni tomarme el café.

Estaba serio y poco comunicativo, muy diferente del hombre simpático y extrovertido que solía ser. ¿Y si no era verdad que tenía prisa? ¿Y si lo que quería era marcharse porque estaba molesto con ella porque almorzaría en casa de Héctor al día siguiente? ¿Se había corrido por el pueblo la voz de que un par de veces se había tomado una cerveza con el médico en el mesón y estaba celoso? ¿Era él quien le enviaba las flores y los mensajes?

Terminaron de comer y lo vio marcharse sin casi despedirse. La congoja la abrumó. No quería hacerle daño, lo apreciaba demasiado, pero no podía evitar que sus sentimientos por Julián fueran solo amistosos.

***

El sábado Natalia se levantó temprano para preparar un postre especial, un bizcocho relleno y recubierto de chocolate, receta que

encontró en una página de cocina de Internet.

A media mañana el postre reposaba en la encimera, enfriándose, y tuvo que hacer un esfuerzo para no presentarse en casa de Héctor tan temprano. No tenía nada más que hacer y la idea de sentarse a esperar que fuera la hora del almuerzo no la seducía. No obstante, se sentó en el patio, bajo una sombrilla que había colocado para protegerlo un poco de los rayos del sol, y trató de leer un rato.

No lo consiguió. Se sentía impaciente después de la conversación mantenida con Héctor dos noches antes, de las confidencias que habían compartido sobre sus respectivos matrimonios y su forma de superar la ruptura que, aunque diferentes, no dejaban de suponer una pérdida para ambos.

Se preguntaba a menudo qué tipo de relación había tenido él con Silvia, si había sido apasionada o tranquila. Era un hombre reposado, de los que infundían calma más que lujuria, pero que derretían el corazón cuando miraban. De los que te hacían sentir bien con un abrazo, pero no dudaba de que también sería apasionado en la cama. Cuando sus ojos miraban con intensidad parecían prometer muchas cosas.

Al fin, a las doce no aguantó más, cansada de elucubrar sobre el hombre que la había invitado a un almuerzo en familia, se vistió con ropa cómoda, vaqueros y camiseta de manga corta y, tras coger la tarta, se dirigió a casa de Héctor.

Rubén acudió a abrir junto con su padre y se le echó a los brazos.

—¡Natalia!

—Hola, cariño. Ten cuidado, no vayamos a estrujar el postre. Es de chocolate —informó rodeándolo con un brazo y levantando el otro para poner la tarta a buen recaudo.

Héctor acudió en su ayuda, cogiéndola.

—Me gusta mucho que vengas hoy a comer con nosotros —afirmó el niño, cuando al fin pudo abrazarlo.

—Y a mí también.

—Estamos haciendo arroz.

—«Pasalla» —dijo Juanma acercándose también y reclamando atención—. Yo me como el arroz y vosotros la «pasalla».

—Es paella, no *pasalla* —corrigió su hermano.

—Y te lo comes todo —advirtió su padre—. O no hay postre.

—Vaaale.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó mirando a Héctor, que la contemplaba de forma diferente a como solía. O eso le pareció. Después de las confidencias de la última vez que se vieron algo había cambiado entre ellos, algo al margen de los niños, una complicidad que los hacía entenderse solo con que se miraran.

—Está todo controlado. Solo queda añadir el arroz cuando vayamos a comer. ¿Te apetece tomar algo mientras esperamos? Tengo cerveza y vino.

—¡Yo vino! —afirmó Juanma muy serio.

—¡Tú, agua! —rio su padre—. El alcohol es para los mayores. Un refresco a la hora de comer y solo porque es sábado. Los sábados son especiales, toman refresco en el almuerzo y pizza por la noche —explicó dirigiéndose a ella—. Es el día familiar y se permiten algunos caprichos culinarios.

—Yo me sumo a las costumbres. Tomaré un poco de agua ahora y dejaremos el alcohol para el almuerzo.

—Ven a jugar, Natalia —la invitó Rubén.

—¡Voy! ¿A qué jugamos?

—¡Al futbol! Hacemos dos equipos, tú conmigo y papá con Juanma.

—Yo también quiero con Natalia —protestó su hermano.

—Vuestro padre lo hará mejor que yo, porque no sé jugar.

—Lo echamos a suertes —terció Héctor. Cogió un cacahuete de un cuenco y escondió ambas manos a la espalda. Luego las extendió delante de sus hijos—. El que acierte dónde está juega con Natalia, eso suponiendo que a ella le apetezca jugar al fútbol —inquirió con la mirada.

Afirmó sonriendo y poco después se emparejaba con Rubén en el patio, donde unas anotaciones con tiza marcaban las porterías. El recinto tenía un toldo extensible que lo cubría casi por entero y proyectaba sombra sobre las cabezas de los jugadores. A pesar de eso, pronto empezaron a sudar. Los adultos se limitaban a pasar el balón, pero los pequeños jugaban como si les fuera la vida en ello. Hubo un momento en que Juanma se interpuso delante de Natalia y la hizo perder el equilibrio, pero su padre actuó rápido y la rodeó con los brazos para evitar que cayera. Fue un momento intenso, la cercanía

del cuerpo masculino le provocó reacciones físicas que había dejado de sentir hacía mucho tiempo.

—¿Estás bien? —le preguntó mirándola a los ojos, sosteniéndola aún.

—Sí. Solo ha sido un tropiezo. Por suerte tú has evitado que cayera.

—Ha sido un acto reflejo —respondió, soltándola al fin, y se sintió como desnuda sin la protección de sus brazos, a pesar de que esta solo había durado un par de minutos.

—Juanma, ten cuidado, casi tiras a Natalia al suelo —recriminó Héctor a su hijo.

—Lo siento, Natalia, no quería hacerte daño —se disculpó el pequeño—, pero se me escapaba el balón.

—No te preocupes, por suerte papá ha estado rápido para rescatarme.

Al pronunciar la palabra papá solo pretendía aludir al hombre por la forma en que lo llamaban sus hijos, pero la palabra sonó cálida e íntima en sus oídos. Él la miró como si le hubiera gustado que lo llamara así. Respiró hondo y dio una patada al balón para retomar el juego, que se prolongó durante un rato más.

Después, Héctor puso fin al ejercicio.

—Ya está bien por hoy, hace mucho calor. Refrescaos un poco que yo voy a preparar el arroz. Ve tú también, Natalia; ya sabes dónde está el baño. Dadle una toalla limpia, chicos, para que pueda secarse. Es el baño de los niños, pero si prefieres usar el mío, está dentro de mi dormitorio.

—El de los niños es perfecto.

Entró con los pequeños en el baño que utilizaba cuando pasaba las tardes con ellos. Rubén sacó una toalla del armario que había bajo el lavabo y los tres se enjuagaron caras y brazos. Después se reunieron con su padre, que presentaba el pelo húmedo y que, con toda seguridad, había hecho lo mismo en su habitación. Sin mediar palabra él sacó una cerveza del frigorífico y se la tendió.

—Ahora seguro que te apetece.

—Ahora sí.

—¿Nosotros refresco? —preguntó Juanma con cara inocente.

—De acuerdo —concedió su padre riendo—, pero luego comemos

todos con agua.

Mientras se terminaba de cocinar la paella, los niños se sentaron en el sofá y Natalia siguió a Héctor a la cocina.

—Voy a preparar una ensalada.

—Te ayudo.

Mientras cortaban lechuga y tomates observó que tenía pericia en los fogones. La paella olía de maravilla.

—Se te da bien esto, ¿eh?

—En casa siempre he cocinado yo —admitió—. Me gusta y me relaja.

También él se había abierto una cerveza, que tomaba a pequeños sorbos mientras terminaba de organizar el almuerzo. Natalia veía el movimiento de su garganta mientras tragaba y algo se agitaba en su interior. Por un momento se sintió más acalorada que cuando, poco antes, jugaban en el patio. Bebió a su vez, temerosa de que él descubriera lo que le estaba pasando. Llevaba mucho tiempo sin estar con un hombre —debía tratarse de eso— y Héctor era muy atractivo. Al principio había pensado que era el menos guapo de los tres, pero a medida que lo conocía, iba cambiando de opinión. Su cuerpo ancho y sólido no tenía la musculatura del de Roberto, ni su cara los rasgos sexis de la de Julián, pero sus ojos verdes la fascinaban, y la forma en que la miraba a veces le provocaba sensaciones que ninguno de los otros despertaba en ella. Debía tener cuidado, no involucrarse demasiado con él, limitarse a verlo como el padre de sus alumnos y no como el hombre encantador que era.

—Voy a ver si los niños están listos para comer —dijo para salir de la cocina, antes de que Héctor se percatara de sus impropios pensamientos.

—Diles que pongan la mesa. Es tarea suya.

—De acuerdo.

Se sentaron a comer en las mismas posiciones en que merendaron la primera tarde que acudió a la casa. Héctor frente a ella, y los niños cada uno a un lado, pero algo había cambiado desde entonces. Los pequeños tenían más confianza, sobre todo Rubén, la trataban como un miembro más de la pequeña familia que formaban, y la mirada de Héctor era más brillante, más líquida y transparente cuando la posaba en ella. Y no sabía qué sentía, pero se encontraba muy feliz sentada a

aquella mesa, comiendo «pasalla».

Tras el almuerzo, se sentó en el sofá a ver una película infantil, con un niño a cada lado y Héctor acomodado en un sillón aparte. Apenas llevaba media hora la película cuando Juanma le pidió:

—Papi, ¿me coges en brazos?

Sin responder, se levantó y se sentó en el sofá, con su hijo en brazos. Muy cerca, tanto que sus cuerpos casi se rozaban. Había mucha intimidad en aquella escena, en aquel sofá a pesar de que no se tocaran. En algún momento llegó a imaginar que levantaría el brazo y lo dejaría caer sobre su hombro, pero era solo una sensación, porque ninguno de sus movimientos indicaba que tuviera la intención de hacerlo. Tal vez se tratara de su imaginación, desbordada desde que la había abrazado aquella mañana, o tal vez fuera un oscuro deseo de su mente solitaria.

La película terminó y los niños se levantaron, llenos de energía.

—¡Vamos a jugar!

—A algo tranquilo, chicos. Nada de fútbol otra vez —advirtió su padre.

—A un juego de mesa.

Eran las cinco de la tarde, Natalia llevaba en aquella casa muchas horas y sentía que debía irse y dejar que los tres disfrutaran unos de otros, de su día en familia, pero le costaba hacerlo. Quería quedarse un rato más. Jugar al juego de mesa con ellos, sentirse un miembro más.

—Yo debería irme ya —sugirió, esperando que trataran de convencerla para que se quedase.

—¿Ya? No hemos merendado… todavía queda tarta de chocolate. ¿Te la vas a llevar? —preguntó Juanma alicaído.

—Claro que no, es para vosotros.

—¡Quédate un poquito más, Natalia! —suplicó Rubén.

—Sé que no tengo tanto poder de convicción como ellos, pero a mí también me gustaría que te quedaras un rato más… aunque si tienes otro compromiso… —Héctor se sumó a la petición de sus hijos, y se dijo que no podía decepcionarlos a los tres.

—De acuerdo. Vamos a jugar a algo y luego merendamos —aceptó —. Me quedo hasta entonces.

—¡Biennn!

Se sentó a la mesa y participó en un juego de adivinar una palabra mediante dibujos, el Pictionary. Los niños reían porque siempre había sido negada para expresarse de forma gráfica, y mientras las carcajadas iluminaban las caritas infantiles se dijo que estaba viviendo uno de los días más felices de su vida.

Se despidió de ellos antes de la cena, rehusando la invitación a pizza. Si se quedaba a cenar querría quedarse después otro rato y temía verse de nuevo a solas con Héctor. Era mejor mantener el contacto con los niños delante, porque los ojos verdes del hombre le provocaban reacciones a las que no deseaba poner nombre. Y los brazos que por un momento la habían sostenido en el patio mientras jugaban al futbol, también.

Capítulo 20

Los días de clase de las dos semanas siguientes fueron un alivio para los agitados sentimientos de Natalia. Volver a la rutina de ver a los niños como alumnos, y a Héctor solo como el padre que se marchaba a trabajar y regresaba para que ella volviese a su casa, hizo que consiguiera olvidar el efecto que sus brazos alrededor de su cuerpo le habían causado.

Una tarde en que los pequeños se encontraban más inquietos de lo normal los había llevado de paseo, pero lo disfrazó de lección enseñándoles vocabulario en inglés de material urbano, calles, plazas y todo lo que encontraron por el trayecto y que los pequeños preguntaron. Estaba convencida de que la mayor parte la olvidarían al regresar, que al día siguiente solo tendrían un batiburrillo de palabras en su cabeza imposible de asimilar, pero logró el propósito de calmarlos. También consiguió que aquello fuera para ella una clase más en lugar de un paseo con dos críos encantadores.

Al regresar a casa, Héctor ya se encontraba en la misma y los recibió con su habitual sonrisa. Se apresuró a despedirse mientras los niños le explicaban entusiasmados a su padre que habían aprendido a andar por la calle en inglés.

Se marchó a casa convencida de que lo tenía todo controlado, que lo sucedido dos sábados atrás durante la comida había sido algo puntual y sin importancia, debido a un contacto físico que hacía mucho que no tenía y al cariño que empezaba a sentir por sus pequeños alumnos. Eso ya le había ocurrido antes en la academia, encariñarse con algún alumno no era nuevo para ella. Podía gestionarlo.

Cuando el viernes recibió una llamada de Héctor a mediodía para invitarla a una cerveza después de la consulta, lo pensó un momento antes de aceptar. Pero solo un momento. Se dijo que ya había quedado con él a solas otras veces y no había sentido nada que no pudiera catalogar como amistad. Además, le apetecía mucho tomar algo fresco, y no tenía bebidas en casa.

Se cambió la ropa, con la que había cocinado la menestra con pollo que almorzarían aquel día, por un vestido ligero y se reunió con el médico en el mesón. Él ya esperaba en la que se había convertido en su mesa habitual, y cuando la vio aparecer la recorrió con la mirada de arriba abajo. Con una mirada de hombre que la complació y que desapareció tan rápido que llegó a dudar de que hubiera existido.

—Hola, Natalia. ¿Te pido lo de siempre? —preguntó haciendo además de levantarse.

—Hoy invito yo —afirmó decidida, frenando su movimiento con un gesto.

—Como quieras, aunque he sido yo quien te ha llamado —aceptó sentándose de nuevo.

Entró en el restaurante y notó en su espalda la mirada masculina como un cosquilleo. Sabía que aquel vestido le hacía un cuerpo bonito, una vez que había recuperado algunos kilos de los que perdiera con la enfermedad. Pero no se lo había puesto para eso, no pretendía impresionar a Héctor, sino porque era fresco y aquel día hacia calor, se dijo.

Regresó con las bebidas y se sentó, como siempre, frente al hombre, que tomó un largo trago con evidente satisfacción.

—Hoy me hacía falta algo así —dijo depositando la jarra sobre la mesa—; ha sido una mañana dura.

—¿Y eso? ¿Qué te ha pasado?

—He tenido que dar una mala noticia. La peor que puede dar un médico.

—Lo lamento.

—Va implícito con la profesión, pero no me acostumbro a que se me vayan los pacientes, por muy mayores y ley de vida que sea. Se trata de un hombre de noventa años que tiene un deterioro cardíaco y pulmonar severo e irreversible. No durará más de un par de meses. He gestionado que le instalen oxígeno en casa porque no quiere ingresar

en el hospital, y acudiré a visitarlo cada día. Lo sedaré y lo acompañaré en el final. Es lo máximo que puedo hacer por él.

—Seguro que te lo agradecerá.

—Es paciente mío desde que volví al pueblo y lo aprecio. Mis enfermos son un poco mi familia. Pero no te he invitado solo para que me levantes el ánimo, ya estoy habituado a gestionar las pérdidas, sobre todo si son ancianos que han vivido muchos años.

—¿Para qué entonces?

—Mañana los chicos quieren ir al Parque de las Ciencias en Granada y nos gustaría que vinieras con nosotros.

Al escuchar la propuesta todo su cuerpo se agitó con sentimientos encontrados. Respiró hondo.

—¿De quién ha sido la idea?

Él se encogió de hombros.

—De los tres —respondió sin comprometerse—. Pero como no sé si te apetece o si tienes otros planes, he preferido preguntártelo sin que ellos estén delante.

Quería ir. La perspectiva de hacer algo diferente le entusiasmó, pero a su mente acudió el recuerdo del almuerzo y de los brazos de Héctor sosteniéndola por un instante.

—Veo que no te atrae la idea —comentó él—. No te sientas obligada, ellos no saben que te lo he preguntado.

—No es eso.

—Tienes otros planes.

Los ojos verdes ahondaron en los suyos, tratando de adivinar sus motivos, y los evitó para que no leyera la verdadera razón de sus dudas.

—Tampoco.

—Entiendo… abusamos de ti y de tu tiempo. Lo siento. Es que los niños lo pasan tan bien contigo… Están entusiasmados con la salida del otro día para practicar inglés por el pueblo. Y a mí también me gusta mucho incluirte en nuestros planes —aseguró—. Pero no pasa nada, comprendo que estamos siendo muy pesados y que tienes tu vida y nosotros…

—Quiero ir —decidió, haciendo más caso a su deseo que a la razón—. Me apetece mucho acompañaros. Si he dudado un momento es porque no esperaba una invitación de esta índole. Hace mucho tiempo

que no hago nada diferente, algo divertido. Y me halaga mucho que hayáis pensado en mí para que os acompañe.

Héctor la miró con intensidad, tratando de averiguar si decía la verdad o solo estaba aceptando por compromiso.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Te parecerá extraño, pero nunca he ido al Parque de las Ciencias, a pesar de tenerlo tan cerca.

—Es muy divertido, yo estuve hace años y sé que los niños se lo van a pasar genial. He esperado hasta ahora porque me preocupa un poco que se mareen con las curvas, pero ya son lo bastante mayores y he comprobado que no tienen problemas con la carretera. Pasaremos un día estupendo.

—Estoy segura.

—Ahora tengo que dejarte, ya sabes que no dispongo de mucho tiempo entre la consulta y la hora de recoger a los chicos.

—Nos vemos mañana. ¿A qué hora paso por tu casa?

—¿Te parece bien sobre las nueve? Hay un buen trecho de camino y mucho que ver allí dentro y, o no conozco a mis hijos o querrán verlo y hacerlo todo.

—Estaré a esa hora. Gracias por la invitación.

—Gracias a ti por aceptarla. Lleva ropa y calzado cómodo.

—Muy bien. Hasta mañana.

Se levantaron a la vez y lo vio alejarse en dirección al centro de verano. Se fijó en su cuerpo grande, en su andar apresurado debido a que había apurado al máximo el tiempo con ella, y en lo bien que le sentaban los vaqueros. Su mente traicionera le advirtió que no debería haber aceptado, que otro día en familia no era buena idea si quería mantener a raya la atracción que sentía por aquel hombre, pero había sido incapaz de rehusar. Deseaba demasiado la excursión, hacer algo divertido y pasar más tiempo con ellos. Con los niños y también con su padre, no debía engañarse al respecto. Trataría de no separarse de los pequeños, y evitaría quedarse a solas con Héctor. Si había conseguido dar marcha atrás después del almuerzo en su casa, podría hacerlo de nuevo, por muy bien que se lo pasara en el Parque de las Ciencias. Y con suerte, habría mucha gente alrededor.

Cuando llegó a su vivienda y mientras abría la puerta pensó que hacía bastante que no recibía un ramito y un mensaje de su

admirador. Se preguntó si el extraño comportamiento de Julián tenía algo que ver.

Este llegó a almorzar antes de lo que solía, no le dio tiempo a cambiarse de ropa después de su encuentro con Héctor. La miró un poco sorprendido de su aspecto.

—¡Qué guapa! ¿Vas a algún sitio? Puedo comer en casa —ofreció.

—Vengo. He ido a tomar una cerveza con Héctor. Tenía que consultarme algo sobre los niños —se excusó. Sabía que en el pueblo pronto se correría la voz de que el médico y ella, en ocasiones, se veían en el mesón a mediodía y empezarían a circular rumores que le importaban bien poco. Como también los había sobre sus almuerzos con su vecino—. Me ha pedido que los acompañe mañana a Granada, al Parque de las Ciencias.

—¿Y vas a ir? —preguntó Julián mientras empezaba a comer.

—Sí, he aceptado. Necesito un poco de diversión y me lo paso muy bien con los niños.

La mirada que le dedicó su vecino era enigmática, y concentró su atención en el plato.

—Por supuesto te dejaré la comida preparada.

—No te molestes. Iré a almorzar fuera. Incluso es posible que pase el día lejos de Pórtugos yo también.

—No es molestia. Lo haré.

—Como quieras, pero de verdad que no es necesario.

—Julián —preguntó al ver que de nuevo él respondía con frases cortas y poco comprometedoras—, ¿te pasa algo conmigo?

Él clavó en ella su mirada oscura.

—¡Claro que no! ¿Por qué piensas eso?

—Porque desde hace un par de semanas te noto raro. Ensimismado, serio, preocupado.

—Tengo un dilema y debo tomar algunas decisiones, pero no es nada grave. Al menos nada que no pueda gestionar. A veces el pasado vuelve y te golpea en la cara y debes decidir si abrirle la puerta o seguir manteniéndola cerrada. No te preocupes, todo está bien. Tú disfruta mañana de tu excursión y no te preocupes por mí.

—Claro que me preocupo; soy tu amiga y eso es lo que hacen los amigos.

Él levantó los ojos del plato y la miró por un momento. Después

esbozó una leve sonrisa y apartó los ojos.

—Todo está bien —repitió.

—Espero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites, aunque sea simplemente hablar.

—Para esto no; debo decidirlo solo. Pero gracias.

—De nada.

Continuaron comiendo y Natalia trató de contener los pensamientos que le habían generado las palabras de su vecino y amigo. ¿Era ella ese pasado que le había golpeado en la cara? ¿Era él quien le mandaba los mensajes y había dejado de hacerlo porque intuía que solo sentía amistad? ¿Que era otro quien le alteraba el pulso cuando la miraba? ¿Entre las decisiones que debía tomar estaba la de dejar de comer con ella?

De repente había perdido el apetito. No quería hacerle daño, ni ser el motivo de la preocupación que veía en su mirada. Todo era demasiado complicado. Cuando decidió irse a Pórtugos durante una temporada pensaba encontrar paz y sosiego, no más tribulaciones de las que dejaba atrás. Sin embargo, no se arrepentía, se sentía viva y no solo en el sentido físico de la palabra. Solo esperaba no hacer daño a nadie con su regreso.

Julián comía en silencio, en un silencio poco habitual en él. Temía que sus palabras hubieran sacado a relucir la inquietud que lo aquejaba, que en vez de ayudarlo le había generado más preocupación.

Al final, el almuerzo finalizó. Su vecino había terminado el plato, pero no había alabado la comida como solía hacer. Después del postre, volvió a rehusar el café y la sobremesa que conllevaba.

Se levantó y, tras ayudarla a retirar los platos, se acercó a ella y alargó la mano para posarla en su brazo.

—No te preocupes por mí —aseguró una vez más—, estoy bien, y lo que me sucede no tiene que ver contigo. Nuestra amistad está a salvo. Seguiré dándote la lata en los almuerzos, decida lo que decida.

—Vale.

—Pásalo bien mañana en Granada.

—Gracias.

Se marchó dejándola un poco más tranquila, aunque no del todo. No lo estaría hasta saber el motivo de su preocupación. Pero si él

deseaba mantenerlo en secreto, estaba en su derecho.

Capítulo 21

Natalia llegó a casa de Héctor a la hora acordada. Encontró a los niños muy excitados por la perspectiva de un día de excursión, y a su padre intentando calmarlos. También ella lo estaba, se sentía como cuando era pequeña y tenía por delante un día excitante y divertido. De que se divertiría estaba segura, con los niños siempre se lo pasaba genial, y por lo que había visto en Internet sobre el lugar al que iban, los críos se lo tomarían como una aventura.

—Chicos, tenéis que desayunar antes de salir —indicaba Héctor colocando vasos y platos sobre la mesa.

—No tengo hambre. ¿No podemos irnos ya?

—Yo sí tengo hambre —afirmó dispuesta a ayudar—. ¿Puedo tomar un café antes de salir, Héctor? Si no como algo no tendré fuerzas para hacer todas las cosas chulas que nos esperan —advirtió mirando a los niños— y no quiero perderme nada.

—Tendrás que tomarte una tostada también, hay mucho que ver —alentó el hombre—, y cuanto antes terminemos antes podremos salir.

Se sentó a la mesa con ellos. Héctor sirvió dos cafés, además de la leche con cacao para sus hijos, y un plato con tostadas.

—¡Qué buena pinta tiene todo! Vamos a tener mucha fuerza todo el día.

Los niños empezaron a comer y, poco después, subían al coche para comenzar la excursión. Como si fuera el lugar más apropiado, se sentó en el asiento del copiloto, después de que los pequeños se acomodaran en las sillas especiales del asiento trasero.

El vehículo se puso en marcha y una euforia que hacía mucho tiempo que no sentía se apoderó de ella. No le extrañaba que los críos

estuvieran tan excitados, ella también lo estaba, y no por los experimentos que pudiera realizar ni por lo que fuera a ver en el parque temático, sino por poder compartirlo con ellos. Con los tres.

Mientras recorrían los kilómetros que los separaban de la ciudad por las estrechas carreteras, Héctor conducía con extrema prudencia, limitando la velocidad y tomando las curvas con cuidado y no podía dejar de observar sus manos, que aferraban el volante con firmeza, mientras se preguntaba si el hecho de que ella los acompañara en el coche le traía recuerdos de su mujer, de otras excursiones en familia. Sin embargo, no parecía tenso ni apenado, sino sereno, y una sonrisa satisfecha afloraba a su boca.

Al invitarla le dijo que había sido idea de los tres, pero no estaba segura de que los niños se hubieran empeñado y no hubiera querido contradecirlos. Quería que él también deseara su presencia, y no solo para que disfrutara de un día familiar.

Como si leyera sus pensamientos, le susurró bajito:

—Gracias por venir.

—No me las des… presiento que me voy a divertir mucho.

—También será duro. ¿Has estado alguna vez en el Parque?

—No.

—Yo sí, hace años. Es bastante extenso y mis hijos, inagotables, y ya te advierto que es probable que quieran hacer cosas diferentes, con lo que deberemos actuar como jueces.

—O acompañarlos por separado.

—¿Estás dispuesta a eso?

—Hoy estoy dispuesta a cualquier cosa. ¿Me creerías si te dijera que estoy tan ilusionada como ellos?

—Claro que lo creería, porque a mí me sucede lo mismo.

—Pero tú ya lo has visto.

—No como hoy. Hoy es un día especial también para mí.

La voz se suavizó y Natalia tuvo la certeza de que si Héctor pudiera desviar la vista de la carretera la miraría con intensidad. Una extraña sensación que ya tenía olvidada agitó mariposas por todo su cuerpo. Respiró hondo y trató de pensar algo que decir para no parecer una tonta impresionada por sus palabras. Juanma salvó el momento.

—¿Falta mucho, papá?

—Un ratito. Debéis tener paciencia.

—No me gusta ir en el coche, me aburro.

—Pero algunas veces es necesario para hacer cosas divertidas. Ya os advertí de que Granada estaba lejos.

—¿Queréis que os cuente una historia mientras llegamos? —propuso Natalia tanto para calmar la impaciencia de los pequeños como para aliviar la sensación de intimidad que le estaba produciendo ir en el coche al lado de Héctor.

—¡Síííí, síííí! —exclamó Juanma.

—Pero no un cuento de princesas —advirtió su hermano.

—Claro que no. Una historia de aventuras… ¿Habéis oído alguna vez hablar de Simbad?

—No.

—Pues entonces, escuchad atentos. Porque mañana querré que me hagáis un dibujo con lo que más os guste de la historia. Había una vez…

Durante un rato narró la historia que la había fascinado de niña, tirando de recuerdos en unas ocasiones y de invención en otras, adaptando el cuento a lo que sabía que les gustaría a sus oyentes, que guardaban silencio embelesados. No había terminado las aventuras del marino cuando llegaron al Parque.

—El resto de la historia la dejamos para otro momento, ¿de acuerdo? —propuso—. Ahora vamos a divertirnos.

Bajaron del coche y, una vez dentro los niños, entusiasmados, quisieron probarlo todo. Durante horas fueron de un elemento a otro, incansables, haciendo participar a los mayores de sus actividades.

Fue una jornada intensa, les costó arrancar a los críos de los juegos y las visitas para almorzar, y solo lo consiguieron con la promesa de continuar por la tarde. Retomaron la actividad con la energía que los caracterizaba.

—¿Estás cansada? —le preguntó Héctor en una breve pausa para tomar un refresco—. Si lo estás nos marchamos.

—¿Y privarles de su diversión? Ni hablar. Si ellos aguantan, yo también.

—Seguro que se te están quitando las ganas de ser madre —repuso él en tono de broma.

—Todo lo contrario. No sé qué haré en el futuro, si me plantearé

adoptar o no; mientras, disfrutaré de tus hijos, si me lo permites.

—Te los cedo encantado —dijo alzando las manos—. Confieso que yo estoy molido a estas horas.

—Son incansables. No sé cómo aguantan.

—Por la adrenalina. Espera a que salgamos del parque, se derrumbarán en cuestión de minutos.

Aguantaron hasta la hora de cierre, y Héctor insistió en hacer una merienda fuerte antes de meterse en el coche. Después, ya con las energías de los pequeños en declive, sacó del maletero una mochila en la que había guardado unos pijamas infantiles y los cambió de ropa.

—Se van a quedar dormidos en cuanto comencemos a circular —aseguró.

—Nooo. Natalia tiene que terminar de contarnos la historia de Simbad —pidió Rubén.

—Natalia está cansada. Seguirá otro día —le recriminó su padre—. Ya hemos abusado bastante de ella por hoy.

—¿Por qué no os entretenéis pensando en el dibujo que vais a hacer de lo que os conté esta mañana?

—Vale.

Héctor estaba en lo cierto. Apenas iniciaron el camino, y tras una breve charla sobre dibujar barcos, sirenas o gigantes, sus voces se apagaron hasta quedarse en silencio. Miró hacia atrás y comprobó que estaban dormidos, acomodados en las sillas especiales, y una oleada de ternura la embargó.

El camino de regreso se le hizo espantosamente corto. A pesar de que se sentía cansada no quería que aquel día maravilloso se terminara. Estaba agotada no solo física sino también emocionalmente. Había ocupado de nuevo el asiento junto al conductor, y sin el parloteo incesante de los niños, una sensación de intimidad se instaló en el reducido espacio del coche. Había sido un día especial para todos, para ella también, y no solo porque había podido ejercer de madre durante unas horas, sino también porque se había sentido feliz, muy feliz en todos los aspectos. El hombre que se sentaba a su lado en el asiento del conductor no había sido para ella solo el padre de Juanma y Rubén sino alguien que le gustaba más de lo que quería admitir. Y de una forma en que no deseaba que le gustara nadie más.

A medida que los kilómetros les acercaban cada vez más a Pórtugos hubiera querido detener el tiempo para no llegar aún, para que aquel día inolvidable no terminara, porque lo que sentía era tan especial que tendría que tomar medidas para no dejarse llevar hasta un punto sin retorno. Pero en aquel momento no deseaba tomar decisiones, solo permanecer en la oscuridad devorando kilómetros, sintiendo la presencia de Héctor a su lado, intensa y reconfortante. Excitante y perturbadora.

Supo que era mutuo porque, aunque él no apartaba la mirada del asfalto, su respiración se hizo más profunda, como si intentara calmar una agitación interior que lo estuviera alterando. El recinto del vehículo estaba cargado de electricidad y los dos eran conscientes de ello.

—Ya están dormidos —dijo recalcando lo evidente, solo para romper el silencio denso que flotaban a su alrededor.

—Siempre lo hacen cuando suben al coche después de un día agitado —aseguró Héctor—, y hoy debían sentirse agotados. Por eso insistí en que merendaran fuerte y en ponerles el pijama antes de regresar. Cuando lleguemos a casa irán directos a la cama. —Tras un breve silencio, él continuó—. Imagino que tú también estarás cansada.

—Un poco, pero al igual que ellos, aún corre por mi cuerpo un rastro de adrenalina.

—¿Te lo has pasado tan bien como pensabas?

—No —negó en voz baja para no despertar a los durmientes. Aunque eso aliviaría la tensión reinante en el coche, no deseaba ponerle fin—. Mucho mejor. Ha sido un día increíble. Los niños y… —iba a decir «tú», pero lo pensó mejor antes de hacerlo. Las palabras, como las balas, no se podían retirar una vez lanzadas y cualquier cosa que dijera aquella noche podría traer consecuencias irreversibles para Héctor y para ella— las actividades, todo ha contribuido a hacer de hoy un día inolvidable.

—También para mí lo ha sido.

La voz le había salido un poco ronca, acariciadora; lo miró y no pudo divisar sus facciones porque la noche había caído y la oscuridad en el coche lo impedía, pero lo conocía lo suficiente para saber que, si la mirase, sus ojos parecerían transparentes, indicio de una intensa emoción.

No respondió, no hacía falta. Guardó silencio el resto del camino, la mirada fija en los haces de luz que iluminaban el camino en la peor zona de curvas del trayecto. No quería distraerlo ni tampoco propiciar que la tensión que los envolvía aumentara, ya a pocos kilómetros de Pórtugos. Debía calmarse, debían hacerlo los dos.

Entraron en el pueblo y un sentimiento encontrado se apoderó de ella. Pesar porque el recorrido finalizara y a la vez alivio de que la tensión reinante terminara de una vez.

Sin pronunciar palabra Héctor bajó del coche y abrió la puerta de su casa. Después se dirigió de nuevo al vehículo para sacar a sus hijos. Natalia descendió a su vez y abrió la portezuela trasera.

—Lleva tú a Rubén, yo me ocupo de Juanma —dijo.

Cogió al pequeño en brazos, que se acomodó contra su pecho y le echó los brazos al cuello. No pudo evitar rozar con sus labios la sien del pequeño, y entró en la vivienda, seguida por Héctor que cargaba con Rubén.

Una vez en el dormitorio de los niños, él destapó una de las camas con pericia, sin soltar su preciada carga, y después acostó a su hijo. A continuación, hizo lo propio con la otra para que Natalia pudiera dejar a Juanma.

Ver a los chiquillos plácidamente dormidos le empañó los ojos de emoción. Se encontraba en extremo sensible. Le hubiera gustado darles un beso de buenas noches, pero no quiso despertarles. Héctor le apoyó con suavidad la mano en el brazo y le indicó con la cabeza que salieran. Después, ya fuera de la habitación, lo miró a los ojos y murmuró:

—Quiero mucho a tus hijos.

—Lo sé. Y ellos a ti. Todos te queremos…

Los ojos se le habían vuelto transparentes, la voz ronca. La mano que rozaba su brazo seguía ahí, cálida y reconfortante. Un suspiro ahogado salió de su garganta, y no supo cómo, pero sus bocas se buscaron y se encontraron, de pie en medio del corredor que llevaba al salón y también al dormitorio de Héctor.

El beso fue tierno, tímido por ambas partes, e inseguro. Cauteloso. Los labios masculinos acariciaban los suyos antes de profundizar en su boca, como si le estuviera dando tiempo para arrepentirse o invitarlo a seguir. Mandó la prudencia al diablo e hizo lo segundo. Entreabrió la

boca y le rodeó el cuello con las manos. Los fuertes brazos del hombre le rodearon la espalda y la acercaron a su cuerpo, firme y sólido, como todo él.

Dejó de pensar y se limitó a sentir. Sensaciones ya olvidadas se apoderaron de ella sacudiéndola de pies a cabeza, pidiéndole más, reclamándole todo lo que no había tenido en mucho tiempo.

Cuando el beso finalizó, Héctor se separó y, con expresión anhelante, la miró a los ojos.

—Dime que no quieres que te lleve a casa… —suplicó.

Incapaz de hablar, se limitó a negar con la cabeza y se alzó para besarlo de nuevo. Esta vez el beso fue más intenso, los dos sabían lo que querían y se entregaron a la caricia sin titubeos. Después se contemplaron uno al otro, como si se vieran por primera vez.

—Voy a cerrar el coche y la puerta… —susurró Héctor, temeroso —. No te arrepientas, por favor.

—No lo haré— afirmó convencida. Nada ni nadie la arrancaría de aquella casa y de aquellos brazos esa noche.

—Ese es mi dormitorio, dentro hay un baño por si quieres darte una ducha o algo…

Lo vio salir de la vivienda y entró en la única habitación que no conocía de la misma. Era como él, sólida y sencilla. No había rastro del paso de ninguna mujer en ella, ni fotos ni nada femenino, y se alegró. No quería competir con Silvia, del mismo modo que él no lo haría con Lorenzo. Aquella noche el pasado quedaría atrás, lo mismo que el futuro. Solo contaba el presente.

Héctor regresó en pocos minutos, y la sorprendió observando la estancia. La rodeó con los brazos desde atrás y hundió los labios en su cuello, rozándolo apenas, pero haciéndola estremecer con el contacto. Sin palabras se giró y enfrentó los ojos verdes y transparentes, que la miraban con pasión. En silencio comenzaron a desnudarse, los pantalones y las camisetas de ambos cayeron sobre la banqueta que había a los pies de la cama, pero detuvo su mano cuando él fue a desabrochar el sujetador.

—Preferiría dejármelo puesto… —susurró.

—Pero yo no. — Negó él con firmeza—. Sé que no tienes los dos senos iguales, y me da lo mismo, como si te falta uno o tienes el torso lleno de cicatrices. Me gustará lo que vea, porque lo que siento por ti

va más allá del físico.

—No hablemos de sentimientos, por favor. Hoy no.

—De acuerdo —murmuró, pero sus manos desabrocharon el sujetador y la contemplaron como si tuviera los pechos más bellos del mundo. Y se inclinó a besarlos, primero uno y después el otro, con idéntica devoción. Sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla, mojando el pelo castaño del hombre que se inclinaba ante ella acariciando sus pechos.

Ahogó un gemido de placer y restañó la lágrima con el dorso de la mano, para que él no se percatara. Héctor la levantó en brazos y la llevó hasta la cama, tendiéndose a su lado y librándolos a ambos de la poca ropa que les quedaba.

Y comenzó una de las noches de amor más bonitas que Natalia había vivido nunca. No fue una noche pasional, ni cargada de sexo frenético, sino llena de sentimientos. Caricias lentas, besos intensos y profundos, miradas anhelantes y gemidos suaves llenaron la habitación. No tenían prisa por llegar al final, solo deseaban recrearse en el cuerpo del otro, delinearlo con las manos y con los labios, para arrancar gemidos de placer y suspiros entrecortados. Al fin, Héctor abrió la mesilla de noche, sacó un preservativo y mientras se lo ponía le musitó:

—No he estado con nadie después de Silvia, pero quiero que te sientas segura conmigo.

—Yo tampoco, y como mi médico sabes que estoy sana y no me puedo quedar embarazada, pero está bien así. Es mejor usar el preservativo.

No por cuestión de salud ni de riesgo, sino porque el delgado anticonceptivo restaba algo de intimidad a una noche que se les estaba escapando de las manos a los dos.

Cuando la penetró, despacio, se sintió más unida a él de lo que había estado nunca con nadie, ni siquiera con Lorenzo. Con aquel todo era impulsividad y pasión. Con Héctor, por el contrario, eran todo sentimientos. Sentimientos que le brotaban de dentro, que se desbordaban con cada embestida, con cada roce que él producía en su interior.

El orgasmo, cuando al fin llegó, fue largo, intenso y devastador, además de simultáneo, como si hubieran estado sincronizados para

alcanzar el clímax a la vez. Los dejó a ambos exhaustos y temblorosos.

Natalia tuvo miedo de mirarlo a los ojos, porque sabía lo que iba a encontrar en ellos: amor. Una palabra para la que no sabía si estaba preparada. Lo abrazó y lo acercó hasta su pecho, buscando su boca de nuevo. No quería hablar, ni poner en palabras lo que ambos habían sentido aquella noche. Solo quería seguir refugiándose en aquellos brazos hasta el alba.

Héctor pareció entender, la abrazó a su vez y, girándose en la cama, la arrastró contra su costado y siguió besándola. Sin hablar. Dejando que su boca lo dijera todo con besos.

Capítulo 22

Natalia trató de mantener los ojos cerrados todo lo que pudo. No quería despertar, ni enfrentar la mañana que despuntaba por la ventana del dormitorio de Héctor. Le costaba poner fin a la noche que habían vivido, consciente de que cuando despertaran debían, al menos, hablar sobre ello.

No había sido una noche de sexo —ojalá hubiera sido solo eso—, los sentimientos habían aflorado sin control, desatados, por parte de los dos, pero no quería meterse en una relación amorosa cuando acababa de salir de otra que la había dejado destrozada. Por eso mantenía un simulacro de sueño, mientras trataba de pensar en cómo decírselo a Héctor sin herirlo. Aunque tal vez fuera ya muy tarde para eso: si daba marcha atrás después de lo sucedido, le haría daño.

En medio de su vigilia, lo sintió salir de la cama y de la habitación, probablemente al cuarto de baño, y regresar poco después. Pero no se metió en la cama de nuevo. Se acercó hasta ella, notaba su mirada y su cercanía, pero continuó fingiendo dormir; no sabía cómo enfrentarlo; aún no. Después su subconsciente notó de alguna forma que él ya no estaba en la estancia, que se había marchado otra vez. Probablemente hubiera adivinado que fingía dormir. Esperó por si regresaba, por si se metía de nuevo en la cama con ella un rato más, pero no lo hizo.

Intrigada por su extraño comportamiento y sintiéndose culpable, abrió al fin los ojos y el corazón se le paró por un segundo, saltándose un latido. Sobre la almohada, en el lugar que había ocupado la cabeza de Héctor, había un ramito de galán de noche y un papel doblado, similares a los que recibía en su casa. Desdobló la hoja con cuidado y

leyó, solo dos palabras, dos palabras que lo decían todo. Las dos palabras que más temía: Te quiero.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas mientras contemplaba la puerta de la habitación por la que él había salido. Comprendió que la había dejado para que hiciera su descubrimiento a solas. Aspiró el tenue aroma de la planta, apenas perceptible por la mañana, y tras coger el papel se levantó, se vistió y salió dispuesta a enfrentarse a la realidad que la aguardaba fuera de aquella cama, que había sido testigo de una noche mágica e inolvidable. Pero la magia había terminado con el alba y había que afrontarla. Encontró a Héctor en la cocina, vestido con un pantalón de chándal y una camiseta cubriendo el torso fuerte que había acariciado y besado solo unas horas antes, sentado ante una taza de café, esperándola.

—Eres tú —afirmó levantando el ramito con una mano y la nota con la otra.

—Sí, soy yo.

Se miraron por un momento, el ambiente cargado de tensión. Los ojos masculinos transparentes y llenos de expectación; los de ella, empañados por unas lágrimas que pugnaban por salir y que trataba de contener.

—¿Esperabas que fuera otra persona?

—No sabía quién podía ser… Al principio dudaba entre Roberto, Julián y tú. Luego, Roberto dejó de formar parte de la ecuación.

—¿Y preferirías que fuera Julián?

—No —confesó—. Deseaba que fueras tú.

Él esbozó una sonrisa que le llegó al alma. Los deseos de volver a besarlo fueron abrumadores, y el pánico se apoderó de ella. Si lo hacía, si caía de nuevo sería muy difícil —y muy cruel— dar marcha atrás. Lo sucedido debía quedarse en las sombras de la noche, sin rozar siquiera la luz del día.

—Tengo que irme a casa —musitó bajando los ojos y evitando la mirada que buscaba en la suya una respuesta, que no se encontraba capaz de dar.

—¿No te quedas a desayunar? —preguntó Héctor con la voz cargada de decepción.

—No quiero que los niños me vean aquí cuando se levanten.

—¿Por qué? Son muy pequeños para comprender lo que ha pasado;

estarán encantados con tu presencia.

—Precisamente por eso… Lo de esta noche… se nos ha ido de las manos.

—¿Te arrepientes? —Había dolor en su voz y en su mirada.

—Debería arrepentirme, pero no puedo —admitió conteniendo las ganas de borrar a besos la aflicción de sus ojos—. Necesito estar sola… aclararme. Asumir esto —dijo alzando el papel doblado con las dos palabras escritas.

—Tal vez me he precipitado al confesarte mis sentimientos, pero no podía seguir ocultándolos; no después de lo que ha sucedido. He vuelto a enamorarme de ti, por segunda vez, y necesitaba que lo supieras, porque en esta ocasión tú me correspondes. Al menos estás empezando a hacerlo; lo que hemos vivido va mucho más allá del sexo, y no trates de negarlo.

—No lo niego, por eso te digo que se nos ha ido de las manos.

Él se levantó y se aproximó hasta situarse muy cerca, tanto que pudo oler en su piel el aroma del sexo compartido horas antes, el de sus cuerpos enlazados, un olor que le resultaría difícil olvidar, que llevaría en la memoria para siempre. Él alargó una mano y le rozó la mejilla con el pulgar, restañando una lágrima que había logrado escapar de su control.

—¿Por qué lloras? —le preguntó con suavidad, con ternura.

—Porque no quiero haceros daño ni a ti ni a los niños… y estoy confusa, asustada… no sé si puedo o si quiero seguir con esto… Por eso es mejor que ahora me vaya a casa.

—Muy bien, vete a casa. No voy a presionarte, no te preocupes. —Se inclinó y la besó en el pelo. Sintió de nuevo el cuerpo de Héctor casi rozando el suyo, y las ganas de rodearlo con los brazos fueron arrolladoras. Se separó aterrada y susurró mientras se dirigía a la salida, llevando en una mano el ramito de galán de noche y en la otra el papel doblado—: Vendré el martes a las cinco para la clase de inglés. Hablaremos de esto cuando me sienta capaz de hacerlo. Mientras, dame tiempo.

—Te esperamos el martes. Por mi parte, tienes todo el tiempo que necesites. Jamás te forzaría a hacer algo que no desees; solo esperaré a que lo desees.

—Gracias.

Salió a la calle ya iluminada por los rayos del sol, que prometían un día cálido. Pero ella sentía el frío del miedo en su interior, como quien se halla ante un precipicio al que debe saltar, sabiendo que se destrozará en la caída, pero reacia a retroceder.

Llegó a su casa abatida. Dejó el ramito en el vaso, como hacía con los demás, y sacando de la caja en que los guardaba el resto de los mensajes, se sentó en la mecedora, para volver a leerlos, una y mil veces. Sabiendo ya quien los enviaba, todo cobraba más sentido. Las palabras calaban más hondo, y la tristeza por el daño que le había causado en el pasado era más demoledora. Entre las líneas escritas, retazos de la noche compartida acudían a su mente sin ser invitados, traidores, maravillosos y aterradores a la vez.

Pasó mucho rato sentada, incapaz de levantarse y hacer nada más que deslizar la mirada por las palabras de las notas, por las imágenes vividas, hasta que comprendió que debía levantarse, darse una ducha que terminara de borrar todo rastro de su noche de amor y acudir a casa de su hermano para almorzar, como hacía cada domingo.

El viernes le había dado a Julián comida para todo el fin de semana, por lo que no tendría que preocuparse por él. Sintió alivio al saber que no enviaba los mensajes, y no era ella la causante de su inquietud. Que, como amiga, podía interesarse por sus problemas, fueran cuales fueran.

Al salir observó que la casa de su vecino estaba cerrada a cal y canto, como si no estuviera en ella. Las persianas bajadas eran claro indicio de su ausencia, porque cuando se encontraba en la vivienda, la ventana de su estudio siempre permanecía abierta y dejando pasar la luz natural. A Julián no le gustaba trabajar con electricidad, a pesar del calor que pudiera entrar por la persiana levantada. Si esta se encontraba echada, era porque él no se hallaba en la vivienda. Se dijo que al día siguiente hablaría con él de sus preocupaciones, y le ofrecería la ayuda que pudiera necesitar.

Entró en casa de su hermano con cautela, temerosa de que la mirada sagaz de este descubriera en ella indicios de su noche con Héctor, como si la hubiera marcado con sus caricias, con sus besos. Se sentía diferente, como si llevara escrito en la cara lo sucedido y temerosa de que todo el que la viera pudiese adivinarlo. La larga ducha no había conseguido disipar las sensaciones, porque todas

estaban presentes en su cabeza: el olor de Héctor, su sabor, el tacto de su piel, todo seguía vívido en sus sentidos.

No le apetecía acudir a su almuerzo dominical, pero si ponía una excusa todos harían preguntas que no deseaba responder.

Fernando la recibió con su habitual abrazo de oso y un beso de bienvenida.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal la semana?

—Bien.

—Ayer estuviste de excursión, ¿eh? —preguntó siguiéndola hasta el salón.

—¿Cómo lo sabes? —respondió con otra pregunta, alarmada. ¿Qué más sabría? O adivinaría.

—¿Cómo lo voy a saber? Me lo dijo Héctor. Recuerda que somos amigos y nos vemos a menudo.

—Claro.

—¿Lo pasaste bien?

—Sí, fue muy interesante y los críos disfrutaron muchísimo.

—Héctor me propuso llevar también a Alicia, pero a mi hija no le gustan los experimentos ni las visitas culturales, estuvimos el año pasado y nos fuimos en seguida. Prefiere las princesas. Habrá que llevarla a Disneyland, lo que será más caro, me temo.

—Ahorraremos —aseguró Bea—. Yo también quiero ir.

Se imaginó a Juanma y a Rubén en el mundo mágico y supo que ellos también lo pasarían genial. Su cuñada la observaba con detenimiento y se sintió expuesta ante su mirada. Había logrado engañar a su hermano, pero no lo conseguiría con ella.

—Si puedo ahorrar lo suficiente, me apuntaré. —Se sumó a los planes solo para evadir los ojos sagaces de Bea.

—Serás bienvenida. Como también lo eres en la cocina. Necesito ayuda… ¿Te importa echarme una mano?

—Ya te ayudo yo —se ofreció Fernando—. Natalia tiene cara de cansada hoy. ¿No estarás enferma?

Negó con una sonrisa.

—Solo cansada. No te imaginas la energía que tienen los hijos de Héctor; no había forma de sacarlos del parque. Pero no tanto como para no ayudar a Bea en la cocina.

—¿Por qué no vas con Alicia a comprar pan? —sugirió esta—.

Queda poco y así tenemos para toda la semana.

—De acuerdo.

Fernando salió con su hija y ambas mujeres entraron en la cocina.

—¿Qué necesitas que haga? —preguntó Natalia, aunque estaba segura de que su cuñada no precisaba ninguna ayuda y solo pretendía hablar.

—Preguntarte por tu admirador. ¿Has recibido más mensajes?

—Uno más.

—¿Y te da alguna pista sobre su identidad?

—Ya sé quién es.

—¿Cómo lo has averiguado?

—La última nota la entregó en persona.

Un silbido de admiración salió de los labios de Bea y una sonrisa iluminó su rostro.

—¿Es quien deseabas que fuera?

Asintió.

—Me alegro.

—Tú siempre has sabido su identidad, ¿verdad?

—Lo imaginaba. ¿Héctor?

—Sí.

—Ha estado enamorado de ti desde siempre.

—Lo estuvo en el pasado, pero después se casó con Silvia.

—Y la quiso mucho también. Pero ahora ella no está y tú has vuelto. Era muy probable que volviera a enamorarse de ti. Desde que me dijiste lo de los mensajes supuse que se trataba de él. —Se giró y la miró con atención—. ¿Y tú?

—Yo… no lo sé. Me gusta, pero no quiero empezar una relación en este momento. Me siento bien. Feliz. He superado mi enfermedad y mi ruptura con Lorenzo, y no deseo enredarme de nuevo en asuntos amorosos.

—Algunas veces el amor va por libre y le importa un bledo lo que nosotros deseemos. No te encierres en ti misma por culpa del cabrón de tu exmarido. Todos los hombres no son iguales. Deja tu corazón libre para que decida, no te cierres ninguna puerta.

—Debo ser cautelosa, porque no solo le causaría daño a Héctor, sino también a los niños, y eso no lo voy a hacer. Ya han tenido una pérdida y no entraré en sus vidas más allá de ser la profesora de

inglés, porque no puedo garantizar que esto tenga un final feliz. No volveré a ir con ellos a ningún sitio, ni pasaré el día en familia. Lo de ayer se nos fue de las manos.

—Solo fuisteis al Parque de las Ciencias.

—He pasado la noche con Héctor —confesó.

—Entiendo. ¿Y?

—Fue maravilloso.

—Pero… porque hay un pero, ¿verdad?

—No quiero una relación, ya te lo he dicho. Y menos si hay niños implicados que puedan sufrir. Lo de ayer fue estupendo, un día precioso, en familia, y al regresar a su casa acostamos a los niños y nos dejamos llevar. Pero las relaciones terminan, y la mayoría de las veces mal. Tampoco había previsto quedarme en el pueblo, aquí no tengo trabajo ni futuro laboral. No puedo seguir sobreviviendo económicamente cocinando para Julián y cuidando de los hijos de Héctor, y mucho menos si empiezo algo con él.

—¿Y qué vas a hacer?

—Volver a darles clase de inglés sin implicarme más en su vida y decidir qué voy a hacer con la mía. Ya es hora. Lo sucedido con Héctor solo ha sido una noche, y si lo dejamos ahí, confío en que no sufra demasiado.

—¿Y si sufres tú? ¿Y si te has pillado de él más de lo que te imaginas?

—Soy capaz de asumirlo. La vida no me lo ha puesto fácil los últimos años, y puedo superar esta atracción que siento.

Las llaves en la puerta pusieron fin a la conversación. Mientras contemplaba a su sobrina, supo que le iba a costar más alejarse de los niños que a estos de ella. Se sentía muy feliz con los hijos de Héctor, tanto como con él. Y debía dar marcha atrás.

Era el momento de buscar trabajo fuera de Pórtugos.

Capítulo 23

Natalia

Me sentía en una montaña rusa de emociones después de haber pasado la noche con Héctor. El miedo a sufrir de nuevo, a hacerles daño a él o a los niños, alternaba a ratos con la felicidad que había sentido en sus brazos. ¡Hacía tanto que no me sentía así! querida, admirada, deseada.

Era como si hubiera marcado mi cuerpo con sus manos y con su boca, casi podía rememorar cada beso y cada caricia que había dejado en mi piel, en mis labios, y especialmente en mis pechos. Los había besado y acariciado con amor y con deseo, no me dejó la menor duda de ello. Los dos. Había sido un amante tierno, cariñoso y apasionado a la vez.

Mirando al pasado me daba cuenta de que mi relación conyugal se había ido degradando, cayendo en una rutina que no fui capaz de percibir, hasta este momento, en que había vuelto a notar la adrenalina del deseo corriendo por mis venas. El sabor de los besos en toda su intensidad. La certeza de que una mirada decía mucho más que un simple repaso a la ropa o a mi apariencia. Los ojos de Héctor habían desnudado mi alma, llegando al fondo de mis miedos y mis inseguridades. Y de ambas cosas tenía demasiado.

Miedo sobre todo. No conseguía olvidar las largas noches en vela, con la indiferencia y el rechazo de Lorenzo clavados muy hondos, la soledad y la decepción llenando cada resquicio de mi casa. Llegué a comprender en aquellos duros momentos que lo peor de todo era la decepción, que el dolor cedería con el tiempo, que la soledad se mitigaría con la compañía de otras personas, pero la decepción

permanecería, porque cuando alguien te decepcionaba es para siempre.

Yo había querido a Lorenzo con locura, jamás imaginé que pudiera hacerme lo que me hizo, que me abandonara a mi suerte en medio de algo tan terrible como un cáncer, y jamás podría olvidar eso. Y estaba aterrada de lo que empezaba a sentir por Héctor. Porque el cáncer estaba superado por el momento, pero siempre había riesgo de que se volviera a reproducir, sobre todo en los primeros años. Y no podría soportar volver a vivir el rechazo de una pareja de nuevo.

Bea tenía razón al afirmar que Héctor no era mi marido, que no haría lo mismo que mi ex, pero yo no lo conocía lo suficiente. No podía estar segura. Si el hombre con el que llevaba toda mi vida adulta fue capaz de mirar hacia otro lado, cualquiera podía hacerlo. No volvería a correr el riesgo. Debía poner distancia antes de que lo que sentíamos uno por el otro fuera más fuerte, y nos costara más dejarlo. Además, estaban los niños. No quería —ni podía— entrar en su vida como algo más que una profesora de inglés y luego salir de ella. Necesitaba un trabajo que me permitiera irme de Pórtugos lo antes posible. Mientras, me limitaría a dar clases conteniendo las ganas de darles un abrazo… a los tres.

***

Héctor

La noche con Natalia había superado todas mis expectativas. No tenía intención de que pasara tan pronto; aunque la deseaba con todas las fibras de mi ser, pretendía ir poco a poco. Algún beso, una salida los dos solos más formal que las cervezas que nos tomábamos a veces en el mesón, y darle más tiempo para hacerse a la idea de lo que empezábamos a sentir uno por el otro. Pero no fui capaz de contenerme. Todo se había sumado para que nos dejáramos llevar el día de excursión: la complicidad, lo que ambos disfrutamos con los niños, la intimidad que se instaló en el coche cuando ellos se durmieron. Ella estaba volcando en mis hijos los sentimientos maternales que, por el momento, no podía desarrollar y eso me enternecía mucho y me hacía imaginar la posibilidad de que algún día fuéramos una familia los cuatro.

No deseaba precipitar las cosas, pretendía ir despacio, pero no pude. Verla llevar a Juanma en brazos, me llenó el corazón de una

ternura inusitada, y cuando nos encontramos en el pasillo su mirada expresaba el mismo deseo que yo sentía, y caí. La besé, y respondió a mi boca con tal necesidad que no pude dar marcha atrás. Soy un hombre, y llevaba conteniendo mis necesidades sexuales mucho tiempo. Y el deseo por Natalia, aún más. Años. La llevé a mi cama y me dejé ir. Ella también. Nos desnudamos el alma aquella noche, nos dimos por entero uno al otro, como dos náufragos hambrientos de amor.

Al día siguiente supe que me había precipitado, que debería haber tenido más autocontrol, pero no me arrepentía de nada de lo que hice, ni siquiera de haberle descubierto que era yo quien le dejaba las flores y los mensajes en su buzón. Después de lo que habíamos vivido entre mis sábanas, seguir guardando mi identidad en secreto hubiera sido mentirle, y ya hacía bastantes días que me pesaba demasiado ocultárselo. Aquella noche me desnudé del todo para ella, en cuerpo y alma, y esperaba no lamentarlo.

Me dijo que la noche se nos había ido de las manos, y era verdad. La amé como siempre había soñado hacerlo. Adoré su cuerpo, sus pechos diferentes y cada centímetro de su piel con mis manos y mi boca. Con el alma puesta en ellos.

Pero llegó el alba, y con ella sus miedos. Y no sabía qué hacer al respecto. Lo único que tenía claro era que debía dejar que Natalia decidiera si deseaba continuar lo que habíamos empezado, y cuándo. No iba a presionarla, por mucho que supiera que si la besara otra vez, respondería, que no sería capaz de resistirse a lo que empezábamos a sentir. No lo haría, aunque me fuera la vida en ello. Podía explicarle la intensidad de mi amor, tratar de que confiara en mí, pero sería inútil. Debería convencerse ella sola, y nunca lo haría si la presionaba. Esperaría a que decidiera si quería empezar algo o no. Y si no era así, la dejaría ir de nuevo, a pesar de que sabía que podíamos hacernos muy felices uno al otro.

Me habría gustado ver su cara al descubrir el galán de noche y el mensaje en la almohada, pero preferí darle privacidad en ese momento, y me senté a esperar en la cocina, con el estómago encogido de incertidumbre y los nervios a flor de piel, como cuando era adolescente y acompañaba a Fernando a su casa con la esperanza de que me dedicara una mirada o un saludo.

Supe, nada más verla, cómo se sentía, pude ver en sus ojos el miedo batallando con otros sentimientos, con el amor compartido durante la noche, y decidí ponérselo fácil, guardar los míos y no estrecharla en mis brazos como anhelaba hacer. Respetar su decisión de marcharse y aguardar como un reo que espera una sentencia a que volviera a ponerse en contacto conmigo. A que cumpliera su palabra y viniera el martes a dar clase a los niños. A que no me ignorara.

Capítulo 24

El martes, tal como había prometido, Natalia acudió a casa de Héctor. Llevaba un nudo en el estómago y, a la vez, unas ganas terribles de verlo.

Había estado mandando currículos a diversas empresas en las que se solicitara personas con su perfil, aunque no se tratara solo para impartir clase. Sabía que no le resultaría fácil encontrar un trabajo que la alejara del pueblo y, en aquel momento, todo le valía: hoteles, empresas que solicitaran traductores o puestos administrativos que requirieran un alto nivel de inglés. No podía marcharse sin un empleo, y mientras lo encontraba seguiría dando clase a los niños e intentaría mantener las distancias con Héctor. Él le había asegurado que no la presionaría y no dudaba de que cumpliría con su palabra.

Cuando le abrió la puerta sus miradas se encontraron, intensas y reveladoras. Los ojos de ambos se quedaron prendidos por un instante y sabía que también él estaba recordando los momentos que habían vivido unas noches atrás. Pero fueron solo sus ojos los que delataron lo que sentía, su cuerpo se mantuvo a distancia y se apartó sin siquiera rozarla para dejarla pasar hasta el salón, donde la aguardaban sus alumnos.

—Hola, chicos —saludó con tono alegre, como solía hacer. Solo ella supo el nerviosismo que ocultaba su voz.

—¡Mira, Natalia! —Juanma mostraba un papel que tenía sobre la mesa.

También Rubén alzó un folio con algo dibujado.

—Hemos hecho los dibujos que nos pediste de Simbad.

—¡Estupendo! —exclamó acercándose a ellos.

Héctor se había aproximado y podía sentir su presencia muy cerca, demasiado para su paz espiritual.

Siempre había pensado que cuando un niño regalaba un dibujo, estaba dando parte de su corazón, y se emocionó al ver lo que habían plasmado en el papel. Ambos dibujos los incluían a los cuatro, vistos desde la mirada y la poca madurez artística de los ejecutores, pero perfectamente reconocibles. Alzó los ojos hacia Héctor, que la contemplaba risueño y se encogía de hombros. No tuvo dudas de quiénes eran los cuatro personajes que se situaban en el barco.

—Pero os dije que dibujarais algo sobre Simbad.

—Y lo hemos hecho. Papá es Simbad, tú eres una sirena y nosotros los liliputienses. ¿No ves que somos muy pequeños?

—En el dibujo de Juanma no se ve que eres una sirena —protestó Rubén—, porque el barco te tapa las piernas, pero en el mío sí. —Le tendió una hoja en la que una mujer con algo parecido a una cola de pescado estaba encima de un hombre con barba—. Aquí papá te ha cogido en brazos porque no tienes piernas y no puedes andar. Pero como es médico, te lleva a la consulta y te cura.

—¿Y después ya puedo andar?

—¡Claro!

—Es estupendo. ¿Me los puedo quedar?

—¿Los vas a poner en la pared de tu casa?

—Por supuesto.

Miró al hombre que la contemplaba con arrobo, sin molestarse en ocultarlo. Algo —mucho— había cambiado entre ellos y había sido una ilusa al pensar que todo podía ser como antes. Cada gesto, cada mirada que le dedicaba le hablaba de sus sentimientos, sin necesidad de palabras. Tras un hondo suspiro, como si le costara mucho marcharse, se despidió.

—Tengo que irme, regresaré en un rato. Chicos, portaos bien.

—Sí, papá.

—Es posible que tarde un poco más de lo habitual —comentó dirigiéndose a ella—. Tengo muchas visitas esta tarde.

—No te preocupes; no tengo prisa.

—Gracias.

Se marchó y pudo sentir el vacío que dejaba su ausencia. Como si un viento helado se hubiera adueñado de la casa. Se volvió hacia los

niños dispuesta a comenzar la clase, a tratar de que las cosas volvieran a ser como antes del fin de semana.

—Hoy vamos a trabajar en serio —dijo intentando mantenerse en su papel de profesora y no pensar en Héctor cogiéndola en brazos para suplir sus piernas, ni besándola, ni haciéndole el amor.

Abrió el libro con el que solía acompañar las clases y empezó a preguntarles sobre palabras que ya conocían. Algo que le permitiera concentrarse y sujetar su mente, que tendía a ir por libre aquella tarde y rememoraba cosas que no debía. Sin embargo, no pudo evitar que sus ojos se posaran una y otra vez en el reloj que había sobre la repisa de la chimenea, especulando sobre cuánto tardaría Héctor en volver, y deseando que lo hiciera. Mantener las distancias le iba a costar mucho más de lo que había imaginado.

Cuando, tras una hora de clase, la atención de sus alumnos comenzó a dispersarse, entró en la cocina dispuesta a preparar la merienda para los tres. Su oído permanecía alerta esperando escuchar las llaves en la puerta, y no porque tuviera ganas de marcharse, ni de alejarse de los niños como se había propuesto por la mañana, sino porque deseaba ver a Héctor, aunque solo fueran unos minutos más antes de marcharse. Se conformaba con eso.

Él llegó casi a la hora de la cena. Los niños la habían convencido para empezar una partida de parchís. Cualquier cosa menos ver una película, lo que le traería recuerdos de una tarde en familia. Hubiera preferido que se distrajeran solos, pero no había sido capaz de darles un no por respuesta a aquellos diablillos tan adorables cuando le pidieron que participara.

—¡Papá! —exclamó Rubén al verlo entrar—. ¿Juegas con nosotros?

Todos sus sentidos se pusieron alerta, como electrizados por su presencia. La nuca le cosquilleó y tuvo que hacer un esfuerzo para aparentar normalidad.

—No, cariño, es muy tarde y Natalia tiene que volver a su casa.

—¿No puedes quedarte a terminar la partida? —le preguntó el niño suplicante—. Voy ganando.

No fue capaz de negarse. Sobre todo, porque deseaba permanecer en la casa un rato más. La idea de volver sola a la suya no le apetecía, por mucho que hubiera tomado la firme decisión de mantener las distancias con los niños y, sobre todo, con su padre. Un rato más

jugando no empeoraría las cosas.

—De acuerdo, pero solo hasta que terminemos la partida.

—Yo iré preparando la cena mientras, pero luego tenéis que ducharos rápido. No podéis acostaros demasiado tarde.

—Sí, papi.

Se marchó a la cocina y los dejó solos y enfrascados en el juego. Sin embargo, a pesar de que no se encontraba en la habitación, Natalia era muy consciente de su presencia en la casa.

Se dejó ganar, como solía hacer cuando jugaba con sus alumnos, y al fin terminó la partida y llegó el momento de marcharse. Se levantó de la mesa dispuesta a despedirse hasta el jueves.

—¡Vamos, chicos! A la ducha. Id por los pijamas —sugirió Héctor cuando se acercaron a decirle que habían terminado.

Los niños corrieron a su habitación y se quedaron solos.

—Gracias — susurró acercándose.

—No me las des, ya te dije que no tenía prisa.

—No es eso lo que te agradezco, sino que no hayas cambiado tu actitud con ellos por lo que pasó entre nosotros.

—Lo he intentado, pero no puedo. Son tan adorables… Pero estoy buscando trabajo… Me iré, Héctor —confesó. Tenía la necesidad de sincerarse, no podía dejar que pensara que lo sucedido no afectaría a la relación que mantenía con su familia.

Él asintió.

—Pero mientras estés aquí no cambies tu forma de tratarlos, por favor. Te quieren mucho y no entenderían el motivo.

—Y yo a ellos, pero no quiero hacerles daño.

—Les prepararé para tu marcha, les diré que solo estás de vacaciones y que cuando estas acaben tendrás que irte. Pero mientras… quiérelos y deja que te quieran.

—Tampoco deseo hacerte daño a ti —afirmó con voz queda—. Ya te rompí el corazón una vez.

—No lo harás de nuevo, aunque te vayas. Tenerte aquí ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. No me arrepiento de haberte dejado entrar en mi vida, y mucho menos de lo que sucedió el sábado.

—Gracias.

—No me las des… y quédate a cenar. Hay tortilla de patatas para

todos.

—No debería…

Él ahondó en su mirada, los ojos verdes transparentes e intensos.

—Pero ¿quieres?

—Sí —admitió.

—Entonces…

—De acuerdo.

—Te prometo que yo no haré nada que no desees. Ni siquiera nos quedaremos a solas. Cuando terminemos de cenar te llevaremos a casa… los tres.

«Ese es el problema. Que lo deseo».

—Vale.

—Chicos, Natalia se queda a cenar. Vamos a ducharnos rápido. —Se volvió hacia ella—. No tardamos. Sírvete alguna bebida del frigorífico, si te apetece.

—No es sábado; comemos con agua —rehusó recordando las normas que él le había comentado el día que almorzaron paella—. Iré poniendo la mesa, si te parece.

—Perfecto.

Veinte minutos más tarde volvían a sentarse los cuatro alrededor de la mesa. Los niños parloteando sin cesar mientras comían, y ellos dirigiéndose furtivas miradas en silencio.

Natalia apartó cualquier pensamiento negativo, iba a disfrutar de aquella cena, de la compañía y de la familia de Héctor el tiempo que tardase en encontrar un empleo. La urgencia por apartarse de ellos había mermado. Si todos sabían que habría un final, la despedida sería menos terrible. Y en esa ocasión no se iría a la otra punta de España, se quedaría lo bastante cerca para volver al pueblo de vez en cuando, para mantener el contacto regular con su familia y también con aquellos niños que había empezado a querer como si fueran suyos. Si podía prometerles que volvería con frecuencia no les costaría tanto decir adiós. Solo necesitaba la distancia suficiente para que se enfriara lo que Héctor y ella habían empezado a sentir y se convirtieran en amigos. Todo iría bien.

Terminada la cena, Rubén propuso:

—¿Vemos una peli?

—Es tarde, Rubén —rechazó su padre—. Hay que irse ya a la

cama.

—Pero Natalia está aquí. ¿No podemos quedarnos un poquito más? Solo un poquito.

—No, cariño —denegó ella—. Yo tengo que irme ya.

—¿Qué os parece si la llevamos a su casa en el coche? —sugirió su padre.

—¿Los tres?

—Claro, los tres.

—Vale.

De nuevo se acomodaron en el vehículo, los niños detrás y ella en el asiento delantero. El viaje a Granada cobró vida otra vez. La cercanía de Héctor sentado junto a ella volvió a llenarla de sensaciones.

«Será por poco tiempo», se dijo. «Pronto encontraré un empleo y me marcharé. Mientras no volvamos a tocarnos no habrá problema».

No fueron más de cinco minutos los que tardaron en llegar a su puerta. Se giró hacia el asiento trasero y se despidió de sus alumnos.

—Hasta el jueves.

En la mano llevaba los dibujos que le habían hecho, para colocarlos en la pared al día siguiente.

Entró en su casa y, desde la ventana del salón, observó que la de Julián estaba a oscuras y con la ventana del estudio de nuevo cerrada. Se preguntó dónde estaría. Solo eran las diez y media, pero a esa hora su vecino solía estar en su domicilio porque madrugaba mucho.

Se dio una ducha rápida y se sentó a ver una película. Necesitaba serenarse y distraerse porque, si se acostaba de inmediato, o bien tardaría en dormirse y la cabeza se le convertiría en un hervidero de ideas y sentimientos encontrados, o bien soñaría con Héctor y sus hijos. Y no deseaba ninguna de las dos cosas.

A las doce y media, cuando se estaba preparando para acostarse, escuchó el coche de Julián aparcando en la acera. Se asomó a la ventana y lo vio entrar con paso rápido. Estaba muy misterioso su vecino.

Capítulo 25

Natalia había decidido relajarse y disfrutar del tiempo que le quedara en Pórtugos —y de sus habitantes— sin agobios. Continuó enviando currículos a cuanta oferta de trabajo encontró adecuada a su perfil, y acudiendo a casa de Héctor sin sentir la necesidad de salir corriendo de forma inmediata, como le había sucedido después de pasar la noche con él. Ni siquiera cuando la acariciaba con la mirada al llegar o al marcharse, haciéndole agitar mariposas gigantes por todo el cuerpo.

Comenzó a recibir algunas respuestas negativas a las solicitudes de trabajo, y a sentir alivio por ello. Sabía que debía marcharse del pueblo, que su situación con Héctor no se sostendría durante mucho tiempo, que tarde o temprano, los dos se dejarían llevar por sus sentimientos provocando un momento comprometido, pero sentía aquellos aplazamientos como una tregua ante el final que llegaría de forma inevitable. Porque seguía sin desear una relación con el médico. Ni con nadie.

No obstante, cuando él la llamó para proponerle tomar una cerveza juntos, comentándole que deseaba hablarle de algo sin que los niños estuvieran presentes, aceptó sin pensárselo. Era la primera vez que se verían a solas después del viaje a Granada.

Dudó sobre cómo vestirse, y optó por unos vaqueros y una camisa, eludiendo cualquier prenda que la hiciera más atractiva. No era una cita, solo una conversación sin testigos pero, a pesar de eso, sentía la adrenalina correr por su cuerpo mientras se dirigía al mesón.

Tuvo que esperarlo unos minutos y, cuando al fin lo vio llegar, disfrutó contemplando cómo se acercaba con la sonrisa iluminándole

el rostro. Se lamentó de no haberlo conocido en circunstancias diferentes, cuando aún no tenía el corazón roto por culpa de otro hombre. Cuando no le aterraba meterse en una relación.

—¡Hola! —la saludó, acariciándola con la mirada.

—Hola, Héctor.

—Voy por las cervezas; hoy invito yo.

Poco después, acomodados uno frente al otro, Héctor abordó el tema que le había hecho llamarla. Se sentía nervioso como un colegial, y esperaba ser lo bastante elocuente para convencerla. Había prometido no presionarla y no lo haría, pero en esta ocasión no se rendiría sin luchar como hizo en el pasado, dejándola ir sin intentar retenerla.

—¿Qué querías decirme? ¿Ocurre algo con los niños?

—Ocurre, pero no es nada malo. El fin de semana próximo el centro de verano organiza una acampada y, por primera vez, han querido apuntarse.

—Eso es estupendo. Ir de acampada es muy divertido.

—Alicia los ha convencido porque ella estuvo el año pasado y se lo pasó de maravilla

—Les sentará bien hacer algo diferente.

—Sí, es bueno para ellos realizar alguna actividad con otros niños y sin mí. Fernando piensa que los tengo demasiado protegidos y que necesitan que los vaya soltando poco a poco. Supongo que, de forma inconsciente, trato de compensarlos por la falta de su madre. También yo debo recordar alguna vez que soy hombre además de padre. El caso es que Bea y Fernando, puesto que su hija también irá de acampada, planean pasar el fin de semana en la playa, en Almuñécar. Me han pedido que vaya con ellos y piensan proponértelo también a ti, y antes de que te niegues sin siquiera pensarlo, quería que lo habláramos.

Se detuvo para dejarla asimilar el ofrecimiento. Natalia alzó hacia él unos ojos cargados de aprensión.

—¿Fernando sabe que…?

—¿Pasamos la noche juntos? No, salvo que lo haya adivinado; no le he comentado nada al respecto. Sí sabe que estuve enamorado de ti hace años, pero ignora que ha vuelto a suceder.

—No es buena idea que os acompañe, Héctor.

—¿Por qué? Cogeremos habitaciones separadas, por supuesto. No

se trata de un viaje de parejas, sino de adultos liberados por un par de días de las obligaciones paternales. Y a ti, a tu salud, le vendrán muy bien unas minivacaciones.

—Yo estoy perfectamente.

—Lo sé, pero eso no implica que el efecto beneficioso del mar no te haga mucho bien. Natalia —susurró poniendo en la voz toda la convicción de la que era capaz—, sé que vas a irte y no voy a hacer nada por impedirlo, ni siquiera apelaré a lo que siento por ti y a lo que sé que tú empiezas a sentir por mí, pero un fin de semana de ocio y playa no va a cambiar tu decisión ni lo que ya ha sucedido.

—He enviado muchos currículos a diferentes empresas y aceptaré el primero que me interese —comentó reiterando con ello su decisión de marcharse.

—También lo sé. No vamos a estar solos, es como cuando se encuentran presentes los niños y disfrutamos un poco… ¿No te tienta? Sol, playa, no tener que preocuparte de preparar comidas, ni de horarios, ni de pacientes en mi caso. Solo buenos amigos con los que conversar y pasar un par de días agradables. Piénsatelo antes de rechazar la oferta cuando te la haga tu hermano, por favor.

Natalia suspiró, aún reticente a dejarse convencer; sin embargo, Héctor veía la fisura en su coraza, el deseo de aceptar avanzando solapado por su mente.

—No te tocaré, te lo prometo. —«Salvo que me lo pidas expresamente».

—Sé que no lo harás, no es eso lo que me preocupa, sino el hecho de pasar tantas horas juntos, como adultos. Eso puede hacer que lo que sentimos…

—Nada va a cambiar lo que siento por ti, pasemos tiempo juntos o no. Tú estás decidida a marcharte, pero podemos regalarnos un par de días para nosotros, como amigos, algo que podamos recordar cuando te vayas. Vuelvo a repetirte que cogeremos habitaciones separadas, y que Fernando no sabe nada de esto, por lo que actuará como contención si uno de los dos se pone más sensible de lo debido.

Vio como el deseo de aceptar iba ganando terreno.

—Supongo que te lo debo.

—¡No quiero que vengas porque pienses que me debes algo! Natalia, mírame —suplicó—. Dime la verdad… ¿Quieres venir?

—Sí —afirmó, vencida, dejando que leyera en sus ojos.

—Entonces, no hay más que hablar. Cuando Fernando te lo proponga, dile que sí.

—De acuerdo.

—No te arrepentirás. Va a ser un fin de semana fantástico.

—Estoy segura de ello. Ahora, más vale que te vayas a recoger a los niños o se te hará tarde.

—Nos vemos mañana. Y no le voy a decir a mis hijos que estaremos fuera el fin de semana, o corro el riesgo de que quieran venir con nosotros en vez de a la acampada. Fernando tiene razón, necesito un par de días de adultos.

Apuraron sus bebidas y se levantaron para marcharse, cada uno en una dirección. Héctor se sentía eufórico. La perspectiva de pasar con Natalia dos días enteros lo llenaba de júbilo, y no porque tuviera intenciones sexuales. Cumpliría lo que le había prometido, salvo que, de forma expresa, ella le pidiera lo contrario. Solo quería pasar tiempo juntos, aprovechar el que les quedara antes de que se fuera del pueblo, porque sabía que estaba decidida a hacerlo. Y era muy tozuda.

Natalia, por su parte, regresó a su casa despacio, asimilando lo que había aceptado. Deseaba más que nada en el mundo esos días con Héctor, y no importaba que él asegurase que Fernando y Bea actuarían como filtro entre ellos, sus sentimientos hacia él se iban a disparar aún más. Pero no había sido capaz de rehusar, la perspectiva era demasiado tentadora. Puesto que él sabía que no se quedaría en el pueblo y que no tendrían una relación, dejó de sentirse culpable. Iría a la playa y asumiría las consecuencias.

Durante su almuerzo con Julián trató de mantener la atención, pero esa vez era ella la distraída.

—Hoy eres tú la que me está preocupando a mí —afirmó su vecino —. ¿Qué te pasa? Y no me digas que nada, porque estás tratando de pinchar los garbanzos con el tenedor.

Sonrió al darse cuenta de que era cierto.

—Estoy un poco dispersa.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Es probable que me marche a pasar el fin de semana a la playa. Estaba organizando un menú para dejarte preparado —improvisó.

—Por mi comida no te preocupes. ¿Puedo preguntar con quién te

vas? Porque está claro que el hecho te inquieta. Si me respondes, yo te cuento el motivo por el que he estado raro estas semanas. Secreto por secreto.

—De acuerdo, pero lo mío es un secreto a voces. Me voy con mi hermano, su mujer y Héctor. Él y Fernando son amigos desde siempre, y puesto que los niños tienen este fin de semana una acampada, los adultos se escapan de excursión. Y es posible que me vaya con ellos.

—¿Solo posible?

—Fernando aún no me ha pedido que los acompañe. Tal vez no lo haga.

—Entiendo. —La mirada socarrona que le dedicó hacía suponer que sabía mucho más de lo que sus palabras indicaban. No pudo evitar sonrojarse—. Deberías decir que sí, en vez de andar dándole vueltas en la cabeza.

—Ahora te toca a ti —pidió, con la esperanza de que Julián cambiara de conversación. No quería que siguiera adivinando nada más.

—Supongo que ya te han contado que tuve una novia hace unos años.

—Algo he oído.

—No lo dudo, esto es un pueblo y se sabe casi todo. ¿Qué más te han dicho?

—Que terminasteis. Y que tal vez tu madre tuvo algo que ver con la ruptura.

—A mi madre no le gustaba mi novia, pero tenía un buen motivo para ello. No obstante, ella no fue la culpable de que dejáramos la relación. Alba tenía un problema con la bebida, que iba más allá de emborracharse de vez en cuando si iba de fiesta. Bebía demasiado todos los días, lo que generaba continuas discusiones entre nosotros. Yo no me sentía capaz de lidiar con ello, y la dejé. Estaba muy enamorado, pero solo me puse en mi lugar, no quise entender que tenía un problema, solo que bebía mucho y corté con ella. En vez de ayudarla salí corriendo, ofendido y enfadado de que me recibiera ebria a menudo y, en ocasiones, me avergonzara en público. No he dejado de arrepentirme ni un solo día desde entonces, porque otro hizo lo que yo no fui capaz: brindarle su apoyo y ayudarla a salir del alcoholismo.

—¿Y qué pasó?

—Que se casaron y yo he seguido enamorado de ella; no he podido olvidarla en todos estos años. Hace algo más de un mes, por casualidad, me encontré con su prima y me dijo que se había divorciado porque no estaba enamorada de su marido, que se había casado con él por agradecimiento, y eso agitó todos mis sentimientos de nuevo. Lo que ya no era posible, volvió a serlo. Desde entonces he estado tratando de decidir si buscarla, pedir perdón y averiguar si aún siente algo por mí, o enterrar el pasado para siempre. Por eso estaba distraído, llevo semanas con la cabeza batallando con el corazón para decidir qué hacer.

—¿Y quién va ganando?

—El corazón, me temo. He ido un par de veces a Trevélez para verla de lejos; no he tenido valor para salir del coche y acercarme. Pero lo haré, porque, si hay una oportunidad de que me perdone, quiero intentarlo. Me estoy preparando para aceptar sus reproches o, su negativa, pero si no lo hago me estaré preguntando el resto de mi vida si hubiera podido ser. Fui un cobarde en el pasado, y no lo seré de nuevo.

—Pero no te atreviste a hablarle cuando fuiste a Trevélez —constató.

—Solo estoy buscando el momento idóneo para abordarla, porque me emociono al verla. Está preciosa, y el pasado me golpea con fuerza. Cuando la miro no recuerdo los momentos que me hicieron dejarla, sino los otros, los buenos. Cuando no estaba bebida, cuando todo era maravilloso. Al verla salir de su casa siento el impulso de correr hacia ella y abrazarla. Pero debo serenarme, pensar con frialdad lo que voy a decirle. Cómo pedirle perdón.

—¿Crees que te perdonará?

—No lo sé.

—Hay veces que cuando le haces daño a alguien, eso acaba con el amor. Tal vez ella haya dejado de quererte, o ya no esté enamorada de ti.

—Todo eso me lo he planteado, de ahí mi comportamiento extraño estos días. Pero voy a averiguarlo.

—¿Cuándo?

—Cuando deje de estar acojonado ante la perspectiva de que me

mande a la mierda, con toda la razón del mundo. Y tú deberías hacer lo mismo.

—¿Crees que debo perdonar a mi ex? No me lo ha pedido pero, aunque lo hiciera, no podría volver con él, porque ya no estoy enamorada. A mí sí se me acabó el amor.

—No me refiero a tu exmarido, sino a Héctor.

—¿Qué sabes tú de Héctor?

—Que alguna vez te ha dejado un sobre en el buzón y que a ti te brillan los ojos cuando vienes de tomarte una cerveza con él.

—¿Tú sabías lo del sobre? —preguntó asombrada.

—Lo vi un amanecer desde mi ventana. Y no dije nada porque pensé que tú también lo sabías. Que era una cita o algo así y deseabais mantenerlo en secreto.

—No era eso exactamente, y los mensajes no venían firmados. Incluso llegué a pensar que eras tú quien los mandaba.

—No era yo. Siento si eso te ha decepcionado.

—Me ha aliviado. Y lo de saber que estás enamorado de tu exnovia, también. Porque eso nos permite seguir siendo amigos, y nada más que amigos.

Julián la miró a los ojos y sintió que llegaba al fondo de su alma.

—No seas cobarde, Natalia. No hagas, o dejes de hacer, algo de lo que te arrepientas toda la vida, como me ha pasado a mí. Si hay algo entre Héctor y tú, vívelo.

—Tengo miedo. Ya sufrí mucho por amor y no quiero correr el riesgo de que me vuelva a pasar.

—Yo sé lo que es eso, lo he vivido en mis carnes; pero es mucho peor cuando te das cuenta de que el causante de tu sufrimiento no es otro que tú mismo. Vete a la playa y deja que pase lo que tenga que pasar. Si hay algo entre vosotros, vívelo, disfrútalo. La vida es muy corta y siempre es mejor arrepentirte de lo que pasó que hacerlo de lo que pudiera haber pasado y no te atreviste. Por desgracia, yo he aprendido la lección de forma muy dura.

—Y me lo dice alguien que ha visto al amor de su vida desde el coche sin atreverse a salir.

—Te lo dice un buen amigo que está dispuesto a lanzarse. ¿Qué te parece si hacemos un trato? Tú te vas a la playa y yo vuelvo a Trevélez el fin de semana. El lunes nos ponemos al día.

—Ya tenía decidido ir a la playa, cuando Fernando me lo pida, algo que estoy segura de que hará.

—Muy bien. Y déjate llevar, la vida son dos días y tú deberías saberlo mejor que nadie.

Julián tenía razón. Ella había temido por su vida y de nuevo la tenía delante de sí, llena de fuerza y de ilusiones. Iría a Almuñécar y disfrutaría de un fin de semana diferente. Por supuesto no dormiría con Héctor, eso sería demasiado peligroso para sus sentimientos. Ya lo sería pasar dos días en su compañía sin necesidad de acostarse con él, porque seguía convencida de que debía irse del pueblo. Mientras, disfrutaría de la vida, y esta, por el momento, le ofrecía un fin de semana de vacaciones.

Fernando la llamó aquella misma tarde para proponerle la excursión y aceptó en seguida. Ya no había vuelta atrás.

Capítulo 26

Fernando la recogió en la puerta de su casa el viernes por la tarde. Se había despedido de Julián durante el almuerzo, prometiéndose uno al otro que aprovecharían el fin de semana.

Saber la situación sentimental de su vecino había supuesto un alivio, en los casi tres meses que llevaba en el pueblo se había convertido en un buen amigo, pero su corazón no brincaba por él. Lo hacía por Héctor, y cada día más. Las miradas que intercambiaban, las palabras que se dirigían, aunque fueran sobre algo trivial, aunque los niños estuvieran presentes, hacían que se le acelerase el pulso, que las mariposas aletearan en su estómago y que las ganas de correr hacia él y refugiarse en sus brazos fueran cada día más difíciles de controlar.

Cuando subió al coche de su hermano y ocupó el asiento trasero junto con Bea, pues los dos hombres se habían sentado delante, sintió a la vez alivio y decepción de que él no estuviera a su lado. Clavó los ojos en la nuca, contemplando el pelo que le caía sobre el cuello de la camiseta azul, y contuvo el deseo de alargar la mano y acariciar la delgada franja de piel que quedaba a la vista. El fin de semana iba a ser muy largo si no conseguía dominar las ganas de tocarle. O muy corto.

Sintió la mano de Bea agarrando la suya con un discreto apretón y la mirada de su cuñada la hizo comprender que sabía con exactitud lo que estaba pensando… y deseando.

—Me alegra mucho que hayas aceptado unirte a nosotros este fin de semana, Natalia —comentó—. A los cuatro nos hace falta un poco de diversión. Van a ser unos días memorables, ya verás. ¡No me puedo creer que vaya a tener dos días y medio para hacer solo lo que me

apetezca! Sin horarios ni obligaciones.

—Pero también habrá que salir de la habitación, cariño —murmuró su marido con una carcajada—. Tendremos que comer, beber y esas cosas.

—Solo a ratos. Estoy segura de que Natalia y Héctor sabrán distraerse solos si nos damos alguna que otra siesta. En Almuñécar hay mucho que hacer aparte de bañarse en el mar.

—Sin ningún problema —concedió el aludido. Y ella percibió en la voz suave multitud de promesas no pronunciadas—. Podéis permanecer en la habitación todo el tiempo que queráis. Si yo tuviera pareja, haría lo mismo.

—Es que Alicia tiene el sueño muy ligero, y rara es la noche que no se despierta (y nos despierta) de madrugada. No os imagináis la de veces que nos corta el rollo. Y lo de dormir la siesta, no es para ella. ¡Con lo que me gusta una siesta de las que no se duerme! Ya ni me acuerdo de lo que eran.

—Creo que voy a ver poco de Almuñécar —rio Fernando.

—¿Algún problema con eso? —preguntó su mujer con voz insinuante.

—Ninguno.

Natalia miró a su cuñada, que le dedicó un leve y solapado guiño. Indicador de que en parte lo hacía para tener intimidad con Fernando y en parte también para dejarlos solos a Héctor y a ella. Decidió no preocuparse por lo que pudiera suceder entre ambos con tantas horas de estar cerca y solos, y disfrutar del fin de semana. Ya se ocuparía a la vuelta de poner los sentimientos en orden. Sentimientos que notaba a flor de piel, aunque en aquel momento él estuviera en el asiento delantero y solo pudiera ver su nuca y su pelo.

Llegaron a la costa a las siete de la tarde, se registraron en el hotel —en dos habitaciones individuales y una doble— situado en primera línea de playa, y salieron a dar un paseo por el pueblo con la intención de cenar en él. Fernando y Bea se cogieron de la mano de inmediato y Natalia permaneció con Héctor un poco más atrás. Caminaban muy cerca, pero sin rozarse siquiera. No obstante, los dos eran muy conscientes de la presencia del otro. Y los dos lo sabían. Parecía que una burbuja invisible los rodeaba y los envolvía, aislándolos del mundo.

—¿Cómo estaban los niños antes de irse? ¿Muy nerviosos? —le preguntó para aliviar el silencio que se había instalado entre ambos, mientras Bea no cesaba de repetir lo feliz y relajada que se sentía.

—Excitados más bien. He tenido que darles una tila con el almuerzo. Juanma no quería ni comer, no fuera a llegar tarde al autobús.

Bea volvió la cabeza hacia ellos.

—Los niños están bien atendidos y divirtiéndose. En este viaje no se habla de ellos.

—De acuerdo.

—Seguro que encontráis otros temas de conversación.

—Seguro que sí —afirmó Héctor con una sonrisa—. ¿Qué te apetece hacer mañana mientras esos «duermen la siesta»? —le preguntó.

—Me da lo mismo. —«Siempre que sea contigo».

—La hora del mediodía en la playa no es agradable, hace demasiado calor. Podemos ir a ver el castillo.

—Me parece estupendo.

—Claro que si prefieres descansar un rato en la habitación o tomar una copa en el hotel… solo trato de que no te aburras. No quiero imponerte mi presencia en ningún momento.

—Quiero ver el castillo contigo. Y con estos, si se apuntan, por supuesto.

—Paso —denegó Fernando—. Mañana siesta.

Recorrieron el pueblo, todavía lleno de veraneantes a pesar de que la estación estival estaba llegando a su fin. Septiembre acababa de entrar y pronto comenzarían las clases y los turistas rezagados volverían a sus casas y a la rutina. Se sentaron en una terraza a cenar y con la intención de tomar una copa después.

Fernando estaba tan feliz y ensimismado de disfrutar de unas horas con su mujer, que solo tenía ojos para ella, parecía un crío enamorado en su primera cita. Ni siquiera se percató de las miradas que, sin poder evitarlo, intercambiaban ella y Héctor a hurtadillas. Miradas cargadas de complicidad y de deseo contenido.

Mientras tomaban una copa después de la cena, sentados tranquilamente y disfrutando del fresco nocturno, Fernando sacó un tema que Natalia hubiera preferido ignorar aquel fin de semana. Pero

su hermano nunca había destacado por la oportunidad de sus comentarios.

—¿Cómo llevas la búsqueda de trabajo?

—He enviado currículos a diversas empresas, pero todavía no me han ofrecido más que negativas, y ni siquiera la posibilidad de una entrevista. Espero que, ahora que termina el verano, aumente la oferta de empleo pero, aun así, me temo que lo voy a tener complicado.

—Y yo que esperaba que te enamorases en Pórtugos y te quedaras aquí. ¿De verdad no te gusta Roberto? Es muy guapo. Todas las mujeres se vuelven locas por él.

«Y él no se vuelve loco por ninguna».

—No me gusta Roberto. Me ha ayudado a recuperar las plantas del patio, nada más —afirmó eludiendo la mirada de Héctor—. En el pueblo no hay trabajo para mí. He intentado dar clase de inglés, pero no se ha apuntado nadie. Solo los hijos de Héctor, y con ellos como únicos alumnos, es suficiente para sobrevivir económicamente unos meses, pero no para siempre. Tengo que cotizar, ya sea en una empresa o como autónoma, pero con mis ingresos actuales es imposible que me lo pueda permitir. No, Fernando, Pórtugos es algo temporal.

—Yo pensaba que estabas a gusto aquí. Que este verano te habías reconciliado con el pueblo.

—Y lo estoy, mucho más de lo que piensas —aseguró sintiendo la mirada del médico clavada en ella—. Pero es mejor que me marche. Mientras más raíces eche, más me costará irme luego.

—¿Y por qué no te planteas buscar en otro sector? ¿O dar clase de inglés online? Eso te permitiría quedarte aquí. Puedes contratar una buena conexión a Internet en vez de robarle wifi a Julián, o incluso acondicionar la casa como alojamiento rural y alquilarla. En la zona se está potenciando mucho ese tipo de turismo. Puedes ofertarla en otros países y aprovechar tu dominio del inglés, a los extranjeros les encanta esta zona, pero la mayoría se van a otros pueblos más conocidos.

—La casa no está habitable para ese uso, necesitaría una inversión, de la que no dispongo. Y si lo hiciera, ¿dónde viviría yo?

—Es lo bastante grande para que habilites un par de habitaciones para ti y alquiles el resto. Y si no, siempre puedes venirte con nosotros

mientras esté alquilada.

—No va a faltarte un techo donde pasar unos días si te decides por esa opción. —sugirió Héctor—. Nosotros también estaríamos encantados de acogerte en casa. Mis hijos te quieren mucho.

—Como ves, nadie tiene ganas de que te marches.

«Ni yo de irme. No me lo pongáis más difícil».

—Preferiría no tocar este tema durante el fin de semana. Solo quiero divertirme en estos días.

—No seas pesado, Fernando. Deja de ejercer de hermano mayor con Natalia —intervino su cuñada—. No le busques parejas ni opciones de vida, es una mujer adulta y muy capaz de decidir qué hacer con la suya. A todos nos gustaría que se quedara en el pueblo, pero es ella quien debe tomar la decisión, sin presiones.

—Gracias, Bea.

—Lo siento, Natalia —se disculpó su hermano, agarrándole una mano—. Te he recuperado y me cuesta dejarte ir de nuevo. Bea tiene razón, es tu vida y tu decisión. Pero si quieres quedarte en el pueblo y necesitas financiación para algún proyecto que te permita ganarte la vida en él, puedes contar conmigo. Puedo solicitar un crédito sin problemas.

—Lo sé. Pero quiero salir adelante por mí misma. Es importante para mí. Forma parte de mi recuperación total. La física ya la tengo, y en la emocional estoy trabajando.

Notaba la mirada de Héctor clavada en ella, intensa, y pensó que su hermano debía estar muy tonto o muy ciego para no ver lo que era evidente. ¡Roberto!

Héctor hizo un leve movimiento en la silla y sintió su pierna rozar la suya, solo un leve contacto muy fugaz, pero que le agitó todo el cuerpo. Se retiró en seguida, pero su pie, cogiendo autonomía respecto a su cerebro, que le aconsejaba que mantuviera la distancia, se deslizó unos centímetros hasta volver a recobrar el contacto. Notó como él se encogía levemente a su lado y tomaba aire con fuerza. Se sintió traviesa, adolescente otra vez, y apretó un poco más la pierna contra la del hombre, que movió la suya rozándola en una caricia leve y sutil. Ambos cogieron su copa a la vez y dieron un largo trago. Fernando continuaba hablando, no sabía de qué, porque había perdido el hilo de la conversación. Solo era consciente de la presencia de Héctor a su

lado, del roce de sus piernas una contra otra, y de la molesta tela de los pantalones que se interponía entre la piel desnuda de sus respectivas pantorrillas.

Supo que Bea sí se había percatado de lo que estaba sucediendo debajo de la mesa porque, tras mirarla con sorna, apuró su copa de un trago y, volviéndose a su marido, le lanzó una mirada que dejaba pocas dudas.

—¿No te parece que ya hemos disfrutado bastante de la buena compañía? ¿No es el momento de volver al hotel?

—¿Me estás haciendo una proposición indecente?

—La más indecente que existe. —Se volvió hacia Natalia—. No os importa que os dejemos, ¿verdad? No es necesario que os retiréis ya también vosotros…

—Los acompañamos hasta el hotel y ya luego decidimos si queremos seguir tomando otra copa o nos retiramos también a dormir. ¿Te parece? —le preguntó Héctor.

—Me parece bien, sí.

—No pretendo cortaros el rollo. Pero hace mucho tiempo que no tengo a este pedazo de hombre para mí sola, sin riesgos de interrupciones, y no veo el momento de encerrarme con él en la habitación.

—No nos cortas nada —aclaró a su cuñada.

Se levantaron de la mesa tras abonar las consumiciones y emprendieron el regreso. Fernando y Bea abrazados por la cintura, y ellos dos caminando uno al lado del otro y dejando que sus manos se rozaran de vez en cuando. En un silencio cómodo y lleno de expectativas.

Al llegar al hotel, la pareja se despidió.

—Hasta mañana. Nos vemos en la playa. No nos esperéis para desayunar, ya bajaremos.

Con una sonrisa divertida, los dejaron ir.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó Héctor—. ¿Otra copa? ¿Un paseo? ¿O prefieres irte a dormir? —le preguntó Héctor.

—No estoy cansada, y tampoco tengo ganas de tomar nada más. Yo me sentaría a charlar un rato en uno de esos bancos del paseo marítimo. Hace una noche muy agradable.

—Me parece un plan perfecto.

Se acomodaron uno junto al otro, muy cerca. Ninguno de los dos quiso poner distancia entre sus cuerpos. Sus brazos y sus piernas se tocaban.

—¿Qué ha sido eso de Roberto?

—Fernando lleva desde que vine al pueblo intentando que me empareje con él.

—Pero Roberto no…

—Es gay, lo sé. Pero mi hermano lo ignora; Bea se resiste a decírselo y tiene sus motivos. ¿Tú como lo sabes? Al parecer no es del dominio público.

—Soy su médico y el de su pareja.

—Claro.

—¿A ti te atrae? Porque su condición sexual no es evidente a simple vista. Es un hombre atractivo y masculino.

—¿De verdad me preguntas eso?

Él negó con la cabeza.

—No… —Respiró hondo—. Natalia… en la terraza me has rozado la pierna. ¿Ha sido fortuito?

—No del todo.

—¿Qué significa no del todo? Soy un tío y ya sabes que no entendemos ni de matices ni de sutilezas… —Los ojos verdes brillaban, se volvían transparentes, la respiración se le agitaba por momentos—. Si deseas que esta noche pase algo, dímelo sin ambages, porque he prometido no tocarte, pero me está costando mucho mantener mi promesa.

—¿Y si te pido que la rompas, solo durante este fin de semana? ¿Podrás luego volver a lo de antes?

—Lo de antes es…

—Verme solo como la profesora de tus hijos.

—Hace mucho que dejaste de ser solo la profesora de mis hijos para mí. Pero podré volver a tratarte como tal después del fin de semana, pase lo que pase. Aceptaré lo que quieras darme y lo guardaré como un tesoro cuando te vayas. No te pediré que te quedes, por mucho que lo desee.

—Pero lo deseas…

—Ahora solo te deseo a ti. Vivamos este fin de semana como si no hubiera un futuro. El mañana ya vendrá y lo afrontaremos. Te prometí

que no te presionaría, y solo rompo mis promesas si me lo piden.

—Muy bien. En ese caso, yo también tengo ganas de irme a la cama; contigo.

Se inclinó y la besó en los labios, despacio, saboreándola. Los brazos fuertes la rodearon y dejó de pensar. No había futuro, ni pasado, solo un abrazo que prometía mucho más que una noche de pasión. Después se miraron a los ojos y se levantaron del banco. Enlazados por la cintura se dirigieron al hotel.

Capítulo 27

La despertó con un beso. Uno suave en la mejilla, que permanecía en sombras, apenas iluminada por la luz de la luna que entraba por la ventana. No quería perturbar su sueño, era tan apacible que llevaba un buen rato mirándola, sin atreverse a tocarla. Pero no se pudo resistir por más tiempo.

Habían hecho el amor nada más llegar a la habitación, con una entrega total y absoluta por parte de los dos, y se habían dormido abrazados. Pero se había despertado unas horas después y no conseguía conciliar el sueño de nuevo. No sabía cómo iba a salir de aquello; no con el corazón indemne, al menos. Aunque le había prometido no presionarla para que se quedase, le iba a costar mucho decirle adiós.

Intuía que tenía poco tiempo para hacer que se convenciera ella sola, que no temiera estar con él, que no quisiera marcharse. Solo estaba en su mano mostrarle lo que podía ofrecerle: el amor, la ternura, y también la familia en la que ya se sentía integrada.

Verla dormida, medio cubierta por las sábanas, le hizo suspirar y desear tenerla así todas las noches. Se inclinó a besarla y, a pesar de su cuidado, Natalia se removió y abrió los ojos.

—Lo siento —se disculpó—. No pretendía despertarte. Pero no he podido contenerme; estás preciosa.

—No soy preciosa, Héctor. Soy una mujer del montón.

—Para mí, sí. Debo reconocer que no me atraen las bellezas exuberantes, prefiero las mujeres que dejan escapar el alma en la mirada, las que ahogan suspiros mientras las besan. Te quiero a ti, y a ninguna otra. ¿Qué debo hacer para que lo entiendas? Lo que siento

no es una atracción pasajera, ni se va a ir a la menor dificultad. Sé lo que te asusta, pero no tienes motivo, te lo aseguro. Si nos das una oportunidad más allá de este fin de semana, no te arrepentirás.

—No quiero pensar en nada ahora mismo. No existe el futuro ni decisiones que tomar, solo este momento. Pero me gusta que me digas lo que sientes por mí, que me regales los oídos.

—Ven aquí, que te vas a cansar de escucharlo.

La rodeó con los brazos y la recostó contra su hombro.

—No soy muy buen orador, se me da mejor escribir que hablar, por eso decidí enviarte los mensajes, pero haré lo que pueda.

—¿Cómo se te ocurrió mandarlos?

—Hay una antigua canción de Cecilia que a mi madre le gustaba mucho y la ponía a menudo en casa. Cuando estaba enamorado de ti, me imaginaba declarándote así mi amor, de forma anónima. En mis fantasías un día tú descubrías que era yo, me confesabas que me correspondías, y éramos felices y comíamos perdices. Lo imaginaba de mil formas distintas, todas muy románticas. Pero las cosas no sucedieron así, te fuiste y yo me quedé desolado porque sabía que no volverías nunca.

—La vida a veces nos da sorpresas.

—Y a mí me la ha dado trayéndote de nuevo a la mía. Mentiría si te dijera que llevo enamorado de ti desde siempre, que nunca te olvidé, porque lo hice. Cuando supe que te habías casado, pasé página y encontré el amor en otra parte. Sin embargo, el día que regresaste te vi pasar en el coche con Fernando y supe que podría volver a sentir por ti lo mismo que en el pasado, y decidí hacértelo saber. Hice aquello que en mi adolescencia no me atreví. Siempre he conocido tu preferencia por el olor del galán de noche, Fernando me lo dijo varias veces, de modo que sustituí las violetas de la canción por tu planta favorita y te di la bienvenida al pueblo y a mi vida. Confié en que entendieras lo que te deseaba transmitir, que no pensaras que era algún tipo de acosador.

—Nunca pensé tal cosa. Me emocionó y me intrigó a partes iguales. Cuando, después de recibir el segundo mensaje, comprendí que no se trataba solo de una bienvenida, los esperaba con mucha ilusión. Pasaba por delante de la puerta cada mañana después de despertarme con la esperanza de encontrar un nuevo sobre.

—El primero se trataba solo de una bienvenida; después, a medida que mis sentimientos cambiaban, te abrí mi corazón en ellos, expresándote lo que no podía decirte en persona, sin asustarte y que salieras corriendo.

—Lo hubiera hecho. Pero esperaba los mensajes con ilusión, y los leía con avidez. El día que recibía uno era especial para mí.

—¿Pensabas que podía ser yo el remitente misterioso?

—Mi galán de noche, te llamaba yo. Eras el menos probable en mi cabeza, al principio. Veía más plausible a Roberto, e incluso a Julián. Debía ser uno de vosotros, porque solo he entablado relación con otros hombres en el pueblo de forma superficial, y los mensajes aludían a la amistad. Pero no te imaginaba deslizándote en medio de la noche hasta mi casa para dejar un ramito y un mensaje, te veía en el papel de padre y de médico, y no me cuadraba. Aunque pronto deseé que fueras tú —confesó depositándole un beso en el pecho.

—¿Vas a hablarme ahora de tus sentimientos?

—No es buena idea poner nombre a mis sentimientos.

—Pero lo tienen. Lo que me digas se quedará entre estas cuatro paredes, no lo utilizaré para retenerte, pero necesito oír de tus labios lo que me demuestras con tus besos, con tus caricias, y lo que me dicen tus ojos cada vez que me miras. Por favor.

—Me gusta estar a tu lado, me das calma y sosiego. Me siento feliz cuando estoy contigo, cuando hacemos el amor. Y cuando me tienes como ahora en tus brazos, querría que el mundo alrededor no existiera, solo nosotros dos, en una burbuja.

Se interrumpió, como si temiera decir demasiado.

—Todo eso tiene nombre; atrévete a dárselo —la animó mientras le acariciaba la cintura con dedos suaves.

—Si lo hago, si lo digo, todo será más difícil. Los dos sabemos lo que sentimos uno por el otro… ¿No te basta con eso?

—Deberá bastarme. Sé que estás asustada, que te aterra lo que hay entre nosotros, pero no eres ninguna cobarde. Y yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que te enfrentes a ello y lo admitas.

—¿Qué piensas hacer?

No respondió. No era necesario poner en palabras lo que podía demostrarse con hechos. La cogió con ambas manos y la colocó sobre su cuerpo, para volver a besarla. Para meterse en su piel y en su alma

y que no quisiera vivir sin él.

***

Eran las doce de la mañana cuando Fernando y Bea bajaron a la playa. Tampoco ellos habían madrugado, se demoraron en la cama y en la ducha y llegaron tarde al horario de desayunos del hotel. Se sentaron en una cafetería del paseo marítimo a realizar la primera comida del día y después se acomodaron en la playa a charlar y a esperar.

—¡Hola! —saludó Fernando cuando se unieron a ellos. Se les veía felices y relajados.

—Hola.

—¿Hace mucho que estáis aquí? —preguntó Bea dejándose caer en la toalla—. Lo siento, se nos han pegado un poco las sábanas.

—No demasiado, también nos hemos levantado tarde. Y para eso hemos venido, ¿no? Para olvidarnos del reloj.

—Pero no está bien dejaros de lado.

—No te preocupes, Bea, Natalia y yo nos distraemos solos.

Una leve risita coreó las palabras del médico, y Natalia sintió que se sonrojaba un poco. Lo que no pasó desapercibido a su cuñada.

—Podemos volver a la habitación si lo deseáis… —sugirió esta—. Por si queréis seguir distrayéndoos

—¿Me estoy perdiendo algo? ¿Qué es lo que todos sabéis y yo no? —preguntó Fernando.

Héctor la interrogó con la mirada y asintió. No le importaba que su hermano supiera que habían pasado la noche juntos, aunque tuviera que soportar su insistencia en que empezara una relación con él en el futuro.

—Que estás dando palos de ciego tratando de enrollar a tu hermana con Roberto, porque no es él quien le hace «tilín» —afirmó su mujer.

—Natalia y yo… sentimos algo uno por el otro —informó Héctor —. Pero no estamos juntos. Así que déjala tranquila y no la presiones.

—¡De modo que vosotros…! Natalia, cariño, prefiero mil veces a Héctor como cuñado…

—Fernando, basta. — Lo cortó en seco. Conocía lo bastante a su hermano para saber que intentaría convencerla de que empezara una relación con su mejor amigo, pero no le apetecía pasar el fin de

semana disimulando. Quería disfrutar cada momento, pasear de la mano o darse un beso si les apetecía—. Aún no hemos decidido qué somos, no busques parentescos. De momento… lo pasamos bien juntos.

—Muy bien, no me meto en vuestros asuntos. Pero me habéis alegrado el día.

—Creía que eso lo había hecho yo esta mañana —le reprochó su mujer con un mohín cariñoso.

—También, cariño, también.

—Anda, vamos a darnos un baño antes de que te pongas pesado y Natalia lamente haberte contado lo que está pasando —propuso Bea.

—Vamos nosotros también.

Se dieron un largo baño y después pasearon cogidos de la mano, como dos parejas de enamorados. Lo que eran, aunque se negara a admitirlo.

Hacer a Fernando partícipe de los sentimientos que ella y Héctor compartían había sido para Natalia una forma más de asumirlos. Recorrer con él de la mano el paseo marítimo, sacar su relación del dormitorio, la hacía sentirse liberada en vez de atrapada, como había pensado que sucedería si los demás se enteraban.

«Es solo este fin de semana», se dijo. «El lunes todo volverá a ser como antes».

Pero ni ella misma se lo creía.

Por la tarde no fueron al castillo. Durmieron la siesta. La excusa, que hacía demasiado calor después de un almuerzo copioso para exponerse al sol. La realidad, que deseaban hacer el amor otra vez.

Ambos sentían que necesitaban aprovechar cada segundo del fin de semana para estar juntos. Héctor para seguir enamorándola, intentando que deseara quedarse a su lado. Natalia, para atesorar recuerdos que rememorar cuando no estuvieran juntos.

Sin embargo, cuando dormitaban abrazados después de haber hecho el amor de forma lenta y perezosa, un pensamiento insidioso se coló en la mente de Natalia: ¿y si se quedaba?, ¿y si encontraba una forma de ganarse la vida sin necesidad de marcharse de Pórtugos?, ¿y si hacía suya a aquella familia a la que ya quería y de la que le costaría separarse? Porque no solo Héctor se había metido bajo su piel, también sus hijos lo habían hecho.

Después, la realidad le arrojó un jarro de agua fría por encima. ¿Y si el cáncer se reproducía? ¿Tenía derecho a involucrar en algo así a Héctor y a los niños? Ellos ya habían sufrido una pérdida, no soportarían otra. Tenía que marcharse, aunque cada vez sintiera más ganas de no hacerlo, de refugiarse en los brazos que en aquel momento la envolvían y ser feliz.

—¿En qué piensas? —preguntó una voz somnolienta en su oído.

—En ti.

—Eso me halaga. ¿Puedes concretar más?

—En que eres guapísimo —bromeó—, que tienes un cuerpazo, y los ojos más bonitos que he visto nunca. Y transparentes.

—¿Transparentes?

—Sí, cuando te emocionas y cuando te excitas.

—De modo que tengo un baremo, además del obvio de todos los hombres, para mostrarte mi estado.

—Sí.

—¿Y ahora?

—Llevas con los ojos transparentes desde que emprendimos ayer el camino. Ahora también.

—¿Quieres repetir?

—Quiero que me abraces.

—Eso está hecho.

La rodeó de nuevo con los brazos, atrayéndola, haciéndola sentir querida y deseada. Se relajó contra él mientras intercambiaban besos suaves y lánguidos, besos de amor, y de nuevo desechó cualquier pensamiento que no fuera aquel momento y la sensación maravillosa de estar con él.

***

El resto del fin de semana transcurrió como un sueño, feliz, inolvidable y demasiado corto. Pero todo llega a su fin y el domingo, después de almorzar temprano, regresaron a Pórtugos para estar en el pueblo cuando volvieran los niños de su excursión.

En esta ocasión Héctor se sentó junto a Natalia en el asiento trasero y retuvo y acarició su mano durante todo el trayecto. El sueño terminaba, era hora de despertar, pero mientras se acercaban a su destino, Natalia tenía la certeza de que pocas veces en su vida se había sentido tan feliz. Ni siquiera en su viaje de novios, porque entonces la

vida le sonreía, y cuando esto sucede no se sabe apreciar lo que se tiene. Se piensa que la felicidad es un derecho y se disfruta de una forma más superficial. En esta ocasión era diferente, había saboreado cada instante, cada beso con una intensidad jamás experimentada. Como si fuera el último, algo que probablemente sería cierto.

Llegaron al pueblo y rehusó la oferta de Héctor de que fueran juntos a recoger a los niños. Si lo hacía, con toda seguridad se quedaría a cenar con ellos… y a dormir. Y el sueño había acabado, era el momento de despertar.

Capítulo 28

Volver a la rutina supuso un duro golpe para Héctor. La ficha estaba en el tejado de Natalia y debía dejar que fuera ella quien tomara una decisión, aunque cada fibra de su cuerpo le pedía insistir, verla, suplicarle incluso que no se fuera. Pero no lo haría.

Recogió a sus hijos cuando llegaron en el autobús tratando de apartar cualquier otro sentimiento personal. Estos estaban encantados con la experiencia vivida en la acampada, y hablaban sin cesar, contándole mil peripecias, distrayéndolo de las elucubraciones que su mente se empeñaba en hacer. Tocaba ejercer de padre y sus pequeños merecían toda su atención.

Pero cuando al fin logró que se durmieran, la tentación de llamar a Natalia se hizo insistente. Hacía apenas unas horas que se habían separado y ya la echaba de menos.

Cuando le sonó el teléfono después de la cena, el corazón le dio un brinco, pero solo vio el nombre de Fernando en la pantalla. Decepcionado, pulsó el icono de descolgar.

—Dime.

—¿Puedo ir a verte? Alicia ya está en la cama, completamente agotada, e imagino que tus hijos también. Me gustaría charlar un rato contigo.

—¿Vas a ejercer de «hermano mayor de la chica»? Mis intenciones son serias —bromeó, aunque sabía que Fernando jamás actuaría así.

—No. Voy a ejercer de amigo.

—Vale. Te espero.

Diez minutos después ambos se encontraban cara a cara con una copa delante.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, temiendo un interrogatorio.

—¿Cómo estás?

—Pues un poco cansado, igual que tú —comentó—. Ha sido un fin de semana intenso.

—No me refiero a eso. Natalia está decidida a marcharse de nuevo; sé lo mal que estuviste la otra vez, y me preocupa que vuelvas a pasar por lo mismo.

—He asumido que se irá, y ya no tengo veinte años. Lo superaré, igual que lo hice entonces.

—Te conozco, Héctor, y sé que no eres hombre de sentimientos superficiales. He podido verte, veros, este fin de semana y me consta que estás mucho más pillado que entonces.

—Sabía dónde me estaba metiendo, Fernando. Pero tienes razón, mis sentimientos son ahora mucho más profundos.

—¿No vas a hacer nada para que se quede?

—¿Qué podría hacer más de lo que ya estoy haciendo? Quererla, demostrarle lo importante que es para mí, no puedo hacer otra cosa. Pero tú la conoces mejor que yo, es muy cabezota y, cuando se le mete una idea en la cabeza, es difícil que dé marcha atrás. También ella lo va a pasar mal si se va, pero está asustada. Ha pasado por experiencias muy duras y le quedan secuelas emocionales. Sé que puedo ayudarla a superarlas, pero es ella quien tiene que decidir si quiere que lo haga.

—El cabronazo de su exmarido la dejó muy tocada. Le habría dado de hostias de saber lo que estaba pasando, pero no me lo dijo hasta que se separaron. ¿Te ha contado que le dio un mes para abandonar la casa antes de dejarla en la calle?

—Sí, lo ha hecho. Y siento las mismas ganas de machacarlo que tú; por fortuna Natalia ha pasado página, pero es normal que sienta miedo a entregarse a una nueva relación. Tal vez he llegado a su vida demasiado pronto.

—¿Quieres que hable con ella? Le diré que tú no eres como él, que nunca la abandonarías a su suerte.

—No, déjalo. Mi esperanza es que se convenza de que lo va a pasar peor sin mí que conmigo. Pero debe hacerlo ella sola.

—Sabes que me encantaría tenerte por cuñado, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Y a mí. El tiempo dirá; aún no se ha ido y yo no he tirado la toalla.

—Eso es lo que quería escuchar. Y ahora, me voy, que si estás la mitad de cansado que yo, vas a echarme en cuestión de minutos.

—Lo estoy, pero jamás te echaré de mi casa. Gracias por venir.

—No hay de qué. Hablamos.

Fernando apuró su copa y después se levantó y se fue, dejándolo solo con sus pensamientos. Por fortuna era cierto que se encontraba agotado, que el fin de semana había sido intenso tanto sexual como emocionalmente, y se durmió en cuanto apoyó la cabeza en la almohada.

***

Natalia se levantó tarde aquella mañana. Le costó conciliar el sueño, su cabeza no cesaba de rememorar momentos vividos durante los dos días anteriores, en un torbellino de emociones: placer, felicidad, amor y miedo se mezclaban en su cabeza sin que fuera capaz de separarlos. Se permitió permanecer en la cama más tiempo del habitual, medio adormilada, hasta que se hizo necesario preparar la comida que compartiría con Julián.

Antes de tomar el desayuno, como si tuviera un presentimiento, se acercó al buzón y una sonrisa iluminó su cara al encontrar lo que ya imaginaba: un nuevo sobre. Junto al ramito, la consabida nota:

> Gracias por un fin de semana maravilloso e inolvidable. Te quiero.
> Héctor

En esta ocasión había firmado. Apretó el papel contra su pecho, llena de emoción, y lo guardó con el resto de los mensajes.

Tras el desayuno, comenzó a preparar el almuerzo preguntándose cómo le habría ido a su vecino, si habría encontrado el valor de enfrentarse a la mujer que seguía amando.

Una llamada de teléfono la sobresaltó, y se apresuró a responder. No era Héctor para invitarla a una cerveza, comprobó con alivio y decepción a la vez.

—¿Diga?

—¿Natalia Méndez?

—Sí, soy yo.

—Le llamo de la editorial Loria. Hemos recibido su currículo junto con una solicitud de empleo para el puesto de traductora y su perfil nos parece muy interesante. ¿Podríamos concertar una entrevista y una prueba?

—Por supuesto.

—Tenemos sede en Málaga. ¿Podría venir mañana a las cuatro de la tarde?

—Allí estaré.

—Bien, hasta mañana.

Colgó con el corazón palpitante. Lo que tanto deseaba y temía a la vez se había producido. Tendría que avisar a Héctor de que no podría ocuparse de sus hijos la tarde siguiente. De que tal vez tuviera que buscarle una sustituta permanente en breve plazo.

Lo llamó cuando calculó que había terminado la consulta. No quería tenerlo delante cuando le diera la noticia, no soportaría ver sus ojos verdes llenos de pesar.

—¡Hola, Natalia! —respondió él con voz alegre—. Dime que me llamas para invitarme a una cerveza. Esta vez te toca a ti.

—No, Héctor, lo siento. Te llamo para decirte que mañana no podré dar la clase con los niños; tengo una entrevista de trabajo y una prueba en Málaga.

—¡Vaya! Eso es estupendo —dijo en un tono afligido que desmentía sus palabras—. ¿Qué tipo de trabajo? Me dijiste que habías enviado currículos a varias empresas.

—En una editorial, como traductora —respondió—. ¿Te puedes apañar con ellos?

—Los dejaré en casa de Fernando o me los llevaré, como hacía antes. No te preocupes por nosotros.

—Gracias.

—Mucha suerte. Espero que consigas el trabajo.

—Yo también. Lo necesito. Ya te cuento cómo me ha ido.

—Sí, por favor, mantenme informado.

Terminó la llamada. Era consciente de que ninguno de los dos sabía qué decir a continuación, de que la amenaza del adiós se cernía sobre ellos, de que lo que hasta el momento había sido una posibilidad se había vuelto real y tal vez inminente.

Cuando llegó Julián para almorzar lo recibió con fingida alegría. Él sí parecía feliz.

—Hola. ¿Cómo te ha ido el fin de semana? —le preguntó interesada.

—Mejor de lo que pensaba. Fui a Trevélez otra vez.

—¿Y?

—Vi a Alba.

—¿Y? No me tengas en ascuas.

—Esta vez llamé a su puerta. No se arrojó en mis brazos, pero tampoco lo esperaba. Hablamos durante un buen rato y no me guarda rencor. Comprende que las cosas no estaban bien entre nosotros por culpa de su adicción y que ella hubiera hecho lo mismo en mi lugar. Ha aceptado que volvamos a vernos con regularidad, a ver qué pasa.

—Eso significa que todavía siente algo por ti, porque yo no aceptaría volver a ver a mi exmarido por nada del mundo. Yo sí lo he olvidado, no queda nada del amor que un día le tuve.

—Ella me ha confesado que todavía tiene sentimientos hacia mí, pero hay heridas que cerrar, y cosas que perdonar, por parte de los dos. Los últimos tiempos fueron difíciles, pero vamos a intentarlo. De momento nos veremos como buenos amigos y el tiempo dirá si podemos reconstruir lo que tuvimos.

—Me alegro mucho, Julián.

—No es un sí, pero tampoco me ha dado con la puerta en las narices. Confío en que podremos arreglarlo. ¿Y tú? Por tu cara no pareces muy feliz.

—Estoy contenta. He pasado un buen fin de semana y hace un rato me han llamado para hacer mañana una entrevista de trabajo en Málaga.

—Y ya veo que estás entusiasmada.

—Es lo que quiero, lo que necesito.

—¿Cómo vas a ir?

—En autobús. Es una paliza porque el recorrido implica subir a Granada y volver a bajar, más de cinco horas de trayecto, y tendré que coger un hotel para pasar la noche en Málaga, porque la entrevista es a las cuatro de la tarde y no hay combinación para volver después.

—Yo te llevo. Por la costa son unas dos horas, podemos ir y regresar en el día.

—¿En serio? ¿Harías eso por mí? ¿Y tu trabajo?

—Soy mi propio jefe y en este momento la cosa está floja. Puedo permitirme un día libre. Y por ti haría lo que sea, eres mi amiga. ¿O no?

—Lo soy, y te lo agradecería mucho. La idea de semejante paliza de kilómetros no me seduce. Por supuesto yo te pago la gasolina.

—Ya hablaremos de eso. De momento, ¿te parece si quedamos a las diez? Cuando se trata de viajar me gusta ir con margen de tiempo.

—Es una buena hora. Gracias, Julián.

—No me las des. Solo invítame a una buena comida antes de irte, si consigues el empleo. Y alegra la cara; es lo que quieres, ¿no?

—Sí, es lo que quiero.

—Pero parece como si te enfrentaras a una sentencia de muerte.

—Os he cogido mucho cariño a todos en el pueblo. Me costará deciros adiós, pero la vida es eso, ¿no? Ir dejando gente atrás.

—No necesariamente. ¿No te has planteado convertir tu casa en un alojamiento rural? Eso da buenos beneficios.

—Has hablado con Fernando del tema, ¿no? Porque piensa lo mismo y ha tratado de venderme la idea.

—Me preguntó mi opinión, y le dije lo mismo que a ti.

—Necesitaría una buena reforma.

—Y tienes la mejor empresa de la comarca a tu disposición.

—Pero no el dinero —suspiró.

—De modo que sí lo has pensado. El dinero no sería problema, yo te haría la reforma y me pagarías poco a poco cuando empezaras a tener beneficios. No habría que hacerlo todo a la vez, podrías empezar con unos pocos arreglos básicos, y continuar reformando por habitaciones, como hacen los hoteles. También te haría la promoción por la zona, tengo muchos contactos.

—Vamos mañana a Málaga a ver qué me dicen —zanjó el tema sin hacer caso a los cantos de sirena que sonaban en sus oídos.

—Pues me marcho entonces, que debo organizar algunas cosas para tomarme el día libre.

Julián se fue, dejándola una vez más sumida en sus pensamientos. Apartó la idea de la casa de su cabeza. Trataría de conseguir un trabajo remunerado porque su instinto le decía que lo mejor era irse del pueblo.

Capítulo 29

Natalia salió muy satisfecha de la entrevista. Además de las preguntas de rigor le hicieron realizar una prueba traduciendo un trozo de una novela del español al inglés y otro del inglés al español, algo que le resultó muy fácil. Nunca había traducido literatura, pero le gustó la experiencia.

Le dijeron que la llamarían en breve con el resultado de la prueba, y se encontraban a medio camino de regreso cuando recibió la llamada confirmándole que el puesto era suyo. Debería incorporarse el lunes siguiente y realizar un curso intensivo de quince días para aprender las herramientas informáticas con las que la editorial trabajaba y conocimientos de interpretación de textos. Después se uniría al equipo de traductores de forma inmediata.

Julián asistía en silencio a la conversación mientras conducía con mano experta por las traicioneras curvas y, cuando terminó de hablar, la felicitó.

—Enhorabuena. Lo has conseguido.

—Sí; ya tengo trabajo —afirmó sin sentir la euforia que debería.

—¿La pega? —preguntó él.

—Que es de incorporación inmediata. Apenas tendré tiempo para despedirme de todos. Empiezo el lunes con un cursillo de adaptación.

—Te organizaremos un *fiestorro* por todo lo alto.

—Ni se te ocurra. Haré algo con mi hermano y familia y Héctor y los niños, y por supuesto te prepararé esa comida especial y suculenta que te mereces, pero lo haré por separado con todos vosotros. No siento que tenga gran cosa que celebrar para montar una fiesta.

—Si no te va bien, si el trabajo no te gusta o no te compensa estar

lejos del pueblo y de la gente que quieres, no olvides que tienes la opción del alojamiento rural.

—No lo olvido, pero estoy segura de que me adaptaré.

—¡Cabezota!

No respondió. Siempre lo había sido, si tomaba una decisión le costaba mucho dar marcha atrás.

Cuando llegaron al pueblo, ya anochecido, pasó por casa de Héctor antes de entrar en la suya. Él debía ser el primero en enterarse y no quería decírselo por teléfono. Con toda probabilidad los niños ya estarían acostados, pero había luz en el salón. Llamó decidida a afrontar el mal trago.

—Natalia… —susurró él cuando le abrió la puerta. Había expectación en su mirada.

—¿Puedo pasar?

—Claro. Los niños ya están dormidos —advirtió.

—Lo imagino, pero prefiero decírtelo a ti primero, sin que estén delante.

La precedió hasta el salón, y se sentaron cada uno en un sillón, manteniendo las distancias.

—Te han dado el puesto.

—Sí.

Él asintió.

—Enhorabuena. ¿Cuándo? —preguntó con la inquietud pintada en el rostro.

—El lunes comienzo con un curso en Málaga y la incorporación será inmediata. Necesitan cubrir la plaza con urgencia. Las condiciones son buenas y el sueldo también.

—Mentiría si te dijera que me alegro. Esperaba que sucediera algo (un milagro tal vez) que te hiciera cambiar de opinión.

Lo miró a los ojos, que no podían ocultar un hondo pesar.

—Lo siento, Héctor. Yo no quería que pasara esto… Debí apartarme de ti, de vosotros, cuando comprendí lo que estaba ocurriendo; pero no fui capaz.

—Yo no te hubiera dejado hacerlo. No te atormentes, no me arrepiento ni de un segundo de lo que he vivido contigo.

—Yo tampoco, pero no quiero hacerte sufrir, ni a los niños. —Respiró hondo—. Me gustaría despedirme de ellos con algo especial.

¿Los traerías a comer a mi casa el sábado? Debería irme el domingo, pues debo incorporarme el lunes a las ocho de la mañana.

—¿Dónde te alojarás?

—En estos días buscaré un hostal económico mientras encuentro un apartamento, o tal vez una habitación en un piso compartido. No lo sé, no esperaba que esto fuera tan inmediato

—Si necesitas dinero para los primeros días…

—Se lo pediré a Fernando. No te ofendas, pero es mejor así.

—De acuerdo. Solo quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti, si no deseas como pareja, como amigo. No te olvides de nosotros, los niños y yo te queremos.

—Lo sé, y no tengo intención de hacerlo. Vendré a menudo, no pasarán otros quince años hasta que vuelva al pueblo.

—Eso espero. Te vamos a echar mucho de menos.

—Y yo a vosotros. Siento a tus hijos un poco míos también y no podría alejarme de ellos de forma definitiva. Pero tú y yo… lo nuestro… se nos ha ido de las manos. Y tengo que volver a colocarlo en un plano que pueda manejar.

—¡Cabezota!

—Es la segunda vez que me lo dicen hoy, por lo tanto, debo serlo —confesó ahogando un suspiro.

—¡Ven aquí! —dijo Héctor acercándose en dos zancadas. La hizo levantarse y la abrazó, como si hubiera intuido que estaba a punto de echarse a llorar.

—Tranquila, no pasa nada —susurró con voz calmada, esa que la hacía sentir bien le dijera lo que le dijese.

Enterró la cara en su hombro y dejó que la emoción la embargara. Él no hizo intención de besarla, solo la abrazó hasta que el momento de debilidad hubo pasado. Cuando se separó un poco, la miró a los ojos y le preguntó con voz ronca:

—¿Quieres quedarte a pasar la noche? Como despedida.

La tentación era fuerte, pero se sentía demasiado alterada para hacerlo y seguir manteniéndose firme en su decisión.

—Quiero, pero no voy a hacerlo. Tenemos que empezar a poner distancia ya. —«O no podré».

—Como prefieras.

—Me voy… nos vemos el sábado en casa.

—Allí estaremos.

***

El sábado estuvo cargado de emociones. El viernes había almorzado y pasado la tarde con Fernando y su familia; también cenó con Julián un auténtico banquete digno de los mejores restaurantes. Pero el domingo deseaba dedicarlo en exclusiva a Héctor y a sus hijos.

Preparó un almuerzo que haría las delicias de cualquier crío: pizza, croquetas, empanadillas, tarta de chocolate y helado. Y chuches, dijera su padre lo que dijera sobre alimentación sana. Era un día especial.

Sus invitados llegaron a la una, y en la cara de sus pequeños alumnos vio el pesar por su inminente marcha.

Se esforzó en mostrarse alegre, en enterrar el dolor que ella misma sentía. Había acondicionado el patio para almorzar en él, a mitad de septiembre ya no hacía un calor abrasador, y con la sombrilla cubriendo la mesa y las cuatro sillas estarían cómodos. Las plantas habían florecido y una combinación de colores daba un toque alegre al entorno.

En cuanto entraron en el recinto, Héctor posó su mirada en la maceta de galán de noche que Roberto le había proporcionado cuando plantaron las flores. Una conexión se estableció entre ambos. Sintió sus ojos más transparentes que nunca y tuvo que hacer un esfuerzo para no correr a sus brazos.

—¡Mira, Rubén! —exclamó el pequeño—. Nuestros dibujos.

Los había colocado en la pared del patio que lindaba con la casa mediante chinchetas, pero tenía la intención de llevárselos a Málaga con ella. Esos dibujos la acompañarían dondequiera que fuese.

—Pues claro. Ya os dije que los colgaría en mi casa.

—No te hemos hecho un dibujo hoy, pero te hemos comprado un regalo con el dinero de nuestra hucha.

Los niños mostraban un pequeño paquete, que le tendían. Lo abrió, muy consciente por la forma de que se trataba de una taza. Pero no pudo evitar la emoción al comprobar que, estampada en la porcelana blanca estaba una de las fotos que Héctor les había tomado a los tres en el Parque de las Ciencias. Debajo, unas palabras: Te queremos, Natalia.

Alzó la vista hacia el hombre que la contemplaba en silencio.

—Tú no estás en la foto.

—Yo estoy detrás —murmuró.

Al darle la vuelta a la taza contempló un ramito de galán de noche y debajo también un mensaje: Te quiero.

Sintió que las lágrimas le inundaban los ojos y se agachó para abrazar a los dos niños a la vez.

—¡Gracias! Es preciosa… Me gusta mucho, chicos.

—Es para que te acuerdes de nosotros cuando te tomes el café —informó Rubén.

—Siempre me acordaré de vosotros, a todas horas, os lo prometo. Os llamaré por teléfono a menudo y vendré a veros cuando tenga vacaciones. Me tenéis que contar cómo os va en el colegio, que empezáis esta semana.

—Yo les voy a decir a todos que ya sé inglés —aseguró Juanma muy ufano.

Reticente, los soltó y volvió a encontrarse con la mirada de Héctor.

—Gracias.

—Ellos han puesto el dinero y la idea, y yo me he encargado de hacer estampar las imágenes. ¿No merezco también un abrazo? —preguntó con una sonrisa invitadora.

—Por supuesto que sí.

Se dejó envolver en sus brazos y lo rodeó a la vez con los suyos por la cintura. Enterró la cabeza en su pecho y ahogó un sollozo. Las manos masculinas le recorrieron la espalda, en una caricia lenta y sensual que le despertó el deseo. Se apartó con esfuerzo y se dirigió de nuevo a los niños.

—Bueno… —carraspeó para combatir la emoción ¿Quién quiere un refresco? Lo siento. —Se dirigió a Héctor con tono de disculpa—. Hoy pienso malcriarlos, digas lo que digas.

—Permiso concedido.

Refrescos, patatas fritas, croquetas y demás alimentos ocuparon la superficie de la mesa para que se sirvieran lo que desearan. Natalia bebió su cerveza en la taza de porcelana ante las risas de los niños, que le informaron de que las tazas eran para el café y el Cola-Cao, y la cerveza se bebía en vasos. Pero ella afirmó que todo sabía mejor en aquella taza tan especial.

Héctor se mantuvo bastante silencioso durante el almuerzo, sin

dejar de clavar en ella miradas intensas que le removían el alma. Parecía un cachorro abandonado pidiendo amor, y se sintió muy malvada por negárselo, más cuando todo su ser anhelaba lo mismo.

Después del almuerzo dedicaron la tarde a uno de los juegos favoritos de los niños, el Pictiornary. A sus pequeños amigos les encantaba dibujar, y Juanma, para su edad, poseía bastante aptitud. Tenía que recomendarle a Héctor que la potenciara. Pero recordó que se marchaba al día siguiente y, aunque tenía intención de no romper el contacto y cumplir su promesa de volver para verlos en vacaciones, estaría fuera de sus vidas y no le correspondería recomendar nada al que era un magnífico padre.

Durante unas horas las risas llenaron el patio, el juego los absorbió por completo haciéndoles olvidar el motivo de aquella reunión.

Al fin la tarde terminó y también las partidas. Héctor conminó a sus hijos a despedirse.

—Chicos, tenemos que irnos. Es casi de noche y Natalia tendrá cosas que preparar.

—¿Ya te vas mañana? —preguntó Rubén.

—Sí, cariño, muy temprano.

—Te vamos a echar mucho de menos.

—Vamos a hacer una cosa. Cuando os acordéis de mí, me hacéis un dibujo y me lo guardáis para cuando venga.

—Yo no quiero que te vayas —pidió Juanma con un puchero.

—Hijo, tiene que hacerlo —le recriminó su padre con ternura—. Ya lo hemos hablado. Igual que os tenéis que quedar en el centro de verano para que yo vaya al trabajo, ella debe irse porque el suyo está en otra ciudad y no puede volver todos los días a dormir al pueblo. Pero vendrá a vernos siempre que pueda, ¿verdad? —La miró a los ojos pidiendo confirmación, no solo para los niños.

—Claro que vendré —aseguró. Y decía la verdad. No sería capaz de alejarlos de su vida para siempre.

El niño se abrazó a sus piernas, y se agachó para estrecharlo también. Rubén se les unió.

—Os quiero mucho, y nada, nada, me impedirá venir a veros en cuanto tenga unos días libres —aseguró tratando de contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

Héctor acudió en su ayuda.

—Vamos, chicos, tenemos que irnos.

Se separaron con reticencia y dejaron que su padre los sacara de la casa y los acomodara en el coche.

—Quedaos aquí —susurró este una vez los hubo asegurado en las respectivas sillas—. He olvidado una cosa. En seguida vuelvo.

Entró en el zaguán, donde Natalia se enjugaba unas lágrimas que al final no había podido contener. Sin mediar palabra la abrazó y buscó su boca, hambriento y desesperado. Ella respondió sin reservas. Pudo saborear la sal de sus lágrimas en sus labios, y el deseo en su cuerpo que se apretaba contra el suyo.

—¿Quieres que deje a los niños con Fernando y venga a pasar la noche contigo? —preguntó contra su boca.

—Es mejor que no, que nos despidamos ahora. Mañana me vendrá a buscar Fernando temprano para llevarme a Málaga y aún tengo algunas cosas que meter en la maleta.

—Como quieras.

Volvió a besarla, con un beso largo e intenso que sabía a despedida. Y se marchó dejándola sola en el zaguán. Los sollozos ahogados lo acompañaron hasta el coche donde lo aguardaban sus hijos.

—Cabezota —susurró para sí.

Capítulo 30

Natalia

¡Cabezota, cabezota, cabezota! Me repetía una y otra vez en el silencio de la noche en medio de un insomnio aterrador. Me lo habían dicho Julián y Héctor, y este lo había musitado otra vez entre dientes mientras se alejaba de mi zaguán. Y no cesaba de reiterarlo mi cabeza, en medio de un mar de lágrimas.

No conseguía dormir, solo llorar por lo que estaba a punto de perder, algo que nunca había tenido antes: una familia.

Después de que Héctor me lo comentara había pensado en la adopción, pero ahora no veía la necesidad: ya tenía dos niños a los que adoraba, y un hombre maravilloso al que me estaba costando la vida dejar. Me había enamorado en poco tiempo como nunca soñé que volvería a hacerlo, no con el amor apasionado e impulsivo de la juventud, sino con el de una mujer adulta que sabe lo que quiere. Y en aquel momento, yo quería a Héctor.

Todos los impedimentos en que me había escudado para no comenzar una relación con él se estaban desmoronando aquella noche, rebatidos uno a uno por ese corazón que me latía como loco desde que me besó al despedirse, que no quería decirle adiós.

El primer argumento era que no deseaba sufrir si la relación salía mal, si él me dejaba en el futuro como había hecho Lorenzo. Pero ¿acaso no estaba sufriendo en aquel momento por dejarlo yo? Sentía el corazón desgarrado, la pena me ahogaba y no podía contener las lágrimas por la pérdida.

Tampoco quería empezar una relación amorosa después del fracaso de la anterior, pero la empecé ya desde el momento en que había

pasado la primera noche con él, aunque no lo hubiera admitido.

Otra de las razones que me había repetido era que necesitaba un trabajo, pero todos me habían ofrecido una opción que me había negado a contemplar con tozudez: La de convertir la casa en un alojamiento rural. No me desagradaba la idea, podría separar un par de habitaciones para mí y acondicionar el resto para alquilar, bien por habitaciones o como alojamiento completo. Seguro que Julián podría ofrecerme buenas ideas y hacer algo decente con un presupuesto no demasiado costoso.

Esperaba que fuera suficiente para poder mantenerme económicamente, podía aguantar un poco de tiempo cocinando para Julián mientras el proyecto comenzaba a dar frutos, pero lo que no aceptaría de ninguna forma era que Héctor me siguiera pagando por estar con los pequeños. Eran mis niños.

También podría ofrecer mis servicios al colegio una vez que comenzara el curso para dar clases extraescolares de inglés. Habría muchas opciones de trabajo si las buscaba, estaba segura, si dejaba a un lado mi cabezonería.

¿Qué diablos pintaba yo en Málaga si todo lo que quería estaba en Pórtugos? Me pregunté y solo obtuve una respuesta: nada. Solo ser infeliz. Me enjugué las lágrimas y tomé una decisión. No me iría.

Una vez asumido que no me marcharía por la mañana me sentí mejor, las lágrimas cesaron y una sensación de plenitud y felicidad se apoderó de mí. Miré el reloj. Eran las cinco de una madrugada insomne; había quedado con Fernando a las ocho para marcharnos, pero sabía que mi hermano desconectaba el sonido del móvil por la noche, por lo que le envié un mensaje sin temor a despertarlo a horas tan intempestivas:

«No vengas a buscarme, me quedo en Pórtugos. Me plantearé lo de la casa rural. Ya te llamaré».

Después, traté de imaginar la cara de Héctor cuando se lo dijera. Pero a él no le mandaría un mensaje de teléfono; se lo diría de otra forma.

***

Héctor

El sueño se negaba a acudir. Daba vueltas en la cama, tratando de no pensar en que por la mañana Natalia se alejaría de mí por segunda

vez. Había intentado engañarme pensando que estaba preparado para asumirlo, pero no era verdad. Dolía tanto como la primera vez, porque sabía que de nuevo iba a perderla, y en esta ocasión ya había probado lo que era tenerla en mis brazos y hacer el amor con ella.

Aunque volviera al pueblo como había prometido, las cosas ya no serían iguales entre nosotros. Y de nuevo me tocaría ser fuerte por mis hijos, porque ellos también iban a echarla de menos, tanto o más que yo.

No sabía qué había hecho mal, por qué no había sabido convencerla para que se quedara con nosotros. Se la veía tan feliz en nuestra compañía, jugando con mis hijos, cuando me miraba y cuando me abrazaba. Era una mujer muy distinta de la que vi la primera vez en la consulta y estaba seguro de que mi amor había contribuido a ello. ¿Por qué no quería verlo? ¿Por qué insistía en alejarse de mí?

Tal vez debería haberla ayudado a encontrar un trabajo en el pueblo, tal vez podía haber hecho más por convencerla… tal vez… Solo podía hacerme reproches. Ya era tarde para todo, solo cabía esperar que se sintiera sola en una ciudad extraña y quisiera regresar. Yo la acogería con los brazos abiertos, los tres lo haríamos.

No había sabido qué responderles a mis hijos cuando, después de regresar, me preguntaron si no podíamos decirle a Natalia que trabajara como nuestra mamá. Traté de explicarles que ser mamá no era un trabajo, pero me salió una chapuza, porque no había nada que yo deseara más.

Ellos también estaban pasando una noche inquietos, quisieron beber agua, hacer pis, cualquier cosa que les permitiera llamarme. Había acabado por meterlos a los dos en mi cama, advirtiéndoles que sería algo excepcional, pero yo también me sentía solo aquella noche y los necesitaba tanto como ellos a mí.

***

Héctor se levantó de la cama al alba, dejando a los niños dormidos en ella. Apenas empezaba a clarear, y se sentó en el salón, agotado por la larga noche de insomnio. En breve se prepararía un café que lo ayudara a despejarse, pero en aquel momento se sentía aletargado, como si estuviera bajo los efectos de un narcótico.

Natalia estaría preparándose para salir, y se preguntó si aún podría llamarla y suplicarle que lo pensara mejor. Intentarlo una última vez.

Pero, enterrando la cara en las manos, se dijo que debía dejarlo ya, que eso solo podía acarrearles más dolor a los dos.

De repente escuchó un leve ruido en la puerta de entrada, un sonido que no supo identificar. Se levantó presuroso y el corazón le golpeó con fuerza en el pecho al ver un sobre, similar a los que él dejaba en casa de Natalia, que había caído por la rendija del buzón al suelo. Se agachó a cogerlo y lo abrió con cautela. Dentro, un ramito de galán de noche y una nota doblada:

Te quiero. No puedo irme y alejarme de vosotros. Estaré en casa.

Abrió la puerta y la vio alejándose por la acera.

—¡Natalia! —exclamó saliendo detrás de ella, en pijama, descalzo y con el corazón desbocado.

Ella se volvió y corrió a su encuentro. Se abrazaron en medio de la calle.

—¿Es cierto? ¿Vas a quedarte? —preguntó anhelante.

—Si aún está en pie la oferta de ofrecerme un techo mientras reforman mi casa…

—La oferta incluye mucho más: un techo, una cama, dos niños revoltosos que te quieren contratar como mamá. Y un hombre que te adora. ¿Qué dices?

—Que acepto.

—Pues ven a casa que si te demuestro mi júbilo en la calle perderé el respeto que como médico me he ganado en todos estos años. A pesar de lo temprano de la hora, seguro que hay algún o alguna cotilla mirando detrás de los visillos.

Abrazados recorrieron los pocos pasos que los separaban de la vivienda. Apenas la puerta se hubo cerrado a su espalda, la rodeó con los brazos y buscó su boca con avidez, expresando en el beso todos los sentimientos que lo habían acosado durante la noche. El deseo se hizo patente por parte de los dos.

—Te llevaría a la cama, pero me temo que está ocupada en este momento.

—¿Y eso?

—Los hombres de esta casa han estado muy tristes esta noche y han necesitado consolarse mutuamente.

De la mano la llevó hasta su dormitorio donde, en medio de sábanas revueltas, Rubén y Juanma dormían plácidamente. Lamentó haberles hecho sufrir, pero estaba dispuesta a compensarles.

—Me temo que vamos a tener que esperar a la noche para celebrar esto como me gustaría. Es el inconveniente de tener niños, porque dudo que tarden mucho en despertarse.

—No es un inconveniente. Esperaré lo que haga falta. Tenemos todo el tiempo del mundo. ¿Me podrías ofrecer un café? Estoy hecha polvo, no he podido dormir ni una hora esta noche.

—Un café bien cargado, yo también lo necesito; pero deja que te bese otra vez, antes de que los enanos te acaparen. Porque es lo que harán en cuanto se despierten.

—Lo imagino. Pero primero me dejo acaparar por su padre durante un rato.

—¿Antes o después del café?

Lo pensó solo un segundo.

—Antes.

La llevó al sofá dejando abierta la puerta del dormitorio para escuchar a los niños cuando se despertaran, y la besó hasta que le dolieron los labios. Tiempo habría para preguntarle qué la había hecho cambiar de opinión. Para explicaciones y planes futuros. De momento, solo quería vivir el presente, y el presente era su boca y saber que se quedaba a su lado.

Por mucho cuidado que tuvieron, los pillaron. Una vocecita interrumpió el beso que se daban en aquel momento.

—¡Rubén, ven, que papá le está dando un beso a Natalia como los de las películas!

Se separaron de inmediato.

—Tendrán que acostumbrarse —dijo Héctor con una sonrisa, observando el azoramiento que se había apoderado de ella.

—Chicos, papá y yo…

—Papá te está convenciendo para que seas nuestra mamá, ¿verdad que sí? —afirmó el mayor, con aire de suficiencia.

—Lo estaba intentando —rectificó.

—Para que vuelvas pronto pronto —añadió su hermano.

—No, cariño, no me voy a ir. Me quedo con vosotros.

—¡Biennn!

Ambos niños les saltaron encima en un revoltijo de brazos y piernas, de besos y abrazos.

Héctor se zafó como pudo, murmurando:

—Creo que es el momento de preparar el desayuno.

Por encima de los niños se miraron, los ojos del hombre más transparentes que nunca. Natalia hubiera jurado que incluso estaban húmedos de lágrimas no derramadas.

¿Cómo había podido pensar en dejarlos? ¿Que sería feliz en otro lugar si en el pueblo estaba todo lo que amaba? Dos niños a los que consideraba sus hijos y el hombre más maravilloso del mundo. Su galán de noche. No necesitaba nada más.

Epílogo

Siete meses después

Natalia miraba emocionada a su alrededor. Un nutrido grupo de habitantes del pueblo se había reunido en el patio de su casa para inaugurarla como alojamiento rural. Entre ellos su hermano, socio en aquella aventura, y Bea, que lucía un incipiente embarazo. No faltaban Roberto y su pareja, aunque habían acudido por separado y se saludaban y conversaban como simples conocidos, ni Julián, el artífice de la magnífica reforma que había convertido una casa vieja y anticuada en un alojamiento lleno de encanto.

Seguía conservando la puerta azul, pero poco más. Las ventanas se habían agrandado para hacerla más luminosa y el interior que antaño había sido un compendio caótico de habitaciones enlazadas, se había convertido en un pequeño apartamento para ella compuesto de sala de estar-cocina y dormitorio con un baño, independiente del resto de la casa, y cinco habitaciones con baño que se podían alquilar por separado o formando parte de una casa rural con capacidad para diez personas. Todas tenían acceso al salón con chimenea, a una cocina y al hermoso patio que Roberto la había ayudado a convertir en un colorido jardín, plantando en el arriate diversas plantas entre las cuales no faltaba un galán de noche, que perfumase el aire durante el verano.

Había podido acometer las obras porque, cuando llamó a la editorial para renunciar al puesto, le ofrecieron la posibilidad de trabajar desde casa y cobrar por página traducida, lo que le permitió solicitar un crédito que, junto con la aportación económica de Fernando, los convirtió en socios de aquella aventura que la llenaba

de ilusión. Además de los beneficios, que repartirían, ella cobraría un sueldo por gestionar los alojamientos y ocuparse de los huéspedes, lo que unido a sus ingresos como traductora, la convertían en una mujer solvente, lejos de los apuros monetarios que arrastraba cuando llegó al pueblo.

Se había mudado a casa de Héctor mientras duraron las obras, de forma provisional, con la complacencia de sus habitantes, pero no estaba segura de que los pequeños tiranos con los que lidiaba cada día le permitieran ocupar el apartamento que había construido para ella más que para trabajar. Tampoco lo deseaba, estaba muy feliz compartiendo casa con los tres hombres de su vida, pero la tranquilizaba saber que no volvería a quedarse sin un techo sobre su cabeza como le ocurrió en Zaragoza, si algo iba mal en el futuro.

Mientras contemplaba a sus invitados sintió el brazo de Héctor rodeando su cintura y su presencia a su lado.

—¿Feliz? —le preguntó.

—Mucho —afirmó.

Los niños jugaban en un rincón, los invitados conversaban en grupos mientras picoteaban del cáterin sencillo que Bea y ella habían preparado, ayudadas por Alba, la novia de Julián, que desde hacía un par de meses acudía los fines de semana al pueblo y de la que se había hecho bastante amiga.

—Has cumplido tu sueño —susurró Héctor con su voz calmada y reconfortante—. Al menos uno de ellos.

—¿Y cuál es el otro? —preguntó mirando al hombre que había llenado su vida de felicidad, sin comprender a qué se refería.

—El de ser madre. Si quieres intentar el tratamiento, tal vez haya alguna posibilidad.

Lo miró con ternura, no imaginaba que él estuviera preocupado por eso, porque ella ya no lo estaba.

—Ese sueño lo cumplí mucho antes que el de la casa rural. Ya soy madre, cariño; no necesito un embarazo ni un parto para ello. —Desvió la vista hacia los dos niños que jugaban con su sobrina Alicia en un rincón del patio—. Y he tenido la inmensa suerte de no tener que pasar por un paritorio para ello. Los quiero con locura.

Él rio.

—Y ellos a ti. Esta mañana los sorprendí en una conversación

decidiendo su futuro. Trataban de ponerse de acuerdo sobre cuál de los dos se mudaba a vivir aquí contigo. Al final decidieron que lo harían por semanas alternas, y el otro se quedaría en casa «para no dejar solo a papá».

—¿En serio? ¿No son adorables?

—Sí que lo son. Y añadían que no podemos vivir todos aquí porque solo tienes una cama y que en ella no cabemos los cuatro.

—¿Te imaginas?

—Los ilusos no saben que esa cama no es para ellos, sino para su padre, al menos esta noche. Porque Fernando y Bea se han ofrecido a invitarlos a dormir para que tú y yo podamos inaugurar la casa como es debido.

—Esa será una inauguración mucho más interesante. Aunque esta es necesaria, debemos darnos a conocer ahora que empieza la temporada estival. Ya tenemos algunas reservas.

—Me alegro, aunque eso implique que te perderé un poco.

—¿Celoso de los huéspedes?

—No, pero imagino que ahora que tienes tu apartamento te mudarás a él. Y te vamos a echar mucho de menos. No sé si me acostumbraré a dormir sin tenerte en la cama a mi lado.

—¿Y si me mudo durante el día y solo cuando tenga huéspedes que atender? Y por las noches vuelvo a casa.

—Eso me parece mucho mejor, y seguro que a los niños también.

—Yo tampoco podría volver a dormir sola, aunque no le haría ascos a hacer el amor sin tener que contener los gemidos, ni estar pendiente de si alguien llama a la puerta del dormitorio pidiendo asilo.

—Esta noche, mi amor. Estaremos completamente solos en ese precioso apartamento y podrás gemir todo lo que quieras… y dormir desnuda sin ponerte el camisón inmediatamente después, y levantarnos tarde sin que nadie tenga hambre a las siete de la mañana.

—Una auténtica delicia, aunque no cambiaría nuestra vida con los niños por nada del mundo.

—Yo tampoco.

Héctor cogió una copa y sirvió vino para los dos. La alzó en un brindis por el futuro.

—Por nosotros.

—Por nuestra familia. Por mi galán de noche.

Bebieron por el futuro, que se les ofrecía prometedor y feliz, y se mezclaron con los invitados para compartir con sus amigos y vecinos la que sería su aventura empresarial. En aquel momento se sentía integrada en el pueblo, y nunca se alegraría lo bastante de haber tenido que regresar a él.

Nota de autora

He querido dedicar esta novela a esas mujeres que, como Natalia, son madres sin haber estado nunca embarazadas ni haber sufrido un parto. El tema de los genes y la sangre está sobrevalorado, es el cariño, la entrega, el estar ahí en los buenos y malos momentos, lo que define la maternidad. Habrá muchas más, pero yo menciono a las que conozco, a las que se dejan la piel por sus hijos adoptivos o sus sobrinos, queriéndolos tanto como si los hubieran parido.

¿Quién será el hombre misterioso que lleva tantos años enamorado de ella?

Después de una mala época en su vida Natalia regresa al pueblo que abandonó quince años atrás, dispuesta a recuperarse con el apoyo de su familia. Nada más llegar empieza a recibir, de forma anónima, unos misteriosos ramilletes de sus flores favoritas acompañados de unas notas que le hacen suponer que, quien las envía, lleva toda la vida enamorado de ella.

Piensa que se trata de alguien de su entorno más cercano y duda entre tres posibles candidatos. Sin embargo, a medida que los conoce más, su corazón se va decantando por uno de ellos.

¿Será su enamorado el hombre que Natalia desea?

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de Abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo.
Después ejerció de ama de casa y ha escrito desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas.
Durante años estas novelas permanecieron en un cajón hasta que animada por familia y amigas, envió un par de ellas a La Selección RNR, donde empezó a publicar.
En la actualidad tiene publicadas un buen número de novelas, entre ellas:

Novelas independientes:

• Miscelánea
• La Serpiente peluda
• Luces y sombras
• Arcoíris
• La chica que se subía a los árboles
• Ella, él … y el danés
• Sin derecho a roce
• Cuando sube la marea

Serie amigos:

• ¿Solo amigos?
• Más que amigos
• Amigos y algo más
• Amigos, sin más
• Amigos y nada más
• ¿Solo enemigos?

Bilogías

Dos más dos:
• Dos copas y una noche

• Dos cafés y una aventura

Besos en Richmond:

• Algún día te besaré. Digital
• Si un día me besaras. Digital y papel

Ladrón de guante blanco

• Te robaré el corazón
• Robaré todos tus besos

Ha publicado también dos novelas en la serie conjunta con otras autoras “Ebrias de amor”:

• Un vodka para Vero y que la ayude el del tercero (Digital y papel)
• Limoncello para Lena y… adiós a su pena

Y otra más en la serie “Adonis tour”:

• Un escritor veronés para la profe de francés

Relatos cortos

• El violinista en el balcón
• Nueve manzanas y media.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: marzo de 2023

© 2023, Ana Álvarez
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18995-11-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

Índice

Galán de noche

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
Nota de autora

Sobre este libro
Sobre Ana Álvarez
Créditos